

BOLETÍN OFICIAL

Obispado de Lugo

*Año CXXXVIII- Nº 2
Abril - Junio 2010*

Edita

Obispado de Lugo

Maquetación e impresión

La Voz de la Verdad

Depósito Legal

LU 8 - 1958

Sumario



IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

- 239 | Secularidad del Estado y libertad religiosa
- 245 | Secularidade do Estado e liberdade relixiosa
- 251 | La Semana Santa como anuncio de la Resurrección
- 260 | A Semana Santa como anuncio da Resurrección
- 269 | Mensaje en la festividad del Corpus Christi
- 271 | Mensaxe na festividade do Corpus Christi
- 273 | Adoremos a Cristo realmente presente en la Eucaristía
- 284 | Historia y fidelidad
- 285 | Saludo

Secretaría General

- 287 | Bodas de oro y plata sacerdotales
- 288 | Ministerios laicales
- 288 | Nombramientos
- 288 | Defunciones

Información Diocesana

- 289 | Acta de la cuarta sesión del Consejo Presbiteral
- 291 | Constitución del XII Consejo Presbiteral
- 294 | Decreto sobre gestión de bienes parroquiales
- 296 | Decreto sobre la administración del Sacramento de la Confirmación
- 298 | Subvencións a rectorais e igrexas no ano 2009
- 299 | Convenio de colaboración entre la Provincia Franciscana de Galicia y la Diócesis de Lugo para la atención de la unidad pastoral de O Cebreiro
- 303 | Axenda do Sr. Bispo
- 310 | Noticias varias
- 317 | Necrológicas

Obispos de Galicia

- 325 | Jornada interdiocesana de enseñanza religiosa escolar
- 327 | Xornada interdiocesana de ensinanza relixiosa escolar
- 329 | Como el Apóstol Santiago, amigos del Señor
- 332 | Coma o Apóstolo Santiago, amigos do Señor

Conferencia Episcopal Española

- 332 | Instrucción / orientaciones acerca de los libros sacramentales parroquiales
- 343 | Declaración sobre la exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa

Santa Sede

- 347 | La conclusión del Año Sacerdotal
- 350 | El sacerdote no habla por sí mismo, sino desde Cristo
- 355 | La Eucaristía, mucho más que una reunión fraterna
- 358 | Benedicto XVI habla del Triple *munus Sacerdotalis* en sucesivas Audiencias Generales
- 372 | Libres para llevar a la sociedad moderna a Jesús
- 376 | Benedicto XVI con los Obispos portugueses
- 381 | Coloquio que Benedicto XVI mantuvo con cinco sacerdotes
- 392 | Homilía en la Clausura del Año Sacerdotal
- 399 | Palabras del Papa al concluir la gran Concelebración Eucarística
- 401 | Intervención con motivo del Ángelus
- 403 | La Eucaristía y el testimonio de la caridad
- 410 | Ser sacerdote es conformarse a Cristo
- 415 | El encuentro del sacerdote con María en la celebración eucarística

Iglesia Diocesana



- Secularidad del Estado y libertad religiosa. Reflexiones desde la historia
- Secularidade do Estado e liberdade relixiosa. Reflexións dende a historia
- La Semana Santa como anuncio de la Resurrección
- A Semana Santa como anuncio da Resurrección
- Mensaje en la festividad del Corpus Christi
- Mensaxe na festividade do Corpus Christi
- Adoremos a Cristo realmente presente en la Eucaristía
- Historia y fidelidad
- Saludo
- Bodas de oro y plata sacerdotales
- Ministerios laicales
- Defunciones
- Acta de la cuarta sesión del Consejo Presbiteral
- Constitución del XII Consejo Presbiteral
- Decreto sobre gestión de bienes parroquiales
- Decreto sobre la administración del Sacramento de la Confirmación
- Subvencións a rectorais e igrexas no ano 2009
- Convenio de colaboración entre la Provincia Franciscana de Galicia y la Diócesis de Lugo para la atención de la unidad pastoral de O Cebreiro
- Tribunal Eclesiástico
- Axenda do sr. Bispo
- Noticias varias
- Necrológicas

SECULARIDAD DEL ESTADO Y LIBERTAD RELIGIOSA REFLEXIONES DESDE LA HISTORIA

Discurso pronunciado el 27 de febrero , en la S.I.C.B. de Santa María de Mondoñedo, con motivo del Acto de posesión como Miembro Correspondiente de la Academia Rosendiana

La figura de san Rosendo, a quien hoy queremos honrar, pone ante nuestros ojos la grandeza de una vida que ha sabido anudar con éxito singular para nuestra tierra fe y amor a Dios con entrega a los hombres, edificación de la vida social y de la vida religiosa, construcción de la Iglesia y de formas políticas decisivas. Quisiera dedicar estas palabras a este *nudo perenne*, que, en los nuevos términos de secularidad del Estado y libertad religiosa, pide ser resuelto también en nuestra época. Intentaré acercarme a ello en perspectiva histórica, en honor a San Rosendo.

1. Puede considerarse la lucha de las investiduras como un momento decisivo en el camino de la secularización del poder político, de la distinción Iglesia-Estado típica del mundo cristiano occidental. Se reconoce entonces claramente que la Iglesia no ha de ejercer el poder temporal, pero que tampoco el emperador o los reyes pueden decidir qué es el bien y el mal, o cuál es el destino del hombre, que no depende del poder político. Esta distinción no se hizo sin crisis, luchas y unilateralidades; pero éstas nunca implicaron que el emperador o los reyes se pensarán en un horizonte que no fuera el cristiano, en el que ellos mismos seguían viviendo. La religión cristiana era el fundamento indiscutido, que aseguraba la homogeneidad de una base común a señores y súbditos¹.

La división de la Iglesia con la Reforma marcará un paso en este proceso, introduciendo de hecho una quiebra en la unidad que vivía la sociedad.

1 Cf. E.-BÖCKENFÖRDE, *Die Entstehung des Staates als Vorgang der Säkularisation*, [1967], reeditado en: *Id.*, *Kirche und christliche Glaube in den Herausforderungen der Zeit*, Münster 2004, 218-219

Tras las guerras “de religión”, se impone la idea de que no es cometido propio del Estado determinar para sus súbditos cuál es la verdadera confesión cristiana, sino sólo hacer posible una convivencia en paz, asegurando las condiciones fundamentales de la vida de los ciudadanos. Ello suponía repensar el significado de un poder político secular y su relación con las cuestiones morales y religiosas en términos nuevos, que ya no podían ser los de la cristiandad medieval.

Se va a desarrollar así, como obra científica propiamente moderna una reflexión racional sobre la construcción de la sociedad y del Estado, que tomará como punto de partida simplemente al individuo y sus intereses elementales, y explicará la formación del Estado como fruto de los acuerdos en defensa de estos intereses. Poco a poco se impone la idea de contrato social como explicación de la sociedad y del Estado. Ello modificó radicalmente la comprensión tradicional del poder estatal, que deja de identificarse ya con las convicciones dogmáticas de ninguna confesión religiosa. Y se introdujo paulatinamente la afirmación de la tolerancia: las creencias no pueden ser impuestas por la fuerza; la falta de respeto a la búsqueda libre de la conciencia es fuente de violencia y despotismo; o, en los términos jurídicos de la época, existen derechos que no se pueden alienar por medio de contratos.

Se considera, pues, que la libertad de conciencia debe ser defendida por el Estado, que no debe intervenir con su poder coactivo en este ámbito de la vida. Existía el riesgo, sin embargo, de introducir esta afirmación a través de la relativización de la conciencia² o de su reducción a un ámbito privado, externo a la construcción social. Esto sucedió de hecho en diversas propuestas de tendencia totalitaria, como podía ser el caso de Hobbes. Aunque posiciones más liberales, como las de Locke, corrían también el peligro de afirmar una tolerancia del Estado ante la libertad de conciencia que le reconocía a ésta sólo un objeto no esencial para la dinámica social, es decir, las creencias religiosas en sus diferentes variantes dogmáticas.

Así pues, en la construcción social esta garantía tolerante de la libertad de conciencia estaba destinada a hacer posible la convivencia social; pero podía ser pagada al caro precio de la reducción de la libertad de conciencia a lo no relevante para la construcción social, a lo “privado” de lo humano.

2 Cf. P. BAYLE, que defiende la libertad de la conciencia hasta el punto de separarla de la razón, en su teoría sobre los derechos de la conciencia errónea.

Esta comprensión del Estado, que se adjudicaba soberanía plena sobre la realidad social, no implicaba, sin embargo, que ni políticos ni ciudadanos se situasen en realidad fuera del horizonte cristiano. Esta base común seguía dándose por supuesta, como un hecho existente; hasta el punto que se hablará sistemáticamente de una religión, una moralidad y un derecho "natural", que la razón reconocería por sí misma. Es decir, aquello que en realidad era un dato histórico, expresión de la tradición cristiana común a las sociedades europeas, era interpretado como una moralidad, un derecho y una religión "natural", dada con la razón.

Ello llevará a intentar también una reinterpretación "natural" del cristianismo, dejando las cuestiones propiamente dogmáticas en el ámbito de lo no esencial, en lo que había de darse libertad a la conciencia. De hecho, las corrientes de pensamiento cercanas a estos planteamientos racionalistas insistirán cada vez más en la irrelevancia de las dimensiones propiamente históricas de la religión cristiana —y de toda tradición religiosa (deísmo inglés, Lessing, Kant)—. La pretensión de la Iglesia católica, que no podía aceptar esta reducción y seguía pretendiendo ser una "sociedad sobrenatural, visible y jerárquica", será rechazada (no merece tolerancia para Hobbes o Locke) e incluso criticada y atacada con violencia (Voltaire).

El problema implicado en estos grandes planteamientos socio-políticos —la posible separación entre construcción social y conciencia libre— no se revela en todas sus dimensiones mientras se da un acuerdo en las bases morales de la vida y de la convivencia. Parecen relativizarse sólo las convicciones dogmáticas de las conciencias, que seguirían conservando relevancia con respecto a las convicciones morales fundamentales.

Pero la desaparición de este horizonte cristiano común introducirá cambios decisivos. Esto acontece tras la Revolución francesa, aunque no de modo simultáneo en toda la realidad social, sino en primer lugar en élites intelectuales y políticas. Para éstas, el abandono de las coordenadas cristianas de comprensión del mundo implicará la necesidad de una reflexión sistemática que permita proponer nuevas perspectivas éticas, y negar, en cambio, la vigencia de una moralidad, derecho o religión que anteriormente se reconocía como "natural". Y, por otra parte, obligará a ofrecer una explicación del hecho indiscutible de la existencia de tal acuerdo o tradición moral en la sociedad, así como una nueva interpretación

del cristianismo mismo, que ya no podrá ser releído simplemente como una versión histórico-positiva de la razón natural.

Las explicaciones racionales presuntamente “científicas” de la construcción de la sociedad y del Estado tomarán los caminos del positivismo y de la ideología del progreso, o de alguna forma de crítica revolucionaria del *status quo* moral y socio-político, en las que destacan la nacionalista y la de raíz marxista –junto con la anarquista. Mientras el positivismo y el marxismo rechazaban radicalmente el cristianismo, las ideas nacionalistas podían apoyarse todavía en la tradición moral cristiana que seguía presente en sus sociedades en el siglo XIX, aun cuando situaban la idea de “nación” como principio de unidad y guía de la acción histórica; en su momento, podrán abandonar sin dificultad la relación con la tradición cristiana y apoyarse en otras interpretaciones –presuntamente “científicas”– de la dinámica social, por ejemplo la marxista. En todo caso, en la reflexión socio-política se hará cada vez más fuerte la crítica radical de la presencia y de la transmisión de la comprensión cristiana de la vida en la sociedad, lo que conllevará una lucha política contra las formas de presencia pública de la Iglesia, que son presentadas frecuentemente como “privilegios”.

Se generó así un desequilibrio profundo entre Estado y sociedad, en el que las pretensiones de construcción social desde el poder estatal se hacían presentes de un modo nuevo, en buena medida ajeno e incluso contradictorio con el horizonte de vida de los pueblos. La puesta en práctica de tales pretensiones del poder político no había provocado anteriormente crisis semejantes, porque no había afectado a los criterios fundamentales de la convivencia –de la conformación de la vida–, que eran dados por supuestos en buena medida por todos, aun cuando el planteamiento ya chocaba con la conciencia y la Iglesia católicas. En cambio, tras las luchas postrevolucionarias del siglo XIX, en las que se sitúa el crecimiento de las posiciones laicistas, será posible contemplar en el XX el surgir de verdaderos Leviatanes, ajenos ya completamente a la tradición moral y social cristiana, que llevarán a la práctica política nuevas teorías antropológicas y sociales. Los totalitarismos así generados pusieron de manifiesto que la presunta “cientificidad” racional de sus explicaciones del hombre y de la sociedad no era tal, que eran sistemas ideológicos y que implicaban un gran riesgo para la vida y la identidad de pueblos enteros.

La derrota de estos totalitarismos tomará la forma positiva de la Declaración universal de los Derechos humanos por la ONU (1948), la afirmación decidida del valor radical de la dignidad humana y de la libertad de conciencia y religiosa (DH), y la construcción de Estados verdaderamente democráticos.

2. Este camino apenas bosquejado, recorrido en la historia por nuestras sociedades, ha mostrado que la democracia exige del Estado neutralidad religiosa e ideológica, pero que presupone también el establecimiento de la justa dinámica 'poder político / moralidad', como corazón mismo de la percepción de los límites del Estado. Se ha visto igualmente que esta justa dinámica es hecha posible y tiene en su centro una determinada afirmación del hombre, de su dignidad, de su responsabilidad libre ante la vida; lo que se expresa en la prioridad que le corresponde a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa en la construcción de la sociedad.

El haber alcanzado conciencia de esta articulación fundamental entre Estado y libertad religiosa, del significado fundamental de la dignidad de la persona y de sus derechos para una convivencia democrática y pacífica, no ha sido el fruto de deducciones teóricas, sino de su realización práctica en la historia; es decir, de una tradición social en la que esta experiencia ha sido posible, aún en medio de las contrariedades, limitaciones y problemas de la vida, incluidos los originados por la injusticia humana. Se trata en Europa de la historia de pueblos marcados por la tradición cristiana, y en la que el aprendizaje de los límites del poder humano se hizo a costa también de grandes sufrimientos.

Del encuentro fructuoso entre la fe y la razón, expresado también en la distinción Iglesia-Estado, ha surgido sin duda la síntesis que ha dado su singular relevancia histórica a las sociedades europeas³. La defensa de la libertad religiosa y del diálogo en una sociedad abierta, que no excluya las tradiciones religiosas de toda participación en la vida pública, sigue siendo el camino adecuado para una convivencia pacífica y para la defensa de formas políticas democráticas.

3 Cf. BENEDICTO XVI, Discurso *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*, en la Universidad de Ratisbona el 12 de septiembre de 2006

En todo caso, para creyentes y no creyentes, la afirmación de la dignidad de la persona, de la libertad de conciencia y religiosa, conlleva un riesgo, pues esta afirmación no se reduce al ámbito de la doctrina teórica, sino que ha de ser puesta en práctica en los diferentes campos de la vida social. Resulta así que la opción por la libertad puede ser difícil y, en casos y desafíos concretos, exigir una particular capacidad de discernimiento, de sacrificio y de entrega reales, que presuponen un interés verdadero por la vida y el destino de hombres y sociedades –o, mejor, un amor y una caridad verdaderas–. En esto sigue siendo admirable y perfectamente contemporáneo San Rosendo.

+ Alfonso, obispo de
Lugo

SECULARIDADE DO ESTADO E LIBERDADE RELIXIOSA REFLEXIÓNS DENDE A HISTORIA

A figura de san Rosendo, a quen hoxe queremos honrar, pon ante os nosos ollos a grandeza dunha vida que soubo anoar con éxito singular para a nosa terra fe e amor a Deus con entrega aos homes, edificación da vida social e da vida relixiosa, construción da Igrexa e de formas políticas decisivas. Quixera dedicar estas palabras a este *nó perenne*, que, nos novos termos de secularidade do Estado e liberdade relixiosa, pide ser resolto tamén na nosa época. Intentarei un acercamento en perspectiva histórica, en honor a San Rosendo.

1. Pode considerarse a loita das investiduras coma un momento decisivo no camiño da secularización do poder político, da distinción Igrexa-Estado típica do mundo cristián occidental. Recoñécese entón claramente que a Igrexa non debe exercer o poder temporal, pero que tampoco o emperador ou os reis poden decidir que é o ben e o mal, ou cal é o destino do home, que non depende do poder político. Esta distinción non se fixo sen crises, loitas e unilateralidades; pero estas nunca implicaron que o emperador ou os reis se pensaran a sí mesmos nun horizonte que non fora o cristián, no que eles mesmos seguían vivindo. A relixión cristiá era o fundamento indiscutido, que aseguraba a homoxeneidade dunha base común a señores e súbditos¹.

A división da Igrexa coa Reforma marcará un paso neste proceso, introducindo de feito unha quebra na unidade que vivía a sociedade. Tras as guerras "de relixión", imponse a idea de que non é cometido propio do Estado determinar para os seus súbditos cal é a verdadeira confesión cristiá, senón só facer posible unha convivencia en paz, asegurando as condicións fundamentais da vida dos cidadáns. Iso supoñía repensar o

¹ Cf. E.-BOCKENFÖRDE, *Die Entstehung des Staates als Vorgang der Säkularisation*, [1967], reeditado en: *Id.*, *Kirche und christliche Glaube in den Herausforderungen der Zeit*, Münster 2004, 218-219

significado dun poder político secular e a súa relación coas cuestións morais e relixiosas en termos novos, que xa non podían ser os da cristiandade medieval.

Vaise desenvolver así, como obra científica propiamente moderna unha reflexión racional sobre a construción da sociedade e do Estado, que tomará como punto de partida simplemente ao individuo e os seus intereses elementais, e explicará a formación do Estado como froito dos acordos en defensa destes intereses. Pouco a pouco imponse a idea de contrato social como explicación da sociedade e do Estado. Iso modificou radicalmente a comprensión tradicional do poder estatal, que deixa de identificarse xa coas conviccións dogmáticas de ningunha confesión relixiosa. E introdúcese paulatinamente a afirmación da tolerancia: as crenzas non poden ser impostas pola forza; a falta de respecto á búsqueda libre da conciencia é fonte de violencia e despotismo; ou, nos termos xurídicos da época, existen dereitos que non se poden alienar por medio de contratos. Considérase, pois, que a liberdade de conciencia debe ser defendida polo Estado, que non debe intervir co seu poder coactivo neste ámbito da vida. Existía o risco, non obstante, de introducir esta afirmación a través da relativización da conciencia² ou da súa redución a un ámbito privado, externo a construción social. Isto sucedeu de feito en diversas propostas de tendencia totalitaria, como podía ser o caso de Hobbes. Aínda que posicións máis liberais, como as de Locke, corrían tamén o perigo de afirmar unha tolerancia do Estado ante a liberdade de conciencia que lle recoñecía a esta só un obxecto no esencial para a dinámica social: as crenzas relixiosas nas súas diferentes variantes dogmáticas.

Así pois, na construción social esta garantía tolerante da liberdade de conciencia estaba destinada a facer posible a convivencia social; pero podía ser pagada ao caro prezo da redución da liberdade de conciencia ao non relevante para a construción social, ao “privado” do humano.

Esta comprensión do Estado, que se adxudicaba soberanía plena sobre a realidade social, non implicaba, non obstante, que nin políticos nin cida-

2 Cf. P. BAYLE, que defende a liberdade da conciencia ata o punto de separala da razón, na súa teoría sobre os dereitos da conciencia errónea.

dáns se situasen en realidade fora do horizonte cristián. Esta base común seguía dándose por suposta, coma un feito existente; ata o punto que se falara sistematicamente dunha relixión, unha moralidade e un dereito “natural”, que a razón recoñecería por sí mesma. É dicir, aquilo que en realidade era un dato histórico, expresión da tradición cristiá común ás sociedades europeas, era interpretado coma unha moralidade, un dereito e unha relixión “natural”, dada coa razón.

Iso levará a intentar tamén unha reinterpretación “natural” do cristianismo, deixando as cuestións propiamente dogmáticas no ámbito do non esencial, no que se debería de dar liberdade a conciencia. De feito, as correntes de pensamento próximas a este planteamento racionalista insistirán cada vez máis na irrelevancia das dimensións propiamente históricas da relixión cristiá —e de toda tradición relixiosa (deísmo inglés, Lessing, Kant)—. A pretensión da Igrexa católica, que non podía aceptar esta redución e seguía pretendendo ser unha “sociedade sobrenatural, visible e xerárquica”, será rexeitada (non merece tolerancia para Hobbes ou Locke) e incluso criticada e atacada con violencia (Voltaire).

O problema implicado nestes grandes planteamentos socio-políticos —a posible separación entre construción social e conciencia libre— non se revela en todas as súas dimensións mentres se dá un acordo nas bases morais da vida e da convivencia. Parecen relativizarse só as conviccións dogmáticas das consciencias, que seguirían conservando relevancia con respecto ás conviccións morais fundamentais.

Pero a desaparición deste horizonte cristián común introducirá cambios decisivos. Isto acontece tras a Revolución francesa, aínda que non de modo simultáneo en toda a realidade social, senón en primeiro lugar en élites intelectuais e políticas. Para estas, o abandono das coordenadas cristiás de comprensión do mundo implicará a necesidade dunha reflexión sistemática que permita propoñer novas perspectivas éticas, e negar, en cambio, a vixencia dunha moralidade, dereito ou relixión que anteriormente se recoñecía como “natural”. E, por outra parte, obrigará a ofrecer unha explicación do feito indiscutible da existencia de tal acordo ou tradición moral na sociedade, así coma unha nova interpretación do cristianismo mesmo, que xa non poderá ser relido simplemente coma unha versión histórico-positiva da razón natural.

As explicacións racionais presuntamente “científicas” da construción da sociedade e do Estado tomarán os camiños do positivismo e da ideoloxía do progreso, ou dalgunha forma de crítica revolucionaria do *status quo* moral e socio-político, nas que destacan a nacionalista e a de raíz marxista –xunto coa anarquista–. Mentres o positivismo e o marxismo rexeitaban radicalmente o cristianismo, as ideas nacionalistas podían apoiarse aínda na tradición moral cristiá que seguía presente nas súas sociedades no século XIX, aínda cando situaban a idea de “nación” como principio de unidade e guía da acción histórica; no seu momento, poderán abandonar sen dificultade a relación coa tradición cristiá e apoiarse noutras interpretacións –presuntamente “científicas”– da dinámica social, por exemplo a marxista. En todo caso, na reflexión socio-política farase cada vez máis forte a crítica radical da presenza e da transmisión da comprensión cristiá da vida na sociedade, o que levará consigo unha loita política contra as formas de presenza pública da Igrexa, que son presentadas frecuentemente coma “privilexios”.

Xerouse así un desequilibrio profundo entre Estado e sociedade, no que as pretensións de construción social dende o poder estatal facíanse presentes dun modo novo, en boa medida alleo e incluso contraditorio co horizonte de vida dos pobos. A posta en práctica de tales pretensións do poder político non provocara anteriormente crises semellantes, porque non afectara aos criterios fundamentais da convivencia –da conformación da vida–, que eran dados por supostos en boa medida por todos, aínda cando o planteamento xa chocaba coa conciencia e a Igrexa católicas. En cambio, tras as loitas postrevolucionarias do século XIX, nas que se sitúa o crecemento das posicións laicistas, será posible contemplar no XX o xurdir de verdadeiros Leviatáns, alleos xa completamente a tradición moral e social cristiá, que levarán a práctica política novas teorías antropolóxicas e sociais. Os totalitarismos así xenerados puxeron de manifesto que a presunta “cientificidade” racional das súas explicacións do home e da sociedade non era tal, que eran sistemas ideolóxicos e que implicaban un gran risco para a vida e a identidade de pobos enteiros.

A derrota destes totalitarismos tomará a forma positiva da Declaración universal dos Dereitos humanos pola Onu (1948), a afirmación

decidida do valor radical da dignidade humana e da liberdade de conciencia e relixiosa (DH), e a construción de Estados verdadeiramente democráticos

2. O camiño recorrido na historia polas nosas sociedades mostrou que a democracia esixe do Estado neutralidade relixiosa e ideolóxica, pero que presupón tamén o establecemento da xusta dinámica 'poder político / moralidade', como corazón mesmo da percepción dos límites do Estado. Víuse igualmente que esta xusta dinámica é feita posible e ten no seu centro unha determinada afirmación do home, da súa dignidade, da súa responsabilidade libre ante a vida; o que se expresa na prioridade que lle corresponde á liberdade de conciencia e á liberdade relixiosa na construción da sociedade.

Ter alcanzado conciencia desta articulación fundamental entre Estado e liberdade relixiosa, do significado fundamental da dignidade da persoa e dos seus dereitos para unha convivencia democrática e pacífica, non foi froito de deducións teóricas, senón da súa realización práctica na historia; e dicir, dunha tradición social na que esta experiencia foi posible, aínda en medio das contrariedades, limitacións e problemas da vida, incluídos os orixinados pola inxusticia humana. Trátase en Europa da historia de pobos marcados pola tradición cristiá, e na que o aprendizaxe dos límites do poder humano se fixo a costa tamén de grandes sufrimentos.

Do encontro frutuoso entre a fe e a razón, expresado tamén na distinción Igrexa-Estado, xurdiu sen dúbida a síntese que deu a súa singular relevancia histórica as sociedades europeas³. A defensa da liberdade relixiosa e do diálogo nunha sociedade aberta, que non exclúa as tradicións relixiosas de toda participación na vida pública, segue sendo o camiño adecuado para unha convivencia pacífica e para a defensa de formas políticas democráticas.

En todo caso, para crentes e non crentes, a afirmación da dignidade da persoa, da liberdade de conciencia e relixiosa, conleva un risco, pois esta afirmación non se reduce ao ámbito da doutrina teórica, senón que debe

3 Cf. BENEDICTO XVI, Discurso *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*, na Universidade de Ratisbona o 12 de setembro de 2006

ser posto en práctica nos diferentes campos da vida social. Resulta así que a opción pola liberdade pode ser difícil e, en casos e desafíos concretos, esixir unha particular capacidade de discernimento, de sacrificio e de entrega reais, que presupoñen un interese verdadeiro pola vida e o destino de homes e sociedades –ou, mellor, un amor e unha caridade verdadeiras–. Nesto segue sendo admirable e perfectamente contemporáneo San Rosendo.

+ *Alpino, bispo de Lugo*

LA SEMANA SANTA COMO ANUNCIO DE LA RESURRECCIÓN

Pregón de Semana Santa pronunciado el 24 de
marzo en el Salón Regio del Círculo de las Artes

1. La razón verdadera de la Semana Santa, de este acontecimiento que se repite anualmente desde hace tantos siglos en el mundo entero, es la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Esto es lo que proclaman las devociones de todos los cristianos, las solemnes celebraciones a las que nosotros nos encaminamos, continuando una tradición en la que late el corazón de esta ciudad de Lugo desde hace casi 2000 años, y este mismo pregón, pronunciar el cual me honra y agradezco.

En efecto, si Cristo no hubiese resucitado, si la mentira y la injusticia lo hubieran sencillamente destruido, nuestras predicaciones serían inútiles y nos callaríamos, nuestras procesiones se detendrían y su música y sus silencios desaparecerían, nuestra fe no tendría sentido. Seguiríamos bajo el yugo de nuestros pecados, de nuestro mal y nuestras miserias, lejos de Dios, destinados simple y realmente a perecer. Si ser fiel a Cristo sólo sirviese para esta vida, seríamos los hombres más dignos de compasión¹.

“¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos, como primicias de todos los que murieron. Porque habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos”².

2. San Pablo, el apóstol de las gentes, nos anuncia este mismo Evangelio, que también él recibió un día:

“que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que resucitó al tercer día según las Escrituras, que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez,

1 Cf. 1Co 15,14-19

2 1Co 15,21

de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron... Y en último término se me apareció también a mí ..."³.

Los Doce conocen el acontecimiento singular de la resurrección gracias a la manifestación del Resucitado. Jesús les viene al encuentro. Se aparece, se deja percibir por los testigos, y éstos lo "ven"; y se muestra, en primer lugar, como el que había sido crucificado⁴.

La fe cristiana se basará siempre sobre esta primera afirmación apostólica: Jesús, el que había sido crucificado, a quien habían visto morir *abandonado y abrumado de dolores*⁵, ha resucitado. En el esplendor de su resurrección los discípulos comprenden por fin la gloria de aquella muerte en la ignominia, y quieren anunciarlo a todos: El que ha entrado en la vida divina es sólo aquel Jesús en quien habían creído, pero que había sido condenado y hecho morir en la cruz, ninguna otra persona muerta⁶.

Los hombres morimos y, con ello, ratificamos todos nuestro destino mortal; sin embargo, la muerte de Cristo, experimentada en la obediencia del amor, ha cambiado el destino del hombre, ha puesto un término a la muerte misma.

Esto es lo primero que celebramos en nuestra Semana Santa: Jesús sufre su pasión y muere en la cruz, como atestigua del modo más real su descendimiento y desenclavo, el dolor inmenso de su Madre, que lo recibe en sus brazos, y su sepultura por medio de amigos en un sepulcro cercano. Queremos mirar con todo realismo estos acontecimientos, estar de algún modo al pie de la cruz y acompañar en silencio a la Dolorosa; pero porque sabemos que no contemplamos el triunfo de la injusticia y de la muerte, sino la revelación de la verdad más grande de Dios y del hombre, el misterio definitivo del amor y de la salvación, la victoria en que radica nuestra esperanza.

En la cruz llevó Cristo hasta el fondo su amor y su solidaridad con los hombres, asumiendo toda la miseria de nuestro pecado –del pecado del mundo– y presentando al Padre en oración suplicante su naturaleza humana, en trance de pasión y de muerte, y necesitada de salvación⁷.

3 1Co 15, 3-6.8

4 Cf. Mc 16,9-14; Mt 28,9-10; Lc 24,36-43; Jn 20,19-23

5 Is 53,3

6 Hch 2,22-24.32-36; 3,13-16; 4,10-12

7 Mc 14,33-36; Hb 5,7-8

En Cristo crucificado se llevó a cabo así la mediación entre lo más bajo de la miseria y la debilidad humanas y las cimas inalcanzables de la fuerza y la santidad divinas, por el camino humildísimo de la entrega plena de sí mismo, de la apertura absolutamente confiada a la voluntad del Padre. La respuesta salvadora de Dios será sobreabundante, infinitamente generosa, según lo ilimitado de las medidas divinas. Jesús había enseñado que Dios no deja sin recompensa un vaso de agua entregado a uno de los suyos, que devuelve el ciento por uno a quien algo le da o le confía⁸. Pues bien, Jesús se había entregado plenamente a Él, poniendo en sus manos toda la humanidad, todo su corazón colmado de sufrimientos, sin esconder ninguna de sus miserias; y el Padre lo acogió con una respuesta también plena, salvándolo definitivamente de la muerte, colmando su humanidad con todas las riquezas de la gloria divina, de modo que en Jesucristo habite ya corporalmente toda la plenitud de la divinidad⁹, para bien de los hombres.

Como dirá toda la tradición, ¡qué admirable intercambio, qué inconcebible comercio entre Dios y el hombre!, en el que ambos entregan el uno al otro todo su amor y con él todo lo que tienen: la pobreza y el sufrimiento el uno, la gloria y la vida eterna el otro.

Contemplando la muerte en cruz, el descendimiento y la sepultura, conviene guardar viva la memoria de que Jesús no hizo este camino por su cuenta ni solo, sino por un designio de amor¹⁰. Él formaba siempre una sola cosa con el Dios vivo. Se encontraba, por decirlo así, en un abrazo con Aquel que es la vida misma, en una unidad con el Padre que no era sólo emotiva, sino que comprendía y penetraba su ser. Su misma vida no era sólo suya, por eso nadie podía quitársela realmente¹¹. En comunión con el amor del Padre por el mundo¹², Jesús pudo dejarse matar; pero precisamente así rompió la definitividad de la muerte, porque en Él estaba presente la definitividad mayor de la vida y del amor –Dios es amor. Jesús era una sola cosa con la Vida indestructible, de modo que ésta floreció de nuevo a través de la muerte¹³.

8 Mc 9,41; 10,29-30

9 Col 2,9

10 Cf. Jn 8,28-29; 16,32

11 Cf. Jn 10,18

12 Cf. Jn 3,16

13 BENEDICTO XVI, *Homilía de la Vigilia Pascual*, 15 de abril de 2006

Cuando se refiere a este acontecimiento, el Nuevo Testamento usa fórmulas distintas: “Jesús fue exaltado”, “está sentado a la derecha de Dios”, “fue glorificado”, vive en el Espíritu¹⁴. Con estas expresiones se quiere describir algo único y definitivo: posee la vida verdadera, la que no está sometida a la degradación, el sufrimiento y la muerte; Él vive *por los siglos de los siglos*¹⁵, la muerte ya no tiene poder sobre Él. Jesús será para siempre el camino por el que el hombre podrá acceder a esta vida eterna¹⁶, el único en cuyo nombre es dado salvarse¹⁷.

Lo que sucede en la resurrección de Jesús es una novedad completa, con respecto a todos los hombres, que mueren –incluso si alguna vez fueron devueltos milagrosamente a la vida, como Lázaro– y permanecen bajo el poder de la muerte. En palabras de Benedicto XVI, “Las puertas de la muerte están cerradas, nadie puede volver atrás desde allí. No hay una llave para estas puertas de hierro. Cristo, en cambio, tiene esta llave. ... Su Cruz, la radicalidad de su amor es la llave que abre estas puertas. El amor de Cristo que, siendo Dios, se ha hecho hombre para poder morir; este amor tiene la fuerza para abrir las puertas. Este amor es más fuerte que la muerte”¹⁸.

Anunciamos, pues, la resurrección de Cristo, no como un “irse simplemente de aquí, pasando a otra dimensión”, sino como victoria lograda aquí sobre la muerte, que reinaba en la naturaleza de todo hombre como impotencia y límite definitivo. Lo que era el final, la última palabra sobre la existencia creada, la que parecía certificar la soledad y la insatisfacción radical como verdad última del ser de cada uno, ha quedado desmentida, ha perdido su identidad. Jesús hizo presente, en medio del mundo otra palabra más profunda, más grande, más viva y poderosa: la que estaba escondida en la cruz en el silencio de su corazón obediente, que brotaba de su unidad con el Padre y de su amor compasivo por los hermanos, y que se mostró viva, más allá del límite de toda mortalidad humana. De modo que el egoísmo, la corrupción y la muerte no do-

14 Cf., por ej., Hch 2,32; 5,30; Rm 1,4; 6,10; 1Co 15,42-44; 2Co 13,4; Fp 3,21; 1P 3,18

15 Ap 1,18

16 Cf. Jn 14,6

17 Cf. Hch 4,12

18 BENEDICTO XVI, *Homilía de la Vigilia de Pascua*, 7 de abril de 2007

minan ya sobre la tierra, sino que ha aparecido en la historia un nuevo horizonte, un nuevo destino para el universo.

El hombre ya no tiene que temblar ante ningún poder de este mundo, es libre de no poner ya en ninguno su esperanza, porque no pueden determinar el destino de su vida. Ya que la ley de la fuerza, de la que usan y abusan los poderosos de la historia, ha sido quebrada por Jesús: ya no vivimos esclavos del temor a la muerte¹⁹. Sabemos que la verdadera realidad humana no es lo efímero, que sufre la amenaza de la inconsistencia y la disolución, sino la que se ha manifestado definitivamente en la persona de Jesús Resucitado, en su Amor redentor.

“Si no fuese tuyo, Cristo mío, me sentiría una criatura finita. Nací y siento que me disuelvo. Como, duermo, reposo y camino, me enfermo y sano, me asaltan deseos y tormentos innumerables, gozo del sol y de cuanto fructifica en la tierra. Después muero y la carne se hace polvo como la de los animales, que no tienen pecados. Pero ¿qué tengo yo más que ellos? Nada, excepto Dios. Si no fuese tuyo, Cristo mío, me sentiría una criatura finita.” (S. Gregorio Nacianceno)

3. El acontecimiento incomparable de la resurrección del Señor alcanza su plena presencia histórica en las apariciones, por las que Dios revela a su Hijo a los testigos escogidos²⁰: en la humanidad de Cristo les es visible la gloria divina.

Los discípulos reaccionan en primer lugar con asombro, con miedo, con dudas, con incredulidad. En un primer momento, están cerrados a lo que ven; pero la manifestación del Resucitado se apodera de ellos, rompe su cerrazón y los arrastra en el acontecimiento de la resurrección²¹.

Con su Espíritu, el Señor obrará con plenitud nueva en el corazón de los apóstoles y los enviará a todo el mundo²². No les ahorrará el seguimiento de la cruz; pero, sin embargo, podrán vivirlo ya en la plenitud de la fe en el Resucitado. A su luz hablarán los apóstoles y cumplirán su misión anunciar el Evangelio, hasta la entrega final de la vida.

19 Cf. Hb 2,15

20 Cf. Gal 1,5-16

21 Cf. Mc 16,8; Lc 24,11.13-25.37-42; Jn 20, 24-29

22 Cf. Mt 28,18-20; Lc 24,47-49; Jn 20,21-23; Hch 1,8

Así pues, el Resucitado se hace presente en la historia ante todo mediante el corazón y la palabra de sus testigos, vencidos en su resistencia inicial y hechos capaces de hablar de modo nuevo. El signo y el instrumento primero de la presencia del Resucitado en el mundo será la realidad más humana de todas: el testimonio de un corazón, que vive en libertad y ama la verdad; y un pueblo que será germen de unidad, de esperanza y de salvación²³.

También nosotros, de alguna manera, pertenecemos a esta tradición de verdad y de gracia. A ella pertenecen el corazón y la palabra de nuestros padres, de nuestros sacerdotes y maestros, que nos enseñaron la fe. Y de ello es un símbolo este mismo pregón. Más allá de nuestras limitaciones, hoy resuena de nuevo aquí el anuncio de la libertad, de la alegría del corazón, de la dignidad del hombre salvado y de la grandeza inmensa del amor de nuestro Señor, que fundamenta todas las cosas.

4. La resurrección de Cristo ha significado la victoria sobre la muerte y, con ello, la aparición sobre la tierra de una nueva humanidad, sanada y reconciliada, de una "criatura nueva"²⁴ capaz de transformar ya esta vida. Testimonio perenne de la victoria de Cristo sobre la muerte será, pues, la existencia de posibilidades reales de vida nueva para los hombres.

La comparación con uno de los momentos más elevados alcanzados por la humanidad, puede ayudarnos a comprender un poco lo que esto significa; se trata el destino de Sócrates, tal como nos lo testimonia Platón, en el que los cristianos vieron desde el principio como una "profecía" de Cristo²⁵.

Sócrates muere en su ciudad, en Atenas, como testigo de la verdad, superando en la vida real todas las tragedias que se representaban en los teatros griegos sobre el destino humano: él, que filosofaba entre la vida y la muerte, no quiso escapar, cuando se lo ofrecieron, sino que estuvo dispuesto a morir por lo que testimoniaba, dispuesto a morir por la verdad "con pocos otros o quizá solo" (Gorgias).

Su discípulo Platón presentará luego la muerte del testigo de la verdad como una tragedia inevitable, que nace con el amor incondicionado a

23 Cf. LG 9

24 Cf. 2Co 5,17

25 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Herrlichkeit* III-I, Einisiedeln 1965, 153-161

la verdad (“filosofía”), a la realidad tal como es; pues este amor divide a la humanidad entre los que sirven a la verdad y los que se sirven de ella. Este frente de batalla irá poco a poco apareciendo como la lucha cada vez más brutal entre el servicio a la verdad y el egoísmo del propio poder, al que toda ideología es buena si sirve para aumentar su poder. Esta actitud va apareciendo en los Diálogos poco a poco, hasta desvelarse como una moral que justifica al más fuerte: quien es más fuerte, tiene más razón (Gorgias).

Y nosotros no podemos dejar de reconocer la lucidez y actualidad de la reflexión de Platón, al observar cómo el mismo desafío sigue presentándose en nuestra sociedad, tentada de alejarse de las enseñanzas de Sócrates y de Cristo, de la fe y de la razón. Pues oímos proclamar y enseñar que no existe la verdad, negarla incluso cuando la realidad está patente ante nuestros ojos –por ejemplo, no queriendo reconocer que el aborto sea impedir el nacimiento de un niño ya engendrado; y vemos identificar frecuentemente lo justo y lo moral con lo que diga el poderoso, el que consigue imponerse en la sociedad.

La hipótesis extrema es presentada en “Política” por Glaucón: quien quiera sólo la verdad, debe renunciar a lo demás, al poder y a las apariencias. La consecuencia es que “el justo bajo esas circunstancias será azotado, torturado, atado, le serán quemados los ojos y después de todas estas vejaciones será crucificado, y así comprenderá que no sólo hay que *ser* justo, sino que hay que *parecerlo*”.

El crucificado no es el rebelde, sino el justo que busca la verdad. El paralelismo con Cristo –la profecía– es evidente, y más aún recordando cómo Sócrates enseñaba incluso que es mejor sufrir la injusticia que cometerla, no buscando la propia honra, dejándose, si es el caso, robar por el enemigo o golpear por él en favor de la verdad. Verdaderamente tal gran filosofía, tal razón que busca hasta el fondo la verdad, y la naciente fe cristiana, tenían que entenderse, como de hecho sucedió para el bien de lo que estaba llamada a ser nuestra Europa. Parece que Sócrates había previsto su muerte; es impresionante para un cristiano y al mismo tiempo algo muy occidental: el justo verdadero, aún en la hipótesis más extrema, no se sale del mundo, sino que se queda en el medio de la ciudad de los hombres, decidido y provocando la decisión.

Estas perspectivas del justo, que confía su vida en manos de su Dios, permanecen sin embargo aparentemente irrealizables sobre la tierra: ¿cómo construir una ciudad basada en este amor puro a la verdad (“Politeia”)? Platón dirá que no es entera y totalmente imposible, que, si apareciese alguien capaz de ello, se podrían hacer cosas que ahora nos parecen inalcanzables.

Podemos comprender así más claramente el significado de la venida y de la resurrección de Cristo, que, en cuanto victoria sobre la muerte, es introducción a una vida nueva que conmueve —convierte— a todo el hombre. El cristiano vive de la fe, que es amor a la verdad —hecha presente de modo definitivo por Jesucristo— y vida concreta en la comunión fraterna, y puede vencer a un mundo que se afirma a sí mismo aún contra la verdad de las cosas y de las personas²⁶.

El Señor Jesús, que no rechazó la cruz confiado en la voluntad de Dios, resucitó venciendo toda mentira, todo pecado y a la misma muerte; así le devolvió al hombre la certeza del valor de su existencia, la posibilidad real de vivirla en la dignidad de la verdad, la esperanza de la salvación del mundo. Esta es la experiencia cristiana fundamental, en la que el hombre encuentra respuesta a su exigencia primera: la de una vida que pueda abrazarse de corazón y entregarse sin pena, porque no está destinada a perderse, sino a salvarse. Con la resurrección de Jesucristo pone Dios por tanto un nuevo inicio en medio de la historia de modo plenamente gratuito.

La comunidad cristiana viva, el Pueblo de Dios, constituye en medio —y no fuera— de la ciudad y de la historia un testimonio perenne de la victoria del Señor, de que el poder humano, basado en el temor a la muerte y la afirmación obstinada de sí aún contra la verdad, no es realmente la única y última palabra posible en esta vida. Ha aparecido otra palabra: el amor, que nace y permanece al reconocer en la fe que Dios nos amó primero, como demostró en la Cruz. Nosotros ya no vivimos *sin esperanza y sin Dios en el mundo*²⁷, solos y hostiles los unos a los otros, sino que somos *miembros de la familia de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular*²⁸.

26 Cf. Jn 16,33; 1Jn 5,4-5

27 Ef 2,12

28 Ef 2,19-20

Este es el misterio pascual que contemplamos en la Semana Santa y anunciamos en su Pregón. También las Cofradías, buscando ante todo venerar la Pasión de nuestro Señor y hacer crecer la comprensión de su amor, se convierten en lugares de fe en Dios y de real fraternidad, de vida en la verdad y de amor activo. Son parte de esta humanidad nueva, que es la esperanza de nuestros pueblos, ciudades y del mundo entero.

Que el Señor bendiga y aliente siempre a los miembros de las Cofradías de la ciudad de Lugo, para que vivan en la fe y en el amor, para que sigan cumpliendo muchos años su misión con esperanza y fortaleza al servicio de la Iglesia y de todos los hombres. Y que la Virgen de los Dolores y Madre de Piedad, que recogió en su seno al Hijo descendido de la cruz, ampare a los que devotamente le rezan, la aman y la sirven, orgullosos de ser también sus hijos.

+ Alfonso, obispo de
Lugo

A SEMANA SANTA COMO ANUNCIO DA RESURRECCIÓN

Pregón de Semana Santa pronunciado o 24 de marzo no Salón Regio do Círculo de las Artes

1. A razón verdadeira da Semana Santa, deste acontecemento que se repite anualmente dende hai tantos séculos no mundo enteiro, é a resurrección do noso Señor Xesucristo. Isto é o que proclaman as devocións de todos os cristiáns, as solemnes celebracións ás que nós nos encamiñamos, continuando unha tradición na que latexa o corazón desta cidade de Lugo dende hai case 2000 anos, e este mesmo pregón, pronunciar o cal me honra e agradezo.

En efecto, se Cristo non tivese resucitado, se a mentira e a inxustiza sinxelamente o tivesen destruído, as nosas predicacións serían inútiles e calaríamos, as nosas procesións deteríanse e a súa música e os seus silencios desaparecerían, a nosa fe non tería sentido. Seguiríamos baixo o xugo dos nosos pecados, do noso mal e as nosas miserias, lonxe de Deus, destinados simple e realmente a perecer. Se ser fiel a Cristo só servise para esta vida, seríamos os homes máis dignos de compaixón¹.

“Pero non! Cristo resucitou de entre os mortos, como primicias de todos os que morreron. Porque despois de vir por un home a morte, tamén por un home vén a resurrección dos mortos.”²

2. San Paulo, o apóstolo das xentes, anúncianos este mesmo Evanxeo, que tamén el recibiu un día:

“que Cristo morreu polos nosos pecados, segundo as Escrituras, e que resucitou ao terceiro día segundo as Escrituras, que se apareceu a Cefas e logo aos Doce; despois apareceuse a máis de cincocentos irmáns á

1 Cf. 1Co 15,14-19

2 1Co 15,21

vez, dos cales aínda a maior parte viven e outros morreron... E en último termo aparecéuseme tamén a min..."³

Os Doce coñecen o acontecemento singular da resurrección grazas á manifestación do Resucitado. Xesús vénlles ao encontro. Aparecese, déixase percibir polas testemuñas, e estes "veno"; e móstrase, en primeiro lugar, como o que fora crucificado⁴.

A fe cristiá basearase sempre sobre esta primeira afirmación apostólica: Xesús, o que fora crucificado, a quen viran morrer *abandonado e atordado de dores*⁵, resucitou. No esplendor da súa resurrección os discípulos comprenden por fin a gloria daquela morte na ignominia, e queren anunciálo a todos: O que entrou na vida divina é só aquel Xesús en quen creran, pero que fora condenado e feito morrer na cruz, ningunha outra persoa morta⁶.

Os homes morremos e, con iso, ratificamos todos o noso destino mortal; non obstante, a morte de Cristo, experimentada na obediencia do amor, cambiou o destino do home, puxo un remate á morte mesma.

Isto é o primeiro que celebramos na nosa Semana Santa: Xesús sofre a súa paixón e morre na cruz, como testemuña do modo máis real o seu descendemento e descravo, a dor inmensa da súa Nai, que o recibe nos seus brazos, e a súa sepultura por medio de amigos nun sepulcro próximo.

Queremos mirar con todo realismo estes acontecementos, estar dalgún modo ao pé da cruz e acompañar en silencio a Dolorosa; pero porque sabemos que non consideramos o triunfo da inxustiza e da morte, senón a revelación da verdade máis grande de Deus e do home, o misterio definitivo do amor e da salvación, a vitoria en que radica a nosa esperanza.

Na cruz levou Cristo ata o fondo o seu amor e a súa solidariedade cos homes, asumindo toda a miseria do noso pecado –do pecado do mundo– e presentando ao Pai en oración suplicante a súa natureza humana, en trazo de paixón e de morte, e necesitada de salvación⁷.

3 1Co 15, 3-6.8

4 Cf. Mc 16,9-14; Mt 28,9-10; Lc 24,36-43; Xn 20,19-23

5 1s 53,3

6 Feit 2,22-24.32-36; 3,13-16; 4,10-12

7 Mc 14,33-36; Hb 5,7-8

En Cristo crucificado levouse a cabo así a mediación entre o máis baixo da miseria e a debilidade humanas e os cumes inalcanzables da forza e a santidad divinas, polo camiño humildísimo da entrega plena de si mesmo, da apertura absolutamente confiada á vontade do Pai. A resposta salvadora de Deus será sobreabundante, infinitamente xenerosa, segundo o ilimitado das medidas divinas. Xesús ensinara que Deus non deixa sen recompensa un vaso de auga entregado a un dos seus, que devolve o cen por un a quen algo lle dá ou lle confía⁸. Pois ben, Xesús entregárase plenamente a El, poñendo nas súas mans toda a humanidade, todo o seu corazón cheo de sufrimentos, sen esconder ningunha das súas miserias; e o Pai acolleuno cunha resposta tamén plena, salvándoo definitivamente da morte, enchendo a súa humanidade con todas as riquezas da gloria divina, de modo que en Xesucristo habite xa corporalmente toda a plenitude da divindade⁹, para ben dos homes.

Como dirá toda a tradición, que admirable intercambio, que inconcibible comercio entre Deus e o home!, no que ambos entregan o un ao outro todo o seu amor e con el todo o que teñen: a pobreza e o sufrimento un, a gloria e a vida eterna o outro.

Contemplando a morte en cruz, o descendemento e a sepultura, convén gardar viva a memoria de que Xesús non fixo este camiño pola súa conta nin so, senón por un designio de amor¹⁰. El formaba sempre unha soa cousa co Deus vivo. Encontrábase, por dicilo así, nun abrazo con Aquel que é a vida mesma, nunha unidade co Pai que non era só emotiva, senón que comprendía e penetraba o seu ser. A súa mesma vida non era só súa, por iso ninguén podía quitarlla realmente¹¹. En comunión co amor do Pai polo mundo¹², Xesús puido deixarse matar; pero precisamente así rompeu a definitividade da morte, porque Nel estaba presente a definitividade maior da vida e do amor –Deus é amor–. Xesús era unha soa cousa coa Vida indestrutible, de modo que esta floreceu de novo a través da morte¹³.

8 Mc 9,41; 10,29-30

9 Col 2,9

10 Cf. Xn 8,28-29; 16,32

11 Cf. Xn 10,18

12 Cf. Xn 3,16

13 Benedicto XVI, *Homilía da Vixilia Pascual*, 15 de abril de 2006

Cando se refire a este acontecemento, o Novo Testamento usa fórmulas distintas: “Xesús foi exaltado”, “está sentado á dereita de Deus”, “foi glorificado”, vive no Espírito¹⁴. Con estas expresións quérese describir algo único e definitivo: posúe a vida verdadeira, a que non está sometida á degradación, o sufrimento e a morte; El vive *polos séculos dos séculos*¹⁵, a morte xa non ten poder sobre El. Xesús será para sempre o camiño polo que o home poderá acceder a esta vida eterna¹⁶, o único no que no seu nome é dado salvarse¹⁷.

O que sucede na resurrección de Xesús é unha novidade completa, con respecto a todos os homes, que morren –mesmo se algunha vez foron devoltos milagrosamente á vida, como Lázaro– e permanecen baixo o poder da morte. En palabras de Benedicto XVI, “as portas da morte están pechadas, ninguén pode volver atrás dende alí. Non hai unha chave para estas portas de ferro. Cristo, en cambio, ten esta chave. ... A súa Cruz, a radicalidade do seu amor é a chave que abre estas portas. O amor de Cristo que, sendo Deus, fíxose home para poder morrer; este amor ten a forza para abrir as portas. Este amor é máis forte que a morte”¹⁸.

Anunciamos, pois, a resurrección de Cristo, non como un “irse simplemente de aquí, pasando a outra dimensión”, senón como vitoria lograda aquí sobre a morte, que reinaba na natureza de todo home como impotencia e límite definitivo. O que era o final, a última palabra sobre a existencia creada, a que parecía certificar a soidade e a insatisfacción radical como verdade última do ser de cada un, quedou desmentida, perdeu a súa identidade. Xesús fixo presente, no medio do mundo outra palabra máis profunda, máis grande, máis viva e poderosa: a que estaba escondida na cruz no silencio do seu corazón obediente, que xermolaba da súa unidade co Pai e do seu amor compasivo polos irmáns, e que se mostrou viva, máis alá do límite de toda mortalidade humana. De modo que o egoísmo, a corrupción e a morte non dominan xa sobre a terra, senón que apareceu na historia un novo horizonte, un novo destino para o universo.

14 Cf., por ex., Feit 2,32; 5,30; Rm 1,4; 6,10; 1Co 15,42-44; 2Co 13,4; Fp 3,21; 1P 3,18

15 Ap 1,18

16 Cf. Xn 14,6

17 Cf. Feit 4,12

18 Benedicto XVI, *Homilía da Vixilia de Pascua*, 7 de abril de 2007

O home xa non ten que tremer ante ningún poder deste mundo, é libre de non poñer xa en ningún a súa esperanza, porque non poden determinar o destino da súa vida. Xa que a lei da forza, da que usan e abusan os poderosos da historia, foi quebrada por Xesús: xa non vivimos escravos do temor á morte¹⁹. Sabemos que a verdadeira realidade humana non é o efémero, que sofre a ameaza da inconsistencia e a disolución, senón a que se manifestou definitivamente na persoa de Xesús Resucitado, no seu Amor redentor.

“Se non fose teu, Cristo meu, sentiríame unha criatura finita. Nacín e sinto que me disolvo. Como, durmo, repouso e camiño, enférmome e sando, asáltanme desexos e tormentos innumerables, gozo do sol e de canto frutifica na terra. Despois morro e a carne faise po como a dos animais, que non teñen pecados. Pero que teño eu máis que eles? Nada, agás Deus. Se non fose teu, Cristo meu, sentiríame unha criatura finita.”
(S. Gregorio Nacianceno)

3. O acontecemento incomparable da resurrección do Señor alcanza a súa plena presenza histórica nas aparicións, polas que Deus revela o seu Fillo ás testemuñas escollidas²⁰: na humanidade de Cristo éles visible a gloria divina.

Os discípulos reaccionan en primeiro lugar con asombro, con medo, con dúbidas, con incredulidade. Nun primeiro momento, están pechados ao que ven; pero a manifestación do Resucitado apodérase deles, rompe a súa cerrazón e arrástraos no acontecemento da resurrección²¹.

Co seu Espírito, o Señor obrará con plenitude nova no corazón dos apóstolos e enviaraos a todo o mundo²². Non lles aforrará o seguimento da cruz; pero, non obstante, poderán vivilo xa na plenitude da fe no Resucitado. Á súa luz falarán os apóstolos e cumprirán a súa misión anunciar o Evanxeo, ata a entrega final da vida.

Así pois, o Resucitado faise presente na historia ante todo mediante o corazón e a palabra das súas testemuñas, vencidas na súa resistencia inicial e capaces de falar de modo novo. O signo e o instrumento primeiro

19 Cf. Hb 2,15

20 Cf. Gal 1,5-16

21 Cf. Mc 16,8; Lc 24,11.13-25.37-42; Jn 20, 24-29

22 Cf. Mt 28,18-20; Lc 24,47-49; Xn 20,21-23; Feit 1,8

da presenza do Resucitado no mundo será a realidade máis humana de todas: o testemuño dun corazón, que vive en liberdade e ama a verdade; e un pobo que será xerme de unidade, de esperanza e de salvación²³.

Tamén nós, dalgún xeito, pertencemos a esta tradición de verdade e de graza. A ela pertencen o corazón e a palabra dos nosos pais, dos nosos sacerdotes e mestres, que nos ensinaron a fe. E diso é un símbolo este mesmo pregón. Máis alá das nosas limitacións, hoxe resoa de novo aquí o anuncio da liberdade, da alegría do corazón, da dignidade do home salvado e da grandeza inmensa do amor do noso Señor, que fundamenta todas as cousas.

4. A resurrección de Cristo significou a vitoria sobre a morte e, con iso, a aparición sobre a terra dunha nova humanidade, sandada e reconciliada, dunha "criatura nova"²⁴ capaz de transformar xa esta vida. Testemuño perenne da vitoria de Cristo sobre a morte será, pois, a existencia de posibilidades reais de vida nova para os homes.

A comparación cun dos momentos máis elevados alcanzados pola humanidade, pode axudarnos a comprender un pouco o que isto significa; trátase o destino de Sócrates, tal como nolo testemuña Platón, no que os cristiáns o viron dende o principio como unha "profecía" de Cristo²⁵.

Sócrates morre na súa cidade, en Atenas, como testemuña da verdade, superando na vida real todas as traxedias que se representaban nos teatros gregos sobre o destino humano: el, que filosofaba entre a vida e a morte, non quixo escapar, cando llo ofreceron, senón que estivo disposto a morrer polo que testemuñaba, disposto a morrer pola verdade "con poucos outros ou quizais só" (Gorgias).

O seu discípulo Platón presentará logo a morte do testemuño da verdade como unha traxedia inevitable, que nace co amor incondicionado á verdade ("filosofía"), á realidade tal como é; pois este amor divide a humanidade entre os que serven á verdade e os que se serven dela. Esta fronte de batalla irá pouco a pouco aparecendo como a loita cada vez máis brutal entre o servizo á verdade e o egoísmo do propio poder, ao que

23 Cf. LG 9

24 Cf. 2Co 5,17

25 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Herrlichkeit* III-I, Einsiedeln 1965, 153-161

toda ideoloxía é boa se serve para aumentar o seu poder. Esta actitude vai aparecendo nos Diálogos pouco a pouco, ata desvelarse como unha moral que xustifica ao máis forte: quen é máis forte, ten máis razón (Gorgias).

E nós non podemos deixar de recoñecer a lucidez e actualidade da reflexión de Platón, ao observar como o mesmo desafío segue presentándose na nosa sociedade, tentada de afastarse das ensinanzas de Sócrates e de Cristo, da fe e da razón. Pois oímos proclamar e ensinar que non existe a verdade, negala mesmo cando a realidade está patente ante os nosos ollos –por exemplo, non querendo recoñecer que o aborto sexa impedir o nacemento dun neno xa xerado–; e vemos identificar frecuentemente o xusto e o moral co que diga o poderoso, o que consegue impoñerse na sociedade.

A hipótese extrema é presentada en “Política” por Glaucón: quen queira só a verdade, debe renunciar ao demais, ao poder e ás aparencias. A consecuencia é que “o xusto baixo esas circunstancias será azoutado, torturado, atado, seranlle queimados os ollos e despois de todas estas vexacións será crucificado, e así comprenderá que non só hai que *ser* xusto, senón que hai que *parecelo*.”

O crucificado non é o rebelde, senón o xusto que busca a verdade. O paralelismo con Cristo –a profecía– é evidente, e máis aínda recordando como Sócrates ensinaba mesmo que é mellor sufrir a inxustiza que cometela, non buscando a propia honra, deixándose, se é o caso, roubar polo inimigo ou golpear por el en favor da verdade. Verdadeiramente tal gran filosofía, tal razón que busca ata o fondo a verdade, e a nacente fe cristiá, tiñan que entenderse, como de feito sucedeu para o ben do que estaba chamada a ser a nosa Europa. Parece que Sócrates previra a súa morte; é impresionante para un cristián e ao mesmo tempo algo moi occidental: o xusto verdadeiro, aínda na hipótese máis extrema, non se sae do mundo, senón que queda no medio da cidade dos homes, decidido e provocando a decisión.

Estas perspectivas do xusto, que confía a súa vida en mans do seu Deus, permanecen non obstante aparentemente irrealizables sobre a terra: como construír unha cidade baseada neste amor puro á verdade (“Politeia”)? Platón dirá que non é enteira e totalmente imposible, que, se aparecese alguén capaz diso, poderíanse facer cousas que agora nos parecen inalcanzables.

Podemos comprender así máis claramente o significado da vinda e da resurrección de Cristo, que, en canto vitoria sobre a morte, é introdución a unha vida nova que conmove –converte– a todo o home.

O cristián vive da fe, que é amor á verdade –feita presente de modo definitivo por Xesucristo– e vida concreta na comunión fraterna, e pode vencer a un mundo que se afirma a si mesmo aínda contra a verdade das cousas e das persoas²⁶.

O Señor Xesús, que non rexeitou a cruz confiado na vontade de Deus, resucitou vencendo toda mentira, todo pecado e á mesma morte; así devolveulle ao home a certeza do valor da súa existencia, a posibilidade real de vivila na dignidade da verdade, a esperanza da salvación do mundo. Esta é a experiencia cristiá fundamental, na que o home encontra resposta a súa esixencia primeira: a dunha vida que poida abrazarse de corazón e entregarse sen pena, porque non está destinada a perderse, senón a salvarse. Coa resurrección de Xesucristo pon Deus polo tanto un novo inicio no medio da historia de modo plenamente grauíto.

A comunidade cristiá viva, o Pobo de Deus, constitúe en medio –e non fóra– da cidade e da historia un testemuño perenne da vitoria do Señor, de que o poder humano, baseado no temor á morte e a afirmación obstinada de si aínda contra a verdade, non é realmente a única e última palabra posible nesta vida. Apareceu outra palabra: o amor, que nace e permanece ao recoñecer na fe que Deus nos amou primeiro, como demostrou na Cruz. Nós xa non vivimos *sen esperanza e sen Deus no mundo*²⁷, sós e hostís os uns aos outros, senón que somos *membros da familia de Deus, edificados sobre o cimento dos apóstolos e os profetas, e o mesmo Cristo Xesús é a pedra angular*²⁸.

Este é o misterio pascual que contemplamos na Semana Santa e anunciamos no seu Pregón. Tamén as Confrarías, buscando ante todo venerar a Paixón do noso Señor e facer crecer a comprensión do seu amor, se converten en lugares de fe en Deus e de real fraternidade, de vida na verdade e de amor activo. Son parte desta humanidade nova, que é a esperanza dos nosos pobos, cidades e do mundo enteiro.

26 Cf. Xn 16,33; 1Jn 5,4-5

27 Ef 2,12

28 Ef 2,19-20

Que o Señor bendiga e alente sempre os membros das Confrarías da cidade de Lugo, para que vivan na fe e no amor, para que sigan cumprindo moitos anos a súa misión con esperanza e fortaleza ao servizo da Igrexa e de todos os homes. E que a Virxe das Dores e Nai de Piedade, que recolleu no seu seo ao Fillo descendido da cruz, ampare os que devotamente lle rezan, a aman e a serven, orgullosos de ser tamén os seus fillos.

+ *Alfonso, bispo de Lugo*

MENSAJE EN LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI

Queridos hermanos,

El próximo domingo, 6 de junio, la Iglesia nos invita a celebrar de nuevo la gran festividad del Corpus Christi. En este día hacemos memoria solemne de Jesús, el Señor, que entregó su Cuerpo y su Sangre en la Cruz para nuestra salvación y que se nos dio en alimento, sin merecimiento algún por nuestra parte. Ante este misterio de la fe, resonará de nuevo, de modo especial, la alegría que cantaba el pregón pascual: ¡oh feliz culpa que nos mereció tal redentor!

Nuestro Señor quiso que esta donación de su Cuerpo y de su Sangre fuese realidad permanente en el sacramento de la Eucaristía, de forma que ninguno de nosotros viva solo y sin esperanza en el mundo, sino unidos en comunión con Él, hasta llegar a nuestra verdadera plenitud en Dios.

Cristo se queda con nosotros para incorporarnos a Él, y para que formemos con Él su Cuerpo Místico, la Iglesia, llamada a ser sacramento de salvación para la humanidad. Participamos así su misión, siendo testigos vivos de su obra de misericordia y de regeneración de la humanidad; porque el Señor quiere mostrar en nosotros, a pesar de nuestras debilidades, la grandeza de su salvación, capaz de rescatar a todos y a cada uno.

En este año Cáritas nos propone a todos como lema: **“Si no te convence ESTA SOCIEDAD MERCANTIL, ofrece sin pedir nada a cambio”**, dentro de la campaña permanente en torno a: **“Una sociedad con valores es una sociedad con futuro”**.

De hecho, el futuro de nuestra sociedad –de nuestras vidas– depende de qué es lo que más amamos, de dónde ponemos nuestros afectos principales, de llegar a saber apreciar la verdad, el sacrificio y la gratuidad. Menos no es digno del hombre ni construiría una convivencia justa.

Nosotros, ante el santísimo sacramento de la Eucaristía, comprendemos que la gratuidad radical de Aquél que nos amó hace posible nuestra vida.

Descubrimos así que propio del hombre es ser construido y construir con amor y gratuidad. Que así florece nuestra dignidad y la capacidad de trabajar haciendo el bien día a día, sin rendirse ante las dificultades. Y aprendemos también nosotros lo que es amar, dar sin pedir nada a cambio.

Por eso sabemos también que el puro ser “mercantil” no puede definir nuestro mundo y la sociedad en que vivimos, ni se puede construir una vida buscando el lucro por encima de todo. Es más, vemos hoy que la economía misma no puede sobrevivir sin unas relaciones humanas mínimamente verdaderas, sin hombres dignos de confianza.

Aunque a nuestro alrededor veamos frecuentemente entronizado el consumismo o intereses egoístas de cualquier tipo, y menospreciadas las personas, nosotros tenemos que guardar en el corazón nuestra fe, la alegría por el amor del Señor presente en la Eucaristía, y procurar seguir su mandamiento nuevo con generosidad.

Nuestra forma personal de vida surge del estar en comunión con Jesús. Alimentarnos con el Pan vivo bajado del cielo nos hará siempre crecer en nuestra nueva condición de hijos de Dios y en la conciencia de la dignidad de nuestro prójimo, y nos llevará a amarlo con gratuidad, para construir nuestra sociedad como una verdadera familia de hermanos que tienen un mismo Padre.

Que la presencia pacífica y luminosa en la santísima Eucaristía de nuestro Señor, que adoramos en las diversas procesiones en este día, nos dé a todos nuevo aliento en nuestro caminar y haga fructificar generosos proyectos de donación en favor de la sociedad y de todos los necesitados. Que el alimento del Cuerpo de Cristo nos sostenga en las dificultades, en los sufrimientos y enfermedades, y delante de la muerte misma sea para nosotros viático de vida eterna.

Y que Dios bendiga en esta gran fiesta nuestras familias, parroquias y ciudades, y nos conceda a todos la alegría de una unidad verdadera en la fe y en el amor.

Lugo, 18 de mayo de 2010

+ Alfonso, obispo de Lugo

MENSAXE NA FESTIVIDADE DO CORPUS CHRISTI

Benqueridos irmáns,

O próximo domingo, 6 de xuño, a Igrexa invítanos a celebrar de novo a gran festividade do Corpus Christi. Neste día facemos memoria solemne de Xesús, o Señor, que entregou o seu Corpo e o seu Sangue na Cruz para a nosa salvación e que se nos deu en alimento, sen merecemento algún pola nosa parte. Diante deste misterio da fe, resoará de novo, de modo especial, a alegría que cantaba o pregón pascual: ¡oh feliz culpa que nos mereceu tal redentor!

Noso Señor quixo que esta doazón do seu Corpo e do seu Sangue se guise sendo realidade permanente no sacramento da Eucaristía, de forma que ningún de nós viva so e sen esperanza no mundo, senón unidos en comunión con El, ata chegar a nosa verdadeira plenitude en Deus.

Cristo quédase connosco para incorporarnos a El, para que formemos con El o seu Corpo Místico, a Igrexa, chamada a ser sacramento de salvación para a humanidade. Participamos así da súa misión, sendo testemuñas vivas da súa obra de misericordia e de rexeneración da humanidade; porque o Señor quere mostrar en nós, a pesar das nosas feblezas, a grandeza da súa salvación, capaz de rescatar a todos e a cada un.

Nesta ano Cáritas propónnos a todos como lema: **“Se non che convence ESTA SOCIEDADE MERCANTIL, ofrece sen pedir nada a cambio”**, dentro da campaña permanente en torno a: **“Unha sociedade con valores é unha sociedade con futuro”**.

De feito, o futuro da nosa sociedade –das nosas vidas– depende de que é o que amamos máis, de onde poñemos os nosos afectos principais, de chegar a saber apreciar a verdade, o sacrificio e a gratuidade. Menos non é digno do home nin construíría unha convivencia xusta.

Nós, diante do santísimo sacramento da Eucaristía, comprendemos que a gratuidade radical de Aquel que nos amou fai posible a nosa vida. Descubrimos así que propio do home é ser construído e construído con

amor e gratuidade. Que así florece a nosa dignidade e a capacidade de traballar facendo o ben día a día, sen renderse ante as dificultades. E aprendemos tamén nós o que é amar, dar sen pedir nada a cambio.

Por iso sabemos tamén que o puro ser “mercantil” non pode definir o noso mundo e a sociedade en que vivimos, nin se pode construír unha vida buscando o lucro por enriba de todo. É máis, vemos hoxe que a economía mesma non pode sobrevivir sen unhas relacións humanas mínimamente verdadeiras, sen homes dignos de confianza.

Aínda que ao noso redor vexamos frecuentemente entronizado o consumismo ou intereses egoístas de calquera tipo, e menosprezadas as persoas, nós temos que gardar no corazón a nosa fe, a ledicia polo amor do Señor presente na Eucaristía, e procurar seguir o seu mandamento novo con xenerosidade.

A nosa forma persoal de vida xorde de estar en comunión con Xesús. Alimentarnos co Pan vivo baixado do ceo faranos sempre medrar na nosa nova condición de fillos de Deus e na conciencia da dignidade do noso próximo, e levaranos a amalo con gratuidade, para construír a nosa sociedade coma unha verdadeira familia de irmáns que teñen un mesmo Pai.

Que a presenza pacífica e luminosa na santísima Eucaristía do noso Señor, que adoramos nas diversas procesións neste día, nos dea a todos alento novo no noso camiñar e faga frutificar xenerosos proxectos de doazón en favor da sociedade e de todos os necesitados. Que o alimento do Corpo de Cristo nos sosteña nas dificultades, nos sufrimentos e enfermidades, e diante da morte mesma sexa para nós viático de vida eterna.

E que Deus bendiga nesta grande festa as nosas familias, parroquias e cidades, e nos conceda a todos a alegría dunha unidade verdadeira na fe e no amor.

Lugo, 18 de maio de 2010

+ *Alfonso, bispo de Lugo*

ADOREMOS A CRISTO REALMENTE PRESENTE EN LA EUCARISTÍA

Conferencia pronunciada el 17 de junio en O Cebreiro,
con motivo de la clausura diocesana del Año Sacerdotal

La presencia de Dios

Uno de los himnos eucarísticos más frecuentemente cantados en los momentos de adoración comienza con las palabras. “Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Señor. Dios está aquí, venid adoradores, adoremos a Cristo Redentor”.

¡Dios está aquí! En este anuncio, en estas breves palabras se dice lo singular de la adoración eucarística: estar ante la presencia real y verdadera de Dios.

Esta es la afirmación primera, que caracteriza siempre, de modo más o menos explícito, la experiencia del adorador: la cercanía de Dios, su presencia, su visita. Es Dios mismo quien se aproxima y trae consigo toda novedad; su presencia despierta la expectativas más hondas de nuestro ser, la posibilidad de que se cumplan las promesas de la vida, escondidas en el corazón, ya olvidadas o apenas percibidas, por no haber recibido nunca la luz que las puede reavivar.

En la adoración renace la persona, también el hombre moderno, orgulloso de sí y de no confiar en nadie, pero solo, cansado de la dura e inacabable labor. Ante la Eucaristía se realiza el deseo profundo del hombre, bien expresado por Dostoievski: poder inclinarse ante el infinitamente grande, sin ser retenido en los propios límites y por el propio pecado.

2. La presencia real de Jesucristo el Señor

Toda la tradición nos enseña que en este santísimo sacramento la presencia del Señor tiene una intensidad única; que la Eucaristía contie-

ne lo absolutamente sagrado, a Jesucristo en cuerpo, alma y persona divina, y no sólo su gracia o una fuerza suya¹. Podemos encontrarnos con Dios escuchando su Palabra, que nos habla en la Sagrada Escritura, o en el prójimo, sobre todo en nuestros hermanos más pequeños, pobres, hambrientos, heridos; podemos recibir su gracia de muchas maneras, especialmente por el poder santificador de los sacramentos, comenzando por el bautismo. Pero la Eucaristía, en palabras del concilio Vaticano II, “contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da vida a los hombres por medio del Espíritu Santo”².

La Iglesia guardó esta conciencia desde el principio como un tesoro. Más adelante, en el contexto del renacimiento carolingio y de los inicios de lo que sería la gran teología universitaria occidental, el debate teológico hará madurar una reflexión amplia y sistemática sobre lo implicado en esta afirmaciones; y, en concreto, sobre la presencia real de Jesucristo en el sacramento, sobre el cambio que ello significa en la realidad del pan y del vino consagrados, y que fue denominado con el término nuevo, pero adecuado, de “transubstanciación”³. El surgir de la adoración eucarística puede considerarse históricamente como un fruto que acompaña esta profundización de la conciencia eclesial.

A la reflexión, la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, por la conversión de la sustancia del pan y del vino en la de su Cuerpo y su Sangre, aparece ciertamente como una obra que sobrepasa toda capacidad humana, al alcance sólo de Dios. De hecho, la explicación teológica había exigido a la razón, de la mano de la fe, el uso de todas sus capacidades, abrirse más allá de sus propios límites.

Y, sin embargo, el deseo cada vez más extendido de contemplar y adorar las especies eucarísticas no provenía simplemente de la admiración ante la obra maravillosa, inalcanzable a toda creatura —el milagro— que realiza el Espíritu Santo por medio de las palabras de la consagración que el sacerdote pronuncia en la celebración de la Santa Misa; sino del asombro de quien contempla con los ojos de la fe la realidad

1 Cf. St. Tomás de Aquino, STH III, q. 73

2 PO 5; cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia* 1

3 Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Doctrina et canones de sanctissimo missae sacrificio*: DH 1738-1759

de la presencia del mismo Dios, de las posibilidades que el creyente descubriría en esta cercanía del Señor: si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?⁴

Hoy día, sin embargo, estas afirmaciones de nuestra tradición pueden parecer cuestionables a muchos. Ciertamente, en otras religiones y culturas se habla de un actuar divino en el mundo; pero, ¿podemos nosotros ir más allá y seguir presentando a la Eucaristía como sacramento de la verdadera presencia de Dios, en todo el sentido de la palabra?

Grandes corrientes de nuestra cultura moderna afirman insistentemente que no se ven signos de tal presencia de Dios entre nosotros, que no se percibe un poder divino que actúe y cambie las cosas en el mundo, que el hombre ha de vivir como si Dios no existiese, y que, de hecho, en el mundo y en la historia no se lo encuentra, sino que todo es obra de un poder humano cada vez más articulado y fuerte.

Así, para adecuarse al mundo actual, ser mejor aceptado y facilitar el diálogo con sus contemporáneos, el cristiano puede ser tentado de reducir el significado de la presencia real en la Eucaristía, de situarla al nivel de otros signos, símbolos y tradiciones que nos hablan de Dios, que nos recuerdan a Cristo y su enseñanza, que potencian momentos de encuentro y fraternidad, de modo semejante a lo que puede suceder en otros términos en otras religiones.

Pero con ello se pone en cuestión la identidad y la obra misma de Jesucristo, y la relación del hombre con Él. Pues el sacramento de la Eucaristía es la forma escogida por Cristo mismo para garantizar su presencia en medio de la historia.

De hecho, la Iglesia no ha cesado nunca de testimoniar esta verdad profunda, que fundamenta su identidad: en el don de la Eucaristía, Jesucristo amó a los suyos hasta el extremo, entregándoles su cuerpo y su sangre, e "instituyó una misteriosa contemporaneidad" entre su misterio pascual y "el transcurrir de los siglos"⁵; de modo que "desde aquel momento y hasta el fin de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros"⁶.

4 Cf. Rm 8,31

5 *Ecclesia de Eucharistia*, 5b

6 *Ib.*, 21c

3. El mismo Jesús nacido de María, muerto en la cruz

La adoración eucarística es expresión pura de la fe cristiana, surge de la fe como el florecer del primer instante, el abrirse de los ojos asombrados y del corazón conmovido, que forman siempre y perpetuamente el despertar y el vivir de la fe.

Y la fe es fe en Jesucristo. Por Él y por su palabra creemos en la Eucaristía. Él la instituyó y encomendó a sus apóstoles su celebración, hasta que vuelva; la Iglesia, el Pueblo de la Nueva Alianza, obedeció fielmente su mandato hasta hoy, todos los días de su historia⁷. Esta obediencia a la intención, los gestos y palabras del Señor, ha determinado conscientemente desde el inicio la forma de la celebración eucarística⁸ y de la vida cristiana.

También la adoración tiene su fundamento en las palabras del Señor. Se trata, en primer lugar, de las palabras de la "institución", de los gestos de Cristo en la Última Cena. Pero estas palabras tienen su contexto propio, el único en el que pueden ser bien entendidas, en el conjunto de la vida y la misión de Jesús, tal como lo presenta el testimonio apostólico.

Sería un error pensar que la fe en la presencia real, la devoción eucarística, puede vivir y desarrollarse fundamentada en las solas afirmaciones dogmáticas de la "conversión de las sustancias", sin relación con las perspectivas bíblicas y particularmente evangélicas.

De hecho, la crítica a la fe y a la piedad eucarística tradicional ha insistido frecuentemente en la contraposición entre las teorías teológicas que la fundamentan, que estarían enraizadas en el pensamiento filosófico griego, y el mundo y la enseñanza de la Escritura, en el que se situaría en particular la figura histórica de Jesús.

Sin embargo, la mejor teología bíblica ha mostrado que no hay oposición alguna entre la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y su vida y misión histórica en el mundo.

En efecto, la Última Cena, en sus gestos y palabras singulares, puede ser vista como la síntesis de la misión de Jesús al servicio de la venida del Reino de Dios. En aquel momento culminante de su destino, cuando va a morir en la cruz, el Señor reafirma su amor y confianza inquebrantable en

7 *Ib.*, 1

8 Cf., por ejemplo, S. CIPRIANO, *Carta* 63

el Padre, anuncia el Reino ya próximo y la resurrección de los muertos, y ofrece participación en ello a los representantes de todo el pueblo de la Alianza. Así, Jesús manifiesta de modo particular la unión radical entre la venida del Reino y su misma persona.

De hecho, para los discípulos, la experiencia de la cercanía del Reino y la esperanza de su venida futura dependía desde el inicio de la presencia de Jesús; Él mismo, con sus hechos y palabras, había asociado estrechamente el Reino con su destino personal⁹. Esta singularidad incomparable de Jesús no permitía que su persona desapareciese, fuese sustituida o separada de algún modo del anuncio de la venida del Reino. Se comprende así la catástrofe que podía significar su muerte para los discípulos y el significado definitivo de su resurrección. Sin ella, toda la historia de Jesús se hubiese quedado en un episodio profético más del judaísmo¹⁰ y la Eucaristía cristiana no hubiese existido. La resurrección, en cambio, confirma definitivamente la verdad de la misión de Cristo y la vinculación de sus discípulos con Él.

La comprensión católica de una presencia real en los dones de la Última Cena se corresponde, pues, profundamente a los datos históricos: Jesús quiere ofrecer a los hombres los bienes escatológicos del Reino, en los que se participa aceptando entrar en aquella forma de unidad con Él que, en el cumplimiento de su misión, hace posible a los hombres. Esta comunión nueva y extraordinaria es originada sólo por la persona de Jesús, en la forma que Él determina con la entrega de su cuerpo y de su sangre, como participación en su misma humanidad.

La afirmación creyente de la presencia real salvaguarda ante todo el significado insustituible de la persona y de la misión de Jesús. En este sentido, cabría proponer incluso una cierta analogía entre la lucha apasionada al inicio del segundo milenio por afirmar la presencia real del Señor en la Eucaristía –aún a costa de defenderla en términos provenientes de

9 Esto puede observarse también en las comidas celebradas con Jesús: en ellas el criterio de participación era la relación con Jesús mismo, y la comunión con el Dios de la Alianza, que necesariamente implicaban para el judío piadoso, era hecha posible asimismo para publicanos y pecadores por la presencia de Jesús, que hace presente la misericordia del Padre, incluso en el gesto implícito del perdón de los pecados. Cf., por ej., Mc 2,15-17 par; Lc 7,36-50; 19,5-10.

10 Cf. M. HENGEL, "Der stellvertretende Sühnetod Jesu. Ein Beitrag zur Entstehung des christlichen Kerygmas": *IkaZ* 23 (1980) 20-21.

la filosofía griega, como “sustancia” y “accidentes”– y el esfuerzo primero por defender la verdadera filiación divina de Jesucristo contra la herejía arriana. Estaba en juego de nuevo el fundamento de la economía de la salvación: nada puede sustituir la comunión en la humanidad del Verbo hecho carne. No se podía ceder en la defensa de esta presencia real de Cristo, pleno e íntegro, en toda su humanidad y divinidad, en el sacramento de la Eucaristía, sin poner en cuestión la naturaleza de la relación con Él, el origen mismo de la identidad de la Iglesia.

Se comprende así la insistencia, que culmina en Trento, en “la excelencia de la santísima Eucaristía sobre los demás sacramentos”, y el significado radical de la consagración de las formas, por la que antes incluso de su administración al fiel, antes de todo uso, el autor mismo de la santidad está presente en ella¹¹.

En la adoración de la Eucaristía, por tanto, la Iglesia vive y defiende el realismo de la Encarnación, la vinculación definitiva de la salvación y la vida eterna con la presencia histórica del Verbo hecho carne.

Estas perspectivas, profundamente bíblicas, son testimoniadas con claridad en el sexto capítulo de Juan: Quien cree en Jesús como enviado del Padre, quien acepta que el Logos, el Hijo de Dios se ha hecho carne (*sarx*), que es el pan de vida bajado del cielo (*manducatio spiritalis*) aceptará la entrega por Jesús de su carne como el principio de la vida del mundo (*manducatio sacramentalis*). La insistencia es profundamente realista: en la Eucaristía se trata de la presencia verdadera de la carne y de la sangre, como don propio de Cristo a los hombres¹²; y su fruto es la participación en la vida eterna, que sólo es posible en Jesucristo, permaneciendo en Él, viviendo de su vida, como Él vive por el Padre¹³.

11 *Decretum de sanctissimo Eucharistiae sacramento*, cap. 3; canon 4: DH 1639.1654. Cf. también, por ej., TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, q. 73, a. 1 ad 3

12 Cf.: “Wer [docetas gnósticos] den Empfang des Fleisches und Blutes Jesu ablehnt, leugnet seine Inkarnation (*sarx*) und seinen blutigen Kreuzestod (*haima*). Die Eucharistie bezeugt den Kreuzestod Jesu als die unvergängliche und unaufhebbare Quelle des Heils ... und den geschichtlichen Erlöser, der im Fleisch gekommen ist“ (R. SCHNACKENBURG, *Das Joahnesevangelium*, II [Freiburg-Basel-Wien 1971] 91). La mayoría de los autores comprenden la terminología usada (comer y beber, verdadera comida y bebida) como una interpretación realista de las afirmaciones de los relatos de la Cena, queriendo evitar todo posible docetismo.

13 Cf. Jn 6,54.56-58.

La fe cristiana plena en el Verbo hecho carne implica, pues, la acogida de Jesucristo según la forma histórica en que él ha realizado su misión y ha llamado a los hombres a su seguimiento y a la comunión con Él, y que pone de manifiesto en la Última Cena. Por el contrario, no se acogerá plenamente la Palabra de Dios cuando no se acepte la comunicación de sí que Jesús ofrece gratuitamente en el don de su cuerpo y de su sangre¹⁴.

La adoración eucarística no puede subsistir tampoco alejada del conocimiento de la figura histórica de Jesucristo, de los rasgos sustanciales de su misión, de la escucha de sus palabras, con las que Él mismo ilumina la voluntad de Dios y el corazón del hombre, e indica el camino de la salvación.

La contemplación de la Eucaristía es contemplación del Señor, memoria viva de su Persona, de su palabra y de su misión histórica. Es acogida de la Palabra de Dios en toda la plenitud de su comunicación y, por tanto, de la Sagrada Escritura, que, escuchada en el seno de la Iglesia, ha de resonar y acompañar siempre la oración de adoración.

4. El Salvador del mundo

La presencia sustancial de Cristo en el sacramento de la Eucaristía no puede separarse de la forma concreta en que Él ha llevado a cumplimiento su misión, es decir del sacrificio de la cruz. Se comprende así la enseñanza insistente de la Iglesia, especialmente a partir de la Reforma y el Concilio de Trento, que la santa Misa hace presente el sacrificio expiatorio de Cristo en la forma del memorial sacramental.

También la adoración, que es hecha posible por la certeza de la presencia real de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, será siempre, en su núcleo mismo, reconocimiento y contemplación del misterio de la redención; y, por tanto, será siempre también un gesto de acción de gracias al Padre, a quien Cristo quiere presentar un universo y una humanidad salvadas.

En efecto, la profundidad de este sacrificio de Cristo, sólo se desvela a partir de su relación personal con el Abba, como enseña claramente

14 Se comprende así la insistencia de *Dominus Iesus* (17b) en vincular la forma plena de la Iglesia con la presencia del sacramento de la Eucaristía; cf. A. CARRASCO ROUCO, "Unicidad y unidad de la Iglesia en la declaración 'Dominus Iesus'": *RET* 61 (2001) 344-345.

el testimonio evangélico. Si se olvida que Jesús se entrega al Padre en obediencia plena a su voluntad, no se entiende bien ni su Persona ni su obra. Pues la cruz sólo puede ser aceptada y convertirse en fundamento de la fe, cuando se reconoce en ella la manifestación máxima del amor de Dios: amor de Dios Padre, que “entrega” al Hijo, pues le permite ir hasta la obediencia absoluta de la pobreza y de la disponibilidad, que significará llevar el pecado de muchos¹⁵; y amor del Hijo, que por amor se identifica con los pecadores¹⁶ y cumple así en libertad la voluntad del Padre de salvar al hombre, de abrirle el camino de la vida eterna.

El sacrificio de Jesucristo es radicalmente expresión de su unidad con la voluntad del Padre, y la acción de gracias definitiva por todos sus dones: por la vida y la creación, por sus beneficios incontables y, sobre todo, por su propia misión personal, por el Reino prometido y que el Padre va a entregar a los hombres por el camino de la cruz y la resurrección de Cristo.

Con su persona y con su sacrificio, presente en el memorial eucarístico, Jesús habla y conduce siempre al Padre, introduce al creyente en la unidad con el Padre, en un mismo Espíritu.

En la Eucaristía encuentran los hombres la gracia que conduce la vida y el universo a su verdad definitiva, la “prenda de la vida futura”¹⁷; y el fiel adora a Jesucristo como el verdadero Señor del mundo y de la historia, dando gracias al Padre por la inmensidad de sus dones, ante todo por la entrega y el sacrificio de su Hijo.

Contemplando el misterio presente en las especies consagradas, el hombre contempla el Amor de Dios, se acerca a la fuente que mana y corre, al corazón de la Trinidad.

5. El don supremo de la comunión

La Encarnación tenía como objeto conducir al género humano a la comunión con Dios –inalcanzable para el hombre– por la vía de la humanidad del Hijo eterno. Este designio alcanza en el misterio pascual su forma plena y definitiva; pues en la cruz y la resurrección se desvelan las últimas con-

15 Is 53, 11-12.

16 Cf. Hb 2, 11-15.

17 *Ecclesia de Eucharistia*, 18

secuencias de la ascensión por Cristo de la naturaleza humana pecadora, destinada a la muerte. Jesucristo muere llevando el peso de los pecados del mundo y, desde este punto de vista, su sacrificio es la manifestación suprema de la comunión en la que ha querido entrar con el hombre. Pero Cristo asume lo nuestro, nuestra naturaleza caída, para que el hombre pueda participar de lo suyo, la naturaleza humana conducida a la gloria de la plena comunión con el Dios salvador. En esta perspectiva, la comunión que Cristo ofrece a los hombres aparece como la verdad profunda de su sacrificio.

De hecho, en la Última Cena, Jesucristo entrega plenamente lo suyo a sus discípulos, su cuerpo y su sangre, y la oblación de su vida al Padre como única vía de salvación. Ciertamente, este sacrificio de Jesucristo – cumplido en el Triduo pascual– es único e insustituible, singular y definitivo; pero Jesús ha querido donarlo igualmente a los suyos como expresión plena de la comunión a la que los llama. El don de Cristo en la Cena es realmente Él mismo, con toda su presencia y con toda su obra, que culmina en su oblación de la propia humanidad al Padre.

En la celebración de la Eucaristía, la Iglesia ofrece pues al Padre el mismo y único sacrificio de Jesucristo; no quiere presentarse ante Él con ningún otro sacrificio diferente, sino reconociendo su propia salvación y su propia vida en el de Cristo. Unirse así a Cristo, haciendo propio su sacrificio único, es ratificar personalmente la voluntad y los designios del Padre, manifestados en la ofrenda de sí mismo que Cristo le presenta para la salvación del mundo.

La dimensión existencial del sacrificio que la Iglesia presenta al Padre es, pues, la acogida de la misión histórica de Cristo; es decir, la acogida de la comunión que Él dona y establece en su cuerpo y en su sangre.

En la adoración eucarística cada fiel se une a este sacrificio de la Iglesia, se ofrece a sí mismo en el modo agradable al Padre: a través del gesto mismo de la fe, que se adhiere verdaderamente a Jesucristo como Aquel en quien y por quien viene el Reino de Dios al mundo, como el único nombre en que es posible salvarse¹⁸.

Con su gesto de adoración, el fiel reconoce que no es posible sustituir la relación con Jesucristo, la unidad en Él, con ninguna otra acción ética

18 Cf. Hch 4,12.

o religiosa; es decir, abandona la pretensión de una propia justicia¹⁹, de poder alcanzar con las solas fuerzas humanas la perfección y la gloria, y se pone en manos de Cristo.

Pero el verdadero núcleo existencial de este sacrificio no radica en el reconocimiento de la propia incapacidad para alcanzar la salvación, sino, en primer lugar, en la adhesión y la obediencia a Cristo, aun cuando su misión exija la oblación de la cruz. Por ello, ha podido decirse que el asentimiento de María, pronunciado bajo la cruz como expresión suprema de fe y amor de la criatura al Hijo, constituye –y asegura– la forma perfecta de la participación de la Iglesia y del cristiano en el sacrificio de Cristo²⁰.

También la adoración eucarística encuentra su realización y su modelo perfecto en este asentimiento de la Madre dolorosa, que contemplaba al Hijo en el don plenamente verdadero de su cuerpo y de su sangre, que permaneciendo al pie de la cruz no quería dejar de seguir unida a Él, que con todo su corazón participaba de su dolor y de su destino, de su amor y de su entrega en manos del Padre.

En silencio ante el Santísimo Sacramento, el fiel cristiano se une al sí de María, a su fe y su unidad inquebrantable con el Hijo, manifestada radicalmente al pie de la cruz. La adoración eucarística se dirige también al Hijo, realmente presente en las formas consagradas, asiente y se une a la entrega sacrificial de su cuerpo y de su sangre, lo reconoce como el Dios-con-nosotros y el único Salvador. La adoración es expresión pura de la fe, que supera el escándalo de la encarnación y de la cruz, en obediencia al designio de Dios; y es expresión del amor y de la gratitud al Padre, que ha querido poner a nuestro alcance en la humanidad de su Hijo todos los tesoros de la vida y de la gloria.

En pocas palabras, la adoración, en sus muchas formas, es parte intrínseca de toda celebración de la Eucaristía²¹. Y expresa particularmente

19 Cf., por ej., Flp 3,3-11. En el mismo sentido comenta AGUSTÍN: “Ac per hoc qui esurit hunc panem, esuriat iustitiam; sed iustitiam quae de caelo descendit, iustitiam quam dat Deus, non quam sibi facit homo. (...) Inde erant istit qui panem de caelo descendentem non intelligebant, quia sua iustitia saturati, iustitiam Dei non esuriebant” (*In Iohannis Evangelium*, XXVI, 1).

20 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Die Messe, ein Opfer der Kirche?* in: *Id.*, “*Spiritus Creator*”, Einsiedeln 1967, 201 ss.

21 “Nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit”: S. AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 98, 9 (CCL XXXIX 1385). Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 66

bien el asombro, la ternura, el agradecimiento sin límites que acompaña a la verdadera fe en Jesucristo el Salvador, al reconocimiento del amor inmenso de Dios.

La presencia de la adoración eucarística en la Iglesia es, sin duda alguna, un fruto del actuar más propio del Espíritu Santo, el Único que verdaderamente sabe gustar y admirar con todo el corazón, dar a entender y a gozar la belleza del amor del Padre y del Hijo, revelado a nuestros ojos en su designio salvífico y expresado en la Eucaristía. El espíritu de la verdadera adoración es el Espíritu del Amor, es el Espíritu Santo.

Conclusión

Toda reflexión y toda devoción eucarística ha de conservar siempre su mirada dirigida a la "misteriosa contemporaneidad" de Jesucristo, de lo acontecido en el Triduo Pascual, a la que es introducido el hombre en la celebración del sacramento²².

Tal intensidad única de la presencia del Señor en el misterio de la Eucaristía hace surgir el asombro en el creyente, como actitud primera. Este asombro, entreverado de gratitud y de alegría, permanece siempre en el corazón de la fe verdadera y conduce a la adoración, ante el don completamente desproporcionado del Hijo eterno, ante el amor inmenso e inexplicable del Señor, que se abaja, lava los pies, entrega su vida en rescate por cada uno de nosotros, y que además, en el memorial eucarístico, instituye el modo en que este amor y esta obra suya permanecen siempre presentes y vivos, contemporáneos a los hombres hasta el fin de los tiempos.

Ante este Misterio, la razón humana experimenta su propia limitación, pero, concluye Juan Pablo II, "el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites"²³.

+ Alfonso, obispo de
depo

22 *Ecclesia de Eucharistia*, 59a

23 *Ib.*, 62b

HISTORIA Y FIDELIDAD

Palabras que sirven de presentación al volumen editado con motivo de la reinauguración del edificio del Seminario

La presentación de este volumen es ocasión de gran alegría, porque significa el cumplimiento de una nueva etapa, importante, en la historia del Seminario y de la Diócesis de Lugo.

La fidelidad quiere ser la característica de este camino. Fidelidad a nuestro Señor y de nuestro Señor para con nosotros. Esta última es el motivo de nuestra alegría, la certeza de la presencia y de la atención amorosa de Cristo por nosotros: Él nos ha hecho llegar hasta aquí “como un hombre lleva a su hijo, mientras dura el camino” (Dt 1,31). Su fidelidad hace posible la de su Pueblo, la de sus sacerdotes, diáconos y seminaristas, la de su Seminario.

Damos gracias a Dios por la existencia de esta gran casa, de este lugar en que tantas generaciones han aprendido a ser hombres a la luz de la fe en el verdadero Maestro, en que tantas historias apasionantes y dramáticas, de vocación y de libertad, tuvieron lugar, muchas veces en la discreción y el silencio, y fructificaron en el milagro de los sacerdotes “lucenses”, sin los que no se entiende la historia de nuestro pueblo y sin los que habrían sido otras las almas de personas y familias.

Contemplamos con un cierto asombro el espectáculo de este gran edificio, bello y austero, que nos hace ser conscientes de la herencia recibida, de la tradición que nos precede, del protagonismo que en ella nos ha correspondido, más allá sin duda de nuestros méritos y capacidades. Por gracia de Dios vemos hoy restaurado el Seminario de Lugo, fruto de tantos esfuerzos de nuestros padres, tan querido para tantos.

Pidámosle al Señor que nos conceda también a nosotros, en nuestra historia personal y de Iglesia, la sabiduría de una fidelidad verdadera e inteligente. Que su amor, su protección y su cercanía se hagan sentir siem-

pre a los llamados a vivir en esta casa, y den en cada uno el fruto de la fe, de la libertad valiente a la hora de responder a la propia vocación, del amor generoso por la Iglesia en Lugo, por sus parroquias y sus gentes, por su verdadero destino, que se cumple sólo en el Señor.

Y pidamos también a Santa María, la Virgen de los Ojos Grandes, su protección e intercesión por nuestro Seminario y nuestra Diócesis. Que ella sea nuestra abogada ante su Hijo, para que nunca falten aquí sacerdotes "de espíritu fuerte" que sigan haciendo verdadera esta historia de fidelidad a Dios y al hombre.

+ Alfonso, obispo de Lugo

SALUDO

Texto que se incluye en el libro publicado por los sacerdotes que celebran en este año sus Bodas de Oro

Queridos amigos,

Estas palabras, que me alegra poder dirigiros, quieren ser una confirmación de la bondad de la vocación y del camino vividos en estos cincuenta años, y, por tanto, una acción de gracias a Dios por todos vosotros.

La historia que compartís y celebráis es la de un enraizamiento y una entrega a la Iglesia, la de una amistad sostenida por la común pertenencia a nuestro Señor, desde la primera llamada en el Seminario a los muchos años de ministerio pastoral. Crecieron los nexos, se abrió la vida a nuevas rela-

ciones y tareas, aumentó el número de conocidos y amigos, de sacerdotes cercanos; pero nunca se puso en cuestión la unidad inicial, como una experiencia verdadera, cuidada con cariño en vuestras reuniones, que el paso del tiempo y el cansancio de la labor no pudieron hacer desaparecer.

Esta experiencia de unidad y de fraternidad sacerdotal, de pertenencia profunda, es un don, por el que nuestro Señor introduce a cada uno a gustar su Iglesia, que es un misterio de comunión.

La fe, con su inteligencia propia, nos ayuda a valorarla, nos introduce poco a poco a las profundidades de lo sucedido en la vida, a la confianza y al agradecimiento al Señor, que la conduce para que sea hasta el final un servicio verdadero al bien y a la salvación de los hermanos, para que sea siempre expresión de la esperanza y del amor.

Yo quiero daros las gracias hoy por vuestra presencia, vuestra entrega pastoral, y especialmente vuestra unidad, en la que habéis sabido acogermé a mí, recién llegado entre vosotros como obispo. Me ha ayudado a percibir la gran tradición de la Iglesia en Lugo y los valores singulares de su presbiterio, y me ha confortado en mi ministerio.

Que por intercesión de nuestra Madre, la Virgen de los Ojos Grandes, el Señor os dé a todos los consuelos que necesitáis, os mantenga unidos en la fe y en el amor, y os dé la gracia de seguir construyendo siempre, en todas las circunstancias de la vida, sobre la roca del Evangelio, como piedras vivas y escogidas de su Iglesia.

+ Alfonso, obispo de Lugo

SECRETARIA GENERAL

BODAS DE ORO Y PLATA SACERDOTALES

A lo largo del presente año celebran sus bodas de Oro (1960-2010)

- D. José Calvo Vázquez (17-07-60)
- D. José Carral Fernández (29-06-60)
- D. Ramón Fernández Boullosa (29-06-60)
- D. Manuel Fernández Macía (29-06-60)
- D. José Fernández Rodríguez (29-06-60)
- D. Elías García Carmoega (29-06-60)
- D. Luis García Fernández (29-06-60)
- D. Jesús Gómez López (29-06-60)
- D. Segundo Gómez Santoalla (29-06-60)
- D. Plácido González Ares (29-06-60)
- D. Manuel González Fernández (29-06-60)
- D. Vicente Goyanes Rodríguez (29-06-60)
- D. José Lebón Sánchez (27-06-60)
- D. Benedicto Liñeira Bande (29-06-60)
- D. Francisco Lodeiro Vázquez (14-04-1960)
- D. Eduardo López Pérez (29-06-60)
- D. Antonio López Roda (29-06-60)
- D. Sabino Núñez Romay (29-06-60)
- D. Francisco Porral Calviño (29-06-60)
- D. Felix Rielo González (29-06-60)
- D. Manuel Rodríguez Rodríguez (19-03-60)
- D. José Sobrado Ouro (29-06-60)
- D. Edelmiro Ulloa Rodríguez (29-06-60)
- D. Antonio Vázquez Vilariño (29-06-60)
- D. Dositeo Vilariño Fernández (06-11-60)
- D. Manuel Villar Diéguez (29-06-60)

A su vez, celebran sus Bodas de Plata (1985-2010):

El Excmo. Sr. Obispo D. Alfonso Carrasco Rouco (08-04-85) y
D. Miguel Angel Gómez Vázquez (21-12-85)

MINISTERIOS LAICALES

El miércoles, 16 de junio, D. Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de la Diócesis, confirió los ministerios laicales de Lector y Acólito en la Capilla del Seminario a José Carlos Agulló Canda, Carlos Sánchez Carrera y José García Pájaro.

NOMBRAMIENTOS

- 01/06/10 D. Carlos Brandido Gutiérrez Administrador parroquial de San Miguel de Goyás, Santa Marina de Jaján y San Ramón de Veiga
- 01/06/10 D. Manuel Mato Mouriño Administrador Parroquial de Santa María de Marojo.

DEFUNCIONES

- 06/04/10 D. José Meijome Fernández Jubilado
- 24/04/10 D. Aniceto Iglesias García Jubilado
- 29/05/10 D. Francisco Porral Calviño Administrador Parroquial de San Miguel de Goyás, Santa María de Jaján y San Ramón de Veiga
- 05/06/10 D. Antonio Bernárdez Crespo Capellán de la Residencia de Ancianos de San Roque

CONSEJO PRESBITERAL

ACTA DE LA CUARTA SESIÓN

El día 23 de marzo de 2010, en la Casa Diocesana de Lugo, se reunió el XI Consejo Presbiteral Diocesano en sesión ordinaria, bajo la presidencia del Sr. Obispo de la diócesis.

Se comenzó la sesión con el rezo de la Hora Intermedia en la Capilla de la Casa.

Continuó la sesión en la sala de juntas, conforme al orden del día.

El Secretario del Consejo leyó el acta de la sesión anterior, que fue aprobada por unanimidad.

Criterios de retribución para el clero

El Ecónomo diocesano, D. Miguel A. Álvarez Pérez, repartió a los consejeros un documento, elaborado por la Comisión encargada de la revisión de los criterios de distribución y explicó su contenido.

El Código de Derecho Canónico (C. 1274) manda establecer en cada diócesis el Instituto para la Sustentación del Clero, que asegura una nómina digna a todos los sacerdotes. En el documento se exponen los criterios de retribución del clero de la diócesis de Lugo.

La nómina está determinada por los siguientes conceptos: sueldo base, complementos, descuentos, paga extra. Presentó un modelo de tabla salarial con las cantidades asignadas por los distintos conceptos.

Hubo un intercambio de opiniones entre los consejeros, sobre todo en lo referente a la cantidad asignada por kilometraje por considerarla insuficiente, también con referencia a complementos a capellanes de hospitales y prisiones.

Se propuso el nombramiento de una Comisión para la solución de problemas que puedan surgir en situaciones particulares y la revisión cada año de los criterios de distribución.

Con esta finalidad se determinó que tal Comisión estuviese formada por el Ecónomo Diocesano, el Vicario de Pastoral y el Delegado para el Clero. Por voluntad del Sr. Obispo el nombramiento del Delegado para el Clero es por cuatro años.

Posteriormente se sometió a votación el documento presentado por el Ecónomo Diocesano. Fue aprobado con el siguiente resultado: votos a favor, 19; votos en contra, 5.

Catequesis de confirmación

Se incorporó a la asamblea el Delegado de Catequesis. En su intervención destacó la importancia de la continuidad de la formación catequética de Primera Comunión con la preparación para la Confirmación y con nuevos materiales preparados al efecto. Y en consecuencia situar la celebración de la Confirmación en torno a los doce años. La propuesta fue aprobada por 26 votos y una abstención.

Zonas pastorales

El Vicario de Pastoral, D. Luis Manuel Rodríguez Pérez presentó una relación de las nuevas zonas pastorales: doce, con el número de sacerdotes que corresponde a cada una. Se identifican con los arciprestazgos, menos en dos: Fonsagrada se une a Becerreá y Amandi a Monforte.

A las 13.30 horas se levantó la sesión.

CONSTITUCIÓN DEL XII CONSEJO PRESBITERAL

(25 Junio 2010 - 25 junio 2015)

Después de efectuada la elección de candidatos a formar parte del XII Consejo Presbiteral Diocesano, el día 25 de junio, bajo la presidencia del Obispo de la Diócesis, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, tuvo lugar la constitución del mismo dando cumplimiento a lo establecido en el Decreto de 29 de marzo de 2010, y quedando configurado por los siguientes miembros para un período de cinco años (art. 33 de los Estatutos):

A) Miembros natos

1	Vicario General	D. Luciano Javier Armas Vázquez
2	Vicario Judicial	D. Emilio Díaz Campo
3	Vicario Ep. Coordinación Pastoral	D. Luis Manuel Rodríguez Pérez
4	Vicario Ep. de Enseñanza	D. Mario Vázquez Carballo
5	Vicario Ep. Institutos Vida Consagrada	D. Gonzalo Fraga Vázquez
6	Rector del Seminario Presidente del Cabildo	D. Daniel García García D. Luciano Javier Armas Vázquez
7	Delegado del Clero	D. Rafael Mella Vázquez
8	Ecónomo Diocesano	D. Miguel Angel Alvarez Pérez

B) Miembros elegidos por los sacerdotes y religiosos

(Se consigna en primer lugar el titular; luego el suplente)

a) Zonas pastorales

9	Nº 1	D. Jesús Moure Enriquez D. Jesús Pérez García	A Ulloa
10	Nº 2	D. Andrés Guerreiro Sánchez D. Manuel Mato Mouriño	Abeancos
11	Nº 3	D. Alejandro Pin Díaz D. Angel Eiriz Mouriz	Becerreá

12	Nº 4	D. José Sarandeses Sixto D. José Penido Mato	Camba-Ventosa
13	Nº 5	D. José Maximino Rodríguez Rigueira D. Alfonso Fraga Ríos	Chantada
14	Nº 6	D. Pegerto Vázquez López D. Argimiro López Rivas	Cotos Derecha
15	Nº 7	D. José Luis González Regueiro D. José Ramón Pérez García	Cotos Izquierda
16	Nº 8	D. Eliseo García Sanmartín D. Elías García Carmoega	Deza-Trasdeza
17	Nº 9	D. Jesús Angel Fernández Aira D. Alberto Leiva Torreiro	Lugo
18	Nº 10	D. Raúl Álvarez Otero D. César Manuel Carnero Rodríguez	Monforte
19	Nº 11	D. Jesús Río Ramilo D. Rafael Mella Vázquez	Quiroga
20	Nº 12	D. Ovidio Portomeñe Vázquez D. Jorge Vázquez Freire	Sarria

b) Clero de la Curia, Catedral, Seminario, y docente

21	D. Manuel Otero Méndez D. José Otero Seijas
----	--

c) Sacerdotes jubilados

22	D. Jesús María Núñez Buján D. Antonio Flores López
----	---

d) Sacerdotes miembros de Institutos religiosos

23	P. José Manuel Casal Méndez (O.F.M.) Cesa a causa de su reciente trasladado a Vigo. P. Paulino Mazuelas Merino (O.S.B.) Pasa a ser titular.
----	---

C) Designados libremente por el Obispo

- 24 Miguel Angel Gómez Vázquez
- 25 Amador Marugán Patiño (P. Saletino)
- 26 José Argul Folgueiras
- 27 José Antonio Fernández Gude

En el curso de la misma Asamblea Plenaria quedó constituida la **Comisión Permanente** integrada por

- Luciano Armas Vázquez – Vicario General
- José Antonio Fernández Gude (Secretario)
- Gonzalo Fraga Vázquez (electo)
- Daniel García García (electo)
- Miguel Ángel Gómez Vázquez (electo)

De igual modo, el Sr. Obispo dio a conocer el nombre de los miembros del Consejo Presbiteral (Cn. 502) que forman parte del nuevo **Colegio de Consultores:**

- Luciano Armas Vázquez
- Gonzalo Fraga Vázquez
- Daniel García García
- Miguel Angel Gómez Vázquez
- Alberto Leiva Torreiro
- Luis Manuel Rodríguez Pérez
- José Sarandeses Sixto

Un gesto de fraternidad sacerdotal

Con motivo de los Actos de clausura diocesana del Año Sacerdotal que tuvieron lugar el 17 de junio en el Santuario de O Cebreiro, y como memorial de este evento, el Sr. Obispo expresó su deseo de que en caso de fallecimiento de un sacerdote, se comunique a todos los miembros del presbiterio diocesano para que celebren al menos dos Misas en sufragio por el fallecido. Es un modo concreto de expresar la gratitud por el ministerio recibido y la fraternidad que de él se deriva.

DECRETO SOBRE GESTIÓN DE BIENES PARROQUIALES

Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Obispo de Lugo.

Dado que la parroquia legítimamente erigida, goza de la personalidad jurídica de propio derecho (CIC c. 515,3) y, por tanto, es sujeto capaz de adquirir, retener, administrar y enajenar bienes temporales según la norma jurídica (c. 1255) y para mejor cumplir con los fines y obligaciones que le son propios (c. 1284) y evitar posibles inconvenientes

DECRETAMOS

1. Que todos los bienes materiales cuya titularidad corresponde a una parroquia deben estar inventariados y gestionados como tales, es decir, claramente diferenciados de los que pertenecen al sacerdote o a personas que por algún motivo se encargan de su administración.

2. Que todos los movimientos han de quedar reflejados en la contabilidad del correspondiente libro de Fábrica.

3. Que las *cuentas y productos bancarios* figuren siempre a nombre de la parroquia titular, con su correspondiente NIF. De igual modo, los *recibos* de agua, electricidad, teléfono o similares, así como cualquier otro tipo de productos que se compre o pague con fondos parroquiales, se facturen siempre a nombre de la parroquia, haciendo constar su NIF y dirección postal a no ser que el importe de de lo suministrado por un mismo proveedor a lo largo del año supere los 3000 € en cuyo caso la factura debe extenderse a nombre de la Diócesis de Lugo (NIF R2700002E).

Para que así conste, lo firmo en Lugo, a treinta de junio de 2010.

+ Alfonso, obispo de
Lugo

Por mandato de S.E. Rvma.
José Seoane Alvarez
Canciller-Secretario

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Seoane', with a long horizontal flourish extending to the right.

DECRETO SOBRE LA ADMINISTRACION DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Obispo de Lugo.

En el sacramento de la Confirmación, los bautizados reciben una gracia especial del Espíritu Santo que los incorpora más perfectamente y los vincula más estrechamente a Cristo y a la Iglesia y los robustece para que difundan y defiendan la fe con obras y palabras como verdaderos testigos de Cristo (Cfr. LG, 11).

El esfuerzo de la preparación es inevitable pero éste nunca debe oscurecer sino realzar la primacía del don que Dios otorga con el sacramento pues, aunque implica necesariamente la libre respuesta del creyente que tiene uso de razón, este sacramento es, ante todo, un don gratuito de la iniciativa salvadora de Dios. De ahí también que se administre no como un acto aislado sino inserto en proceso catecumenal marcando un hito en el que, en torno a la edad de la discreción (CIC c. 891) el catecúmeno tome conciencia de su compromiso de fe, de su inserción en el Misterio de Cristo y se disponga para una participación plena en la vida de la Iglesia.

A lo largo de las últimas décadas, siguiendo la normativa jurídica universal (CIC c. 891) las orientaciones de la Conferencia Episcopal Española (Comisión episcopal de la Doctrina de la fe, *Sobre algunos aspectos doctrinales del sacramento de la confirmación*, 24-X-91; CEE, *Orientaciones pastorales para el Catecumenado*, 1-III-02) y las decisiones adoptadas en el ámbito diocesano (cfr. BOO 1988, págs. 281-286) se consideró oportuno fijar la edad idónea para conferir este sacramento a partir de los dieciséis años después de una preparación catequética específica de al menos dos años. Sin embargo, comprobando que son muchos los jóvenes que encuentran serios inconvenientes para mantener el proceso de formación

catecumenal que exige la iniciación cristiana, una vez consultado el Consejo Presbiteral de la Diócesis, por las presentes

DECRETAMOS

1. Que a partir de la primera Comunión, al menos en cada zona, se mantengan durante tres años las catequesis que hagan posible una adecuada preparación para la recepción del Sacramento de la Confirmación y se promuevan actividades complementarias (encuentros, convivencias, compromisos eclesiales, etc.) que favorezcan una mayor vivencia de la fe e integración en la comunidad parroquial de tal modo que, en condiciones ordinarias, reciban la Confirmación en torno a los 12/13 años.

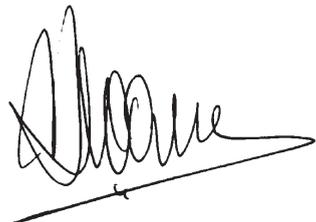
2. Que la Delegación Diocesana de Catequesis elabore y ponga al alcance de los responsables del catecumenado el material pedagógico adecuado a estas edades a fin de no demorar la puesta en práctica de esta resolución.

3. Que en el desarrollo de este proceso formativo los responsables del catecumenado han de propiciar a los catecúmenos la paulatina integración en actividades propias de la Pastoral Juvenil a fin de que por esta vía, tras recibir el sacramento de la Confirmación, avancen con mayor firmeza en la maduración y consolidación de su identidad cristiana.

Para que así conste, lo firmo en Lugo, a treinta de junio de 2010.

+ Alfonso, obispo de
Lugo

Por mandato de S.E. Rvma.
José Seoane Alvarez
Canciller-Secretario



SUBVENCIONS A RECTORAIS E IGREXAS NO ANO 2009

Rectorais	Concello	Cantidade
Alvidrón, Santa María	Antas de Ulla	8.000,00 €
Campo, San Xoán	Lugo	18.551,60 €
Campo, San Xulián	Taboada	3.152,28 €
Complexo Parroquial de Quiroga	Quiroga	3.230,00 €
Complexo Parroquial Nosa Señora do Rosario	Sarria	18.040,32 €
Fonsagrada, Santa María	Fonsagrada	28.138,74 €
Lier, Santa María	Sarria	6.000,00 €
Pacios da Serra	Quiroga	700,00 €
Val do Mao, Santa María (convenio mixto)	Incio	61.500,00 €
Total		147.312,94 €

Igrexa	Concello	Cantidade
Aldosende, Santiago	Paradela	6.000,00 €
Alta, Santa María	Lugo	3.140,00 €
Anzo, San Xoán	Lalín	6.000,00 €
Capela Perulleira, S. Andrés (Parroquia Trapa)	Fonsagrada	1.500,00 €
Cela, San Xoán	Corgo	5.000,00 €
Francos, Santiago	Outeiro de Rei	7.330,66 €
Laxes, San Pedro	Baralla	23.000,00 €
Meiraos, Santa María	Caurel	3.000,00 €
Novela, Santa María	Santiso	9.000,00 €
Ouviaño, Santiago	Negueira de Muñiz	36.000,00 €
Rendar, Santa María	Incio	6.000,00 €
Sagrado Corazón	Lugo	10.000,00 €
Vilachá, San Mamede	Pobra de Brollón	4.000,00 €
Villádiga, San Roque (S. Martín de Río)	Láncara	5.000,00 €
Zóo, Santiago	Samos	8.000,00 €
Total		132.970,66 €

CONVENIO DE COLABORACION ENTRE LA PROVINCIA FRANCISCANA DE GALICIA Y LA DIOCESIS DE LUGO PARA LA ATENCIÓN DE LA UNIDAD PASTORAL DE O CEBREIRO

En Lugo, a quince de junio de dos mil diez

REUNIDOS

De una parte, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, en calidad de Obispo de la Diócesis de Lugo.

Y de otra el P. José Antonio Castiñeira Chouza, como Provincial de la Provincia Franciscana de Santiago.

Ambas partes se reconocen mutuamente plena capacidad jurídica para otorgar el presente Convenio, y a tal efecto,

MANIFIESTAN

Primero.- *Todos los presbíteros, sean diocesanos, sean religiosos, participan y ejercen con el Obispo el único sacerdocio de Cristo; por consiguiente, quedan constituidos en asiduos cooperadores del orden episcopal (CD, 3). Animados por un espíritu de comunión fraterna los religiosos sacerdotes que se consagran al oficio del presbiterado... hoy, mas que nunca, pueden ser una ayuda eficacísima del Obispo, dada la necesidad mayor de las almas... hasta el punto de que, en estricta justicia, pertenecen al clero de la diócesis, en cuanto toman parte en el cuidado de las almas y en la realización de las obras de apostolado bajo la autoridad de los Obispos (CD, 4; cfr. LG 28; CD 28; 11).*

Segundo.- *A la luz de lo dicho, los Institutos religiosos no dedicados a la mera contemplación pueden ser llamados por el Obispo para que ayuden en los varios ministerios pastorales, teniendo en cuenta, sin*

embargo, la índole propia de cada Instituto (CD, 4), buscando siempre una ordenada cooperación entre éstos y el clero diocesano a tenor de las necesidades concretas de los fieles (Cfr. Cann. 680-681)

Tercero.- *Por otra parte, con el fin de que el Presbiterio de la Diócesis exprese debidamente la unidad y que los diversos ministerios sean promovidos más eficazmente, el Obispo persuadirá con sumo interés a los sacerdotes diocesanos a reconocer también ellos, con sentimientos de gratitud, la obra de los Religiosos en favor de su Iglesia y aprobar gustosamente que se les confíen ministerios de mayor responsabilidad, que estén en consonancia con su vocación y misión. (cfr. Motu proprio Mutuae Relationes, nº 55).*

Cuarto.- Recientemente, la Provincia Franciscana de Santiago ha ofrecido al Sr. Obispo de la Diócesis un principio de colaboración pastoral en algún punto del Camino de Santiago que éste considerase oportuno.

Quinto.- Dado que, en la actualidad, se hace necesario proveer de sacerdotes la zona que abarca en su conjunto todo el Municipio de Piedrafita y prestar una ayuda específica a los peregrinos y devotos que acuden al Santuario de Santa María La Real de O Cebreiro, las partes firmantes acuerdan establecer el presente convenio de colaboración con arreglo a las siguientes

CLAUSULAS

PRIMERA: Objeto del convenio.

El objeto del presente convenio es establecer la forma de colaboración entre la Provincia Franciscana de Santiago y el Obispado de Lugo, para la atención pastoral de las Parroquias que a continuación se relacionan:

Santa María La Real de **O Cebreiro**

San Juan de **Fonfría**

San Juan de **Hospital de la Condesa**

San Esteban de **Liñares**

San Vicente de **Lousada**

San Juan de **Louzarela**

San Pedro de **Noceda**
 San Lorenzo de **Pacios**
 San Juan de **Padornelo**
 San Antonio de **Piedrafita**
 Santa Magdalena de **Riocereija**
 Santa María de **Vega de Forcas** y
 San Martín de **Zanfoga**

SEGUNDA: Compromisos que asumen las partes.

1. El Obispado de Lugo se compromete a facilitar una vivienda adecuada a los miembros de la Comunidad Franciscana que se responsabilice de la atención pastoral de las parroquias arriba citadas.

2. Asimismo asignará a cada uno de los presbíteros de dicha Comunidad una nómina equivalente, a todos los efectos, a la que recibe cualquier otro sacerdote diocesano a tenor de las disposiciones diocesanas vigentes.

3. Los religiosos sacerdotes que integran dicha Comunidad recibirán el nombramiento de Párrocos *in solidum* aun cuando sean ellos quienes distribuyan convenientemente las tareas a desarrollar.

4. Por su parte, la Comunidad Franciscana se compromete a prestar la atención ministerial ordinaria en las referidas parroquias y, de modo particular por lo que tiene de específico, el Santuario de Santa María la Real de O Cebreiro cuidando con esmero

a) la *dignidad de las celebraciones litúrgicas* (en especial Santa Misa diaria y horarios que faciliten la recepción del Sacramento de la Penitencia)

b) la *atención al peregrino* y

c) una *contabilidad diáfana* que se presentará al Ecónomo de la Diócesis al final de cada ejercicio.

4. Los miembros de la Comunidad Franciscana que asuman la responsabilidad de atender esta unidad pastoral, tendrán conciencia de que deben hacerlo según las directrices del Obispo de la Diócesis y en comunión con los sacerdotes diocesanos del arciprestazgo del que forman parte. En consecuencia, se comprometen a colaborar estrechamente con los distintos organismos diocesanos y a participar en las actividades organizadas para los que trabajan en aquella zona pastoral.

TERCERA: Ámbito temporal.

1. Este convenio entrará en vigor a partir del 1 de octubre de dos mil diez con duración de cuatro años, prorrogables si así lo acuerdan ambas partes.

CUARTA: Causas de extinción.

Serán causas de extinción del presente convenio:

1. La resolución por incumplimiento de las cláusulas del mismo, por la Provincia Franciscana de Santiago o el Obispado de Lugo.
2. El mutuo acuerdo de la Provincia Franciscana de Santiago y el Obispado de Lugo.
3. La desaparición de las condiciones que sirven de base a su realización.

En prueba de conformidad con todo lo anteriormente expuesto, se firma el presente convenio, en el lugar y fecha indicados.

*EL PROVINCIAL DE LA
PROVINCIA FRANCISCANA
DE SANTIAGO
Jose Antonio Castiñeira Chouza*

*EL OBISPO DE LUGO
Alfonso Carrasco Rouco*

AXENDA DO SR. BISPO

ABRIL

Día 1. Xoves Santo. Preside na S. I. Catedral Basílica de Lugo a Misa da Cea do Señor.

Día 2. Venres Santo. Pola mañá preside na S.I. Catedral Basílica a celebración do Sermón das Sete Palabras. Pola tarde preside os oficios da Paixón do Señor.

Día 3. Sábado Santo. Preside na S.I. Catedral Basílica a Vixilia Pascual.

Día 4. Domingo de Resurrección. Preside na S.I. Catedral Basílica a Solemne Misa Pontifical de Resurrección e a Procesión do Cristo Resucitado.

Día 11. Celebra Confirmacións no Centro Penitenciario de Monterroso, e visita a varios sacerdotes enfermos.

Día 13. Pola maña despacha asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios relixiosos. Pola tarde asiste a reunión de Consello Episcopal e celebra encontro no Seminario.

Día 14. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes. Pola tarde preside a Eucaristía na Parroquia de San Froilán con motivo da renovación de votos da Lexión de María e despacha asuntos de Goberno Pastoral.

Día 15. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno da Diocese. Pola tarde participa na Asemblea de Cáritas.

Día 16. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e celebra Confirmacións na Parroquia de San Froilán.

Día 17. Celebra Confirmacións nas parroquias de Vilariño e Ventosa.

Día 19-23. Participa na Asemblea Plenaria da Conferencia Episcopal.

Día 24. Asiste a Toma de Posesión e Inicio do Ministerio Episcopal de Tui-Vigo do Excmo e Rvdmo. Mons. D. Luis Quinteiro Fiuza.

Día 25. Asiste a Dedicación e Consagración da Igrexa de “El Buen Pastor” na Diocese de Astorga.

Día 26. Pola mañá despacha asuntos de Goberno da Diocese. Pola tarde Preside na Igrexa Parroquial de Chantada o Funeral de Enterro do Sacerdote D. Aniceto Iglesias García; posteriormente participa nun Encontro con Directores de Colexios organizado pola Vigairía de Ensinanza.

Día 27. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra encontro no Seminario.

Día 28. Pola mañá despacha Asuntos de Curia, de Goberno Pastoral e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde asiste a reunión de Consello Episcopal e desprázase ata Lalín para presidir o Encontro de Oración polos Sacerdotes.

Día 29. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e seminaristas.

Día 30. Pola mañá despacha Asuntos de Curia, recibe en Audiencia a varios sacerdotes e celebra unha Misa aos sacerdotes que están de Exercicios na Casa Diocesana. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra Confirmacións na Parroquia de A Milagrosa.

MAIO

Día 1. Desprázase ata o Colexio da RR. Xosefinas de Lugo para participar na Xornada Diocesana de Catequese e Familia, para celebrar o Encontro Convivencia, familias, nenos e catequistas.

Día 2. Pola mañá celebra Confirmacións nas parroquias de Calde, Esperante e Bazar. Pola tarde visita o “rastrillo” organizado polo grupo de Vida Ascendente.

Día 4. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe Audiencias. Pola tarde recibe en Audiencia a varios sacerdotes e celebra encontro no Seminario.

Día 5. Pola mañá despacha asuntos de Curia, asuntos de Goberno Pastoral e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e relixiosos. Pola tarde visita

a varios sacerdotes da zona de Láncara e despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 6. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e asiste a reunión de Consello Episcopal. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e celebra Confirmacións na Parroquia de San Antonio en Lugo.

Día 7. Visita varias Casas Parroquiais e despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 8. Participa na Peregrinación de mozos e mozas da Diocese de Lugo ao Santuario Mariano da Virxe do Faro en Chantada, organizada pola Delegación da Mocidade.

Día 9. Pascua do Enfermo. Preside a Eucaristía no Fogar de Anciáns de San Roque con motivo da Festividade da Nosa Señora dos Desamparados.

Día 10. Preside os actos de celebración da Festividade de San Xoán de Ávila, ademáis o Sr. Bispo tamén celebra as súas vodas de prata sacerdotais xunto con outros sacerdotes da Diocese que cumprían os seus 50 e 25 anos de Sacerdocio.

Día 11. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 12. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra un Encontro no Seminario Menor.

Día 13. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e asiste a reunión de Consello Episcopal. Pola tarde preside a Clausura da Novena de Nosa Señora de Fátima, na Igrexa Parroquial de Santiago de Bravos da Diocese de Mondoñedo-Ferrol.

Día 14. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra Confirmacións en San Martín de Piñeira en Monforte.

Día 15. Preside na Parroquia de Santiago A Nova a Consagración de Dña. Dolores Balea que ingresa na Orde das Virxes e asiste en Monforte a Homenaxe de Don José Fernández Rodríguez, "Cura de Doadé".

Día 16. Celebra Confirmacións na Parroquia de San Pedro en Lugo.

Día 17. Preside a Festividade da Adoración Eucarística na Igrexa de Santa María A Real de O Cebreiro, e participa no encontro de todas as

organizacións Eucarísticas da Diocese, con motivo da celebración do seu patrón, San Pascual Bailón.

Día 18. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra encontro no Seminario.

Día 19. Pola mañá despacha Asuntos de Goberno Pastoral e asiste a presentación que organiza a Delegación de Santuarios e Peregrinacións da Diocese de Lugo con motivo da edición dos trípticos que se repartirán entre as parroquias do Camiño de Santiago coa finalidade de establecer un camiño espiritual, que os peregrinos poidan realizar na súa ruta a Santiago. Pola tarde preside a presentación do número 40 da revista Lucensia, que celebra o seu 20º Aniversario.

Día 20. Pola mañá despacha asuntos de Curia, de goberno Pastoral, recibe en Audiencia a varios sacerdotes e participa xunto aos membros da Curia Diocesana, Delegados Episcopais e colaboradores na celebración das vodas de ouro sacerdotais de D. José Lebón Sánchez, Director do Arquivo Diocesano. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 21. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe Audiencias. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e celebra Confirmacións na Parroquia de Santiago A Nova de Lugo.

Día 22. Celebra Confirmacións nas Parroquias de Merza e O Corpiño.

Día 23. Pentecostés. Preside na S.I Catedral Basílica de Lugo a Eucaristía con motivo da Xornada de Apostolado Seglar.

Día 24. Pola mañá preside a Eucaristía na Capela do Bo Xesús da S. I. Catedral Basílica de Lugo con motivo da celebración da Festividade da Policía Local de Lugo e despacha Asuntos de Curia. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 25. Pola mañá despacha asuntos de Curia e celebra Eucaristía as RR. de María Inmaculada con motivo da festividade da súa Fundadora. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese.

Día 26. Pola mañá recibe Audiencias. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 27. Participa en Santiago de Compostela na peregrinación de todos os sacerdotes das Dioceses de Galicia.

Día 28. Pola mañá despacha Asuntos de Curia, de Goberno Pastoral e realiza unha gravación para o programa de radio, Igrexa en Lugo de Cope. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e asiste ao Encontro de Directores de Revistas Eclesiais Galegas organizado pola Voz de la Verdad.

Día 29. Pola mañá desprázase ata a Igrexa de Hospital da Condesa para participar na homenaxe ao sacerdote, Don Xesús Mato Mato, que organizan as xentes das parroquias da montaña, posteriormente sae de viaxe para asistir en Toledo ao Congreso Eucarístico Nacional.

Día 30. Congreso Eucarístico Nacional. Solemnidade da Santísima Trindade.

Día 31. Visitación de María. Preside en Lalín o Funeral de Enterro do Sacerdote, D. Francisco Porral Calviño e posteriormente, visita a sacerdotes enfermos.

XUÑO

Día 1. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de goberno Pastoral. Pola tarde asiste a reunión do Consello Diocesano de Asuntos Económicos e despacha asuntos de goberno da Diocese.

Día 2. Pola mañá despacha Asuntos de Curia e concede unha entrevista ao programa A Sentinela da TVGA. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese e asiste no Círculo das Artes ao Pregón con motivo do Día da Caridade.

Día 3. Desprázase ata a Casa Diocesana para participar na reunión do Consello de Arciprestes.

Día 4. Pola mañá preside a Eucaristía na Capela do Seminario con motivo da celebración do Día do Párroco dos Seminaristas. Pola tarde celebra Confirmacións na Igrexa parroquial de Lalín.

Día 5. Pola mañá despacha Asuntos de Goberno da Diocese. Pola tarde celebra Eucaristía no convento das MM. Salesas con motivo do seu centenario.

Día 6. Preside os Solemnes actos do Corpus Christi na S.I.Catedral Basílica de Lugo, posteriormente recibe as familias dos Seminaristas Maiores no Salón Nobre do Palacio Episcopal.

Día 7. Pola mañá despacha Asuntos de Goberno da Diocese. Pola tarde preside no Fogar de Anciáns de San Roque o Funeral de Enterro do Sacerdote D. Antonio Bernárdez Crespo, posteriormente desprázase ata a Fonsagrada para participar nun Encontro cos nenos de catequese.

Día 8. Pola mañá recibe en audiencia a varios sacerdotes e despacha asuntos de Curia. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese e participa nun encontro con Relixiosos con motivo de organizar a planificación pastoral.

Día 9. Pola mañá recibe en Audiencias, despacha asuntos de Goberno Pastoral e de Curia. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 10. Pola mañá asiste a reunión de Consello Episcopal. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 11. Pola mañá despacha asuntos de Curia e preside a Eucaristía no Seminario. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 12. Pola mañá celebra Confirmacións na parroquia de San Xoán de Sixto. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e preside as Solemnes Vésperas na S.I. Catedral Basílica e Lugo.

Día 13. Preside os actos con motivo da Ofrenda de Galicia ao Santísimo Sacramento na S.I. Catedral Basílica de Lugo.

Día 14. Asiste a reunión de Delegados de Ensinanza de Galicia.

Día 15. Pola mañá recibe Audiencias e despacha asuntos de Curia. Pola tarde preside a reunión do Equipo Pastoral Diocesano e despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 16. Pola mañá, como responsable da Pastoral de Xuventude na Provincia Eclesiástica de Galicia, comparece ante os medios de comunicación para presentar a Carta dos Bispos de Galicia aos Mozos con motivo da PEJ 2010 e da JMJ 2011. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e imparte na Capela do Seminario os Ministerios de Lector e Acólito a D. José Carlos Agulló Canda, D. José García Pájaro e D. Carlos Sánchez Carrera.

Día 17. Preside os actos de Clausura do Ano Sacerdotal no Santuario de Santa María a Real de O Cebreiro.

Día 18. Pola mañá Convenio Universidade de Vigo. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra Confirmacións na Parroquia de San Xosé de As Gándaras.

Día 20. Celebra Confirmacións na parroquia de San Vicente de Candai.

Día 21. Pola mañá asiste a unha reunión en Santiago de Compostela. Pola tarde recibe en Audiencia a varios sacerdotes e despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 22. Pola mañá recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e preside os actos organizados na Parroquia de Santiago A Nova con motivo da Inauguración da Restauración do Retablo Maior.

Día 23. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno Pastoral. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra un Encontro cos responsables da Xunta de Confrarías de Lugo.

Día 24. Pola mañá preside a Santa Misa no Santuario de O Corpiño. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 25. Pola mañá asiste na Casa Diocesana a reunión de Consello Presbiteral. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 27. Celebra Confirmacións nas Parroquias de San Xulián de Rubiás e San Vicente de Pedreda.

Día 28. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno Pastoral. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese.

Día 29. Pola mañá asiste a presentación do novo Hospital Lucus Augusti, posteriormente sae de viaxe para participar na Peregrinación a Lourdes, organizada pola Diocese de Lugo (29 de xuño ata o 2 de xullo).

NOTICIAS VARIAS

Encontro de Oración con motivo do Ano Sacerdotal en Lalín

O 28 de abril, celebrouse outro dos encontros de oración con motivo do Ano Sacerdotal. Nesta ocasión foi na igrexa parroquial de Nosa Señora das Dores de Lalín, ás 8 da tarde.

Mons. Alfonso Carrasco Rouco, dirixiu a oración, á que estiveron convidados os sacerdotes dos arceprebostados de Camba-Ventosa e Deza-Trasdeza, e todos os fieis da zona.

Encontro de familias, nenos e catequistas

O 1 de maio celebrouse un encontro-convivencia de todos os implicados na educación da fe: as familias e os catequistas.

Foi no colexio das Xosefinas de Lugo. Comezaron os actos ás once da mañá cunha mesa redonda sobre familia, catequese e transmisión da fe, na que participaron: Rodrigo Rúa, Delegado de Familia; José Pérez Barreiro, Delegado de Catequese, e un matrimonio.

Tras o traballo de grupos e a posta en común, celebrouse a Eucaristía presidida polo Bispo da Diocese, Mons. Carrasco Rouco.

Pola tarde, houbo un diálogo entre o Bispo e todos os participantes sobre o tema do día.

Este encontro organizárono as Delegacións Diocesanas de Catequeses e Familia.

Peregrinación de mozas ao Santuario de O Faro (Chantada)

O 8 de maio, celebrouse a peregrinación de mozas da Diocese ao Santuario de O Faro, en Chantada.

Os mozos participantes reuníronse ás 11:30h na chaira da vía rápida Rodeiro-Chantada e desde alí, organizados en grupos, camiñaron até o

Santuario. Ás 14h celebraron unha Eucaristía presidida polo Bispo da Diocese, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, que os acompañou durante toda a xornada. Tras a comida gozaron de representacións musicais.

Esta peregrinación estaba pensada para mozas de catecumenado pero a ela puideron unirse todos os interesados nun día de convivencia e camiño.

Curso de educación afectivo sexual "Educar para o Amor"

Os días 29 e 30 de maio (sábado e domingo), impartíuse no Seminario diocesano un curso de educación afectivo sexual dirixido a pais, catequistas, profesores e educadores en xeral.

Aprendamos a Amar é un proxecto de educación afectivo sexual que desexa capacitar a pais e educadores para abordar a sexualidade desde unha perspectiva nova e verdadeira.

No curso ademais do contido teórico para o educador facilitouse o acceso a materiais concretos que de forma aberta e flexible proporcionen actividades para traballar con mozas e familias.

Estivo organizado pola Delegación de Pastoral familiar da Diocese e impartiuño a Fundación Desenvolvemento e Persoa. Esta fundación está recoñecida a nivel nacional no campo da educación afectivo sexual.

O curso estivo estruturado en tres partes:

1ª Parte:

Tema 1: Coñecer ao adolescente

- A aceptación do novo corpo e a superación da infancia.
- A aparición do desexo sexual
- Actitudes do catequista.

Tema 2: Somos persoas sexuadas

- A sexualidade, dimensión integral da persoa.

TALLER: Como responder as preguntas dos mozos.

2ª Parte:

Tema 1: Home e muller: diferentes e complementarios.

- Anatomía e cambios fisiolóxicos
- Existen diferenzas na forma de amar?

Tema 2: Cuestións controvertidas:

- Anticonceptivos: o que nunca nos contan.
- Autoerotismo
- Intersexualidade, homosexualidade, transexualidade
- Enfermidades de transmisión sexual

Tema 3: A educación para o amor

- Por que nos namoramos?
- O proceso amoroso

3ª Parte: A atracción unha forza, o amor unha tarefa.

Actividades con motivo da celebración do Día de Pentecostés

O 21 de maio, ás 20h, no salón de actos do Seminario diocesano tivo lugar unha charla a cargo do profesor e membro do equipo de formación integral da Diocese de Oviedo, Javier Gurdíel, sobre formación e responsabilidade dos Laicos.

Esta charla organizouna a Delegación Diocesana de Apostolado seglar.

O día 22 de maio houbo unha convivencia de movementos diocesanos de Apostolado Seglar. Foi no Seminario diocesano. Tamén se celebrou unha Vixilia de Pentecostés na Parroquia de San Pedro

O día de Pentecostés (23 de maio), o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presidiu a Eucaristía na Catedral.

Campaña do Día da Caridade 2010

O 2 de xuño, no Salón Rexio do Círculo das Artes de Lugo, tivo lugar o Pregón do día da Caridade, a cargo de Dna. Blanca García Montenegro, Presidenta do Grupo El Progreso.

O 3 de xuño houbo mesas petitorias por toda a cidade atendidas por voluntarios. Tamén se fixo entrega de diplomas aos nenos dos colexios de Lugo que participaron cos seus traballos sobre a lema da xornada: "Se non che convence esta sociedade mercantil ofrece sen pedir nada a cambio"

O Servizo de Infancia e Mocidade de Cáritas Diocesana de Lugo organizou actividades para os nenos na Praza de Santa María.

O 6 de xuño houbo mesas petitorias en Monforte, Melide e Lalín atendidas por voluntarios.

Día do párroco no Seminario

O 4 de xuño, o Seminario Diocesano celebrou o Día do Párroco. Foi unha xornada de encontro entre os seminaristas e os seus sacerdotes coa finalidade de que os novos seminaristas coñecesen máis cercanamente aos seus párrocos.

Solemnidade do Corpus Christi

O domingo 6 de xuño o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco presidiu a Eucaristía na Catedral.

Despois da Eucaristía tivo lugar a procesión co seguinte percorrido:

Pío XII, Praza de Santa María, Praza Maior (Franciscanos), Raíña, baixada Santo Domingo, subida Santo Domingo polo lateral das Agostiñas, Raíña, praza Maior (cantóns), praza Santa María e Pío XII.

Moitos nenos/as de Primeira Comunión acompañaron a Xesús Sacramentado polas rúas mencionadas. Durante a misa na Catedral xa tiveran un lugar destacado e recibiron a comunión directamente de mans do Sr. Bispo.

O Seminario celebra o 25 aniversario da ordenación sacerdotal de D. Alfonso, Bispo de Lugo.

O Seminario celebrou unha pequena homenaxe a Mons. Alfonso Carrasco Rouco, Bispo de Lugo, con motivo dos seus 25 anos de sacerdote. Foi unha homenaxe á súa persoa e ao sacerdocio, porque “o testemuño suscita vocacións”.

Celebración de final de curso no Seminario.

Os seminaristas, xunto ás súas familias, tiveron os actos de final de curso académico: entregáronse os trofeos deportivos, houbo unha mostra das actividades extraescolares, entregáronse orlas aos alumnos que terminaron un ciclo. Finalizouse cunha oración de acción de grazas polo curso e un viño español no comedor do centro.

Ofrenda de Galicia ao Santísimo Sacramento

O domingo, día 13 de xuño, a Catedral de Lugo acolleu a celebración da Ofrenda de Galicia ao Santísimo Sacramento.

Ás 12 h, comezou a Solemne Eucarística presidida polo Bispo de Mondoñedo-Ferrol, Mons. Manuel Sánchez Monge, por corresponderlle este ano 2010 á cidade de Mondoñedo realizar dita Ofrenda. O Delegado oferente foi o alcalde desa cidade, D. Manuel González Cruz.

Ao finalizar a Eucaristía o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, impartiu a Bendición Papal.

Seguidamente comezou a Procesión Eucarística, coa asistencia do episcopado galego, o Prior do Mosteiro de Samos, o Abade da Colexia-ta da Coruña, autoridades eclesiásticas, Confraría Sacramental, Xunta de Confrarías de Lugo, Adoradores Nocturnos, Cabaleiros do Santo Sepulcro, autoridades civís e militares, e fieis en xeral.

Ministerios de Lector e Acólito

O día 16 de xuño, o Bispo de Lugo, Alfonso Carrasco, instituiu como lectores e acólitos a: José Carlos Agulló Canda, José García Pájaro, Carlos Sánchez Carreira. A cerimonia tivo lugar na Capela Maior do Seminario de Lugo ás 20 h.

José Carlos Agulló Canda. Naceu o 2 de novembro de 1966, en Vilatuxe, Lalín. Despois de estudar dous ciclos de Formación Profesional e de estar no mundo laboral, ingresou no Seminario de Lugo no curso 2002-2003. No 2009 termina os Estudos Eclesiásticos. Actualmente fai prácticas pastorais no Arquivo Central Diocesano.

José García Pájaro. Naceu en Lalín hai 32 anos. Estudou BUP e COU no colexio Juniors de Santiago. Incorpórase á explotación gandeira familiar e simultaneamente realiza os Estudos Eclesiásticos no Seminario de Lugo. Estudos que termina no curso 2008-2009. Actualmente continúa na vida laboral, ao tempo que colabora pastoralmente en varias parroquias da zona de Lalín.

Carlos Sánchez Carreira. Seglar comprometido na Diocese de Lugo. Colabora habitualmente nas celebracións litúrxicas da Catedral. É oblato secular da Orde Benedictina do Mosteiro de Samos. Compaxina esta dedicación pastoral co seu traballo.

Clausura do Ano Sacerdotal na Diocese de Lugo no Santuario de O Cebreiro

O día 17 de xuño, o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, clausurou o Ano Sacerdotal no Santuario de O Cebreiro.

O programa de actos foi o seguinte:

- 11:15h, CONFERENCIA a cargo de D. Alfonso Carrasco Rouco. Título: "Adoremos a Cristo realmente presente na Eucaristía"

- 12:45h. Adoración e exposición do Santísimo

- 16:30 a 17 h. CELEBRACIÓN MARIANA

O Bispo de Lugo convocou, durante este ano, a todos os sacerdotes e fieis a participar en momentos de oración común coa intención de volver descubrir e valorar o significado do ministerio presbiteral na comunidade cristiá.

Durante este ano o Bispo de Lugo, Mons. Carrasco e a Delegación de Liturxia da Diocese estiveron realizando encontros de oración en diversas zonas da Diocese con motivo da celebración do Ano Sacerdotal. Co acto do 17 de xuño púxose fin a este ano no que a Diocese estivo orando por e cos sacerdotes.

O bispo de Lugo invita aos mozos a participar como voluntarios na PEJ 2010

O Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presentou nunha comparecencia ante os medios de comunicación no Pazo Episcopal lucense, a carta dos Bispos de Galicia aos mozos con motivo da Peregrinación e Encontro de Mozos 2010 e a Xornada Mundial da Xuventude de Madrid do ano 2011.

Como responsable da Pastoral de Xuventude na Provincia Eclesiástica de Galicia, Mons. Carrasco, destacou a importancia da participación dos mozos das Dioceses galegas nestes dous acontecementos que poucas veces coincidirán no tempo na nosa terra: "Supoñen unha grande oportunidade para a xuventude de Galicia que poderá descubrir e vivir en primeira persoa o que achega a fe e a pertenza á Igrexa a través do testemuño doutros moitos mozos".

Os Bispos galegos quixeron interpelar ao protagonismo dos mozos: "xa que terán a ocasión de descubrir o significado de camiñar xunto a

unha inmensa comunidade cristiá e ser protagonistas da acollida a outros mozos peregrinos”.

Na presentación, Mons. Alfonso Carrasco estivo acompañado polos responsables de Pastoral de Xuventude das dioceses galegas que presentaron as datas e actividades máis destacadas da PEJ 2010 e a Xornada Mundial da Xuventude en Madrid en 2011: Jesús Ángel Fernández Aira, delegado de Pastoral de Xuventude de Lugo; Javier Porro, delegado de Pastoral de Xuventude de Santiago e coordinador xeral da Peregrinación e Encontro de Mozos 2010; Javier García, subdelegado de Pastoral de Xuventude de Santiago e coordinador do voluntariado da PEJ 2010; Benito Rodríguez, delegado de Pastoral de Xuventude de Tui-Vigo; Simón Fernández, laico membro da Delegación de Pastoral de Xuventude de Mondoñedo-Ferrol.

A PEJ celebrarase en Santiago de Compostela do 5 ao 8 de agosto deste ano, e os mozos galegos serán os voluntarios e organizadores deste evento.

Por outra parte, a Cruz representativa da Xornada Mundial da Xuventude, tamén chamada Cruz dos mozos, é unha cruz de madeira de 3,8 metros de altura entregada aos mozos por Xoan Paulo II na Xornada Mundial de 1984 en Roma. O Papa encomendou aos mozos a tarefa de levala polo mundo “como símbolo do amor de Xesús á humanidade”. En 2002, Xoan Paulo II entregou tamén unha imaxe da Virxe María para acompañar a Cruz na súa peregrinación. Ademais de estar presentes en grandes encontros, os dous símbolos realizan un percorrido visitando as dioceses católicas como preparación á xornada mundial da xuventude.

A Cruz dos mozos chegará a Galicia o día 10 de xullo e irá percorrendo as Dioceses galegas (achegamos datas e actos). Ademais, durante os días previos á celebración deste evento acollerase os miles de mozos de todo o mundo que participarán na Xornada Mundial de Madrid no 2011.

NECROLÓXICAS

Irmá Xosefa Ares Ares, relixiosa salesa

O día 22 de xuño tivo lugar o falecemento da irmá Xosefa Ares Ares, da comunidade da Orde da Visitación (Salesas). A irmá Xosefa nacera en Astorga no seo dunha familia na que xurdiron outras dúas vocacións relixiosas: un P. Paúl e unha Irmá Capuchina.

A irmá Xosefa tiña 96 anos e levaba 59 de profesión relixiosa. Tomou o hábito ós 26 anos de idade e fixo a profesión temporal no ano 1941, profesando solemnemente tres anos despois.

Era unha alma profundamente eucarística e dunha gran fidelidade ás súas obrigas de relixiosa contemplativa. Destacaba tamén como unha gran lectora dos documentos do Santo Padre e da Igrexa, que se encargaba de expoñelos ó resto da Comunidade. Levou a cabo igualmente un importante traballo no obradoiro de encadernación e desempeñou o oficio de sacristá con gran esmero.

O funeral polo seu eterno descanso tivo lugar o día 23. Asistiu o Vicario para a Vida Consagrada e un grupo de sacerdotes e fieis.

D. Jose Meijome Fernández

Naceu na Parroquia de Santiago de Selo o 29 de xuño de 1928 e foi ordenado Presbítero en Lugo polo Dr. D. Florencio Sanz Esparza, Bispo titular de Crisópolis (Macedonia), o 8 de decembro de 1954, declarado Ano Mariano ao celebrarse o centenario da definición da dogma da Inmaculada Concepción.

Non hai constancia de nomeamento algún desde 1954 ata 1956. En maio de 1956 é nomeado Ecónomo de Santiago de Galegos, Encargado de San Pedro de Freixís e, un mes despois, de Santa María de Cabanela, todas elas no Concello de Navia de Suarna. Pronto será trasladado á zona

de Palas de Rei como Ecónomo de San Fiz de Moredo (1958), Encargado de Santa María de Cuiña (1967) e Ecónomo de San Pedro de Meixide (1975). En 1988 sufriu un ictus cerebral que o mantivo minguado nas súas facultades durante longo tempo aínda cando permaneceu no cargo pastoral ata finais de 2008.

Bondadoso e de bo humor. Faleceu o seis de abril nunha Residencia da Terceira Idade de Lalín, lugar ao que se incorporou poucos días antes. O seu funeral de enterro tivo lugar ao día seguinte en Sello, presidido polo Sr. Vicario Xeral –en ausencia do Bispo da Diocese– acompañado de medio centenar de sacerdotes; os seus restos mortais repousan no cemiterio da mencionada parroquia.

D. Aniceto Iglesias García

Viu a luz por vez primeira na Parroquia de San Vicente de Argozón o vinteseis de maio de 1935. Cando tiña oito anos, a súa familia pasou a residir en Chantada. Despois de cursar os estudos institucionais recibiu a Orde do Presbiterado, de mans do Bispo Auxiliar de Lugo, o Dtr. D. Antonio Ona de Echave, o vinteito de xuño de 1959.

No mes de setembro dese mesmo ano foi nomeado Ecónomo de Santiago de Zoo e Encargado de Santa María de Montán, sen a súa unida, San Xil de Carballo. E non tardou un ano en pasar a Monforte para axudar na Parroquia do Sagrado Corazón de Xesús e Nosa Señora do Carmen. A partires de agosto de 1962 exerceu de Ecónomo de San Vicente de Rodeiro e Encargado de San Cibrao de Negrelos ampliando o seu campo de traballo en 1978 coa atención a San Estebo de Carboentes, cargos que mantivo ata o momento da súa xubilación en 2009. Foi elixido en 1984 membro suplente do VI Consello Presbiteral Diocesano.

Sempre tivo especial sensibilidade fronte os problemas sociais que afectaban a fregueses e veciños polo que estes poñían nel a súa confianza e ós que atendía con gran cariño. Incorporouse a diversos movementos culturais e con frecuencia viaxou polo estranxeiro sobre todo por Europa. Acompañando a Hospitalidade de Lourdes peregrinou anualmente a ese Santuario desde fai quince anos; tamén tiña previsto acudir no 2010.

Os derradeiros meses da súa vida pasounos na Casa Diocesana onde se sentía arroupado polos compañeiros sacerdotes. Faleceu o vintecatiro de abril. O funeral de enterro tivo lugar na igrexa parroquial de Chantada concelebrando co Bispo da Diocese uns corenta sacerdotes.

D. Francisco Porral Calviño

Era natural da parroquia de San Pedro de Doade, en terras do Deza onde naceu o 17 de febreiro de 1934. Incorporouse pronto ao Seminario Diocesano e alí cursou os estudos institucionais, sendo ordenado presbítero o 29 de xuño de 1960 polo entón Bispo Auxiliar da Diocese, D. Antonio Ona de Echave.

Nese mesmo ano pasou a exercer o ministerio sacerdotal na parroquia de San Xoán de Lúzara (Samos) e pouco máis tarde como Ecónomo de San Xoán de Seoane de Courel (1963) zona na que tamén faría de Arcipreste (1967). Despois de sufrir un importante accidente de tráfico no que quedou sensiblemente afectado, desempeñou o cargo de Ecónomo de Santiago de Gaioso, Encargado de San Martiño de Caboi (1969) e posteriormente de Santiago de Francos (1979), en Aguiar. Por mor da saúde, no ano 2007 trasladouse á comarca de Lalín como Administrador Parroquial de San Miguel de Goiás, Santa María de Xaxán e San Ramón da Veiga.

Era emprendedor e teimoso na loita por conseguir os obxectivos propostos. Así o mostrou mentres atendía parroquias da montaña nas que, facendo fronte a todo tipo de dificultades, conseguiu importantes servizos para a súa freguesía (auga, teléfono, electricidade, reemisor de TV, estrada e cuartel da Garda Civil na cabeceira de concello). Posteriormente en Gaioso promoveu o Teleclub parroquial e a Asociación Cultural "Penas de Rodas". Home de sensibilidade social e xeneroso pero sempre animado por un espírito sacerdotal sen intereses nin protagonismos.

Na mañá do 29 de maio apareceu defunto na súa casa natal onde residía. O seu funeral tivo lugar na parroquia de Nosa Señora das Dores de Lalín. Presidiu D. Alfonso Carrasco, Bispo da Diocese, concelebrando numerosos sacerdotes, compañeiros de promoción e residentes na zona. Os restos mortais descansan no cemiterio de Doade.

D. Antonio Bernárdez Crespo

Naceu na Parroquia de Santiago de Catasós o día dous de outubro de 1933. Foi ordenado presbítero en Lugo o 20 de agosto de 1961 polo Dr. D. Antonio Ona de Echave, Bispo da Diocese. Nese mesmo mes foi nomeado Ecónomo de O Salvador de Negueira de Muñiz e Encargado de San Miguel de Barcela; despois de cinco anos é trasladado á zona de Lalín como Ecónomo de Santiago de Lebozán (1966) e de San Xoán de Sixto (1968). En 1977 pasa a exercer o ministerio sacerdotal na parroquia de San Pedro, na cidade de Lugo, cargo que desempeñará ata 1981, data en que é nomeado Capelán no Hospital Xeral da cidade de Lugo. Compatibiliza ese traballo co de Asesor Relixioso do Colexio da Escola Anexa. En setembro de 2002 foi nomeado Subdelegado Episcopal de Pastoral da Saúde e un mes máis tarde Capelán da Residencia de Anciáns *San Roque*.

Sempre se distinguiu por unha especial atención aos enfermos tanto nas parroquias coma no Complexo Hospitalario e na Residencia San Roque; non faltaron oportunidades nas que tamén tratou de remediar as súas necesidades materiais. Con frecuencia acudía desinteresadamente e, ás veces durante longos períodos de tempo, a prestar os servizos sacerdotais a comunidades de Vida consagrada. Como responsable da Hospitalidade Diocesana de Lourdes acudiu a ese Santuario mariano durante moitos anos, era un peregrino máis e facíase querer por todos, como sacerdote e amigo.

Os último meses estivo hospitalizado ao padecer unha permanente crise respiratoria. Faleceu no seu domicilio en Lugo o cinco de xuño de 2010. O funeral de enterro foi presidido polo Sr. Bispo e celebrouse na Residencia *San Roque*. Os seus restos mortais foron trasladados ó cemiterio parroquial de Catasós. Descanse na paz do Señor.

Sor Dolores Clotilde Furelos, irmá do Fogar de San Roque

Sor Dolores Clotilde Furelos Vázquez, relixiosa da Congregación das Irmás dos Anciáns Desamparados faleceu no Fogar de San Roque de Lugo, aos 81 anos de idade e 58 de vida relixiosa.

Nacera nun fogar de profundamente cristián da parroquia de Lestedo (A Coruña). Seguindo os pasos dunha irmá súa, ingresou na Congrega-

ción, como postulante, o día 11 de abril de 1949. Fixo os votos temporais en 1951 e a profesión perpetua en 1954.

Despois de estar destinada en casas de León e Zamora, chegou a Lugo o 19 de xullo de 1989 para atender aos enfermos da Residencia de S. Roque, cousa que fixo con moita abnegación e cariño ata o seu repentino falecemento.

Destacaba pola súa vida alegre e laboriosa, amante da Congregación e de gran devoción á Virxe María.

Sacerdotes e fieis puxeron de manifesto o aprezo ó seu labor e ó da Congregación coa asistencia á misa de funeral, que tivo lugar na capela do Fogar de San Roque o día 22 de febreiro.

Sor Carmen Martínez

Sor Carmen Martínez pertencía á Congregación das Irmanciñas dos Anciáns Desamparados da Residencia de Monforte de Lemos, onde faleceu, o día 15 de maio, aos 92 anos de idade.

Nacera en Santiago de Compostela no seo dunha familia numerosa. Dous das súas irmás incorporáronse á vida consagrada na Congregación de S. José de Cluny.

Destacaba sor Carmen pola súa entrega aos anciáns e pola súa vida interior así como a súa alegría, que contaxiaba a todos os que a rodeaban.

Ao seu funeral, en Monforte de Lemos, asistiron varios sacerdotes e moitos fieis, que mostraron coa súa presenza o aprezo a sor Carmen e ás Irmanciñas dos Anciáns Desamparados.

Obispos de Galicia



- Jornada interdiocesana de enseñanza religiosa escolar
- Xornada interdiocesana de ensinanza relixiosa escolar
- Como el Apóstol Santiago, amigos del Señor
- Coma o Apóstolo Santiago, amigos do Señor

JORNADA INTERDIOCESANA DE ENSEÑANZA RELIGIOSA ESCOLAR

Los Obispos de Galicia queremos, de nuevo, dirigiros la palabra con motivo de la celebración de la Jornada sobre la Enseñanza Religiosa en los centros educativos. Este año tiene como lema "La Religión ayuda en el camino de la vida". En la sociedad actual una de las preocupaciones fundamentales es, sin duda, alcanzar una buena formación de la infancia y la juventud.

Ante esta exigencia tiene la escuela un protagonismo y una responsabilidad compartida con padres e instituciones al servicio de la educación. La educación tiene que atender al desarrollo de todos los aspectos de la persona si queremos que sea una educación de calidad. La escuela no puede olvidar su función de orientar y responder a las grandes preguntas sobre el sentido final de la vida en las que el ser humano fundamenta su libertad, construye su propia personalidad y se inserta responsablemente en la sociedad.

Por eso es legítimo reclamar la presencia de la Religión en el marco escolar. La formación religiosa en los centros escolares no es una imposición de la Iglesia ni una concesión benévola del Gobierno. Es un derecho que vosotros, padre y alumnos, tenéis y que todo gobierno debe respetar y garantizar. Sois vosotros los auténticos responsables de la educación de vuestros hijos/as y tenéis derecho a que sean educados según vuestras convicciones morales y religiosas.

La enseñanza de la Religión Católica pretende introducir el uso riguroso de la razón sobre las propias convicciones religiosas, que son cristianas, es decir, ayudar a comprender razonablemente la fe en Dios Creador y la persona de Jesús con la convicción profunda de que sólo Él puede ser proclamado como Salvador del mundo, como luz y sentido para la vida y ofrecer los valores morales del Evangelio que ayuden a vivir, en medio del

mundo, la paz, la justicia, el perdón y la reconciliación para alcanzar una sociedad más justa, más humana y más fraterna.

Pero también queremos llamar la atención del peligro de que se trate, por una parte, de las autoridades educativas, de imponer una formación que vaya claramente en contra de vuestras convicciones religiosas y morales. Por eso, es necesario exigir que, en ninguna asignatura, se eduque ni humana ni éticamente a vuestros hijos sin tener en cuenta vuestras convicciones religiosas y morales.

Por eso, hoy os hacemos una llamada especial a vosotros, padres, para que pongáis todo el empeño en la educación cristiana de vuestros hijos y os preocupéis de que reciban la enseñanza de religión católica en los centros educativos. Os recordamos el compromiso educativo cristiano que asumisteis en el Bautismo de vuestros hijos. Supondría una contradicción pedir en la parroquia los sacramentos y no preocuparos de que reciban enseñanza de Religión Católica en los colegios. Por eso, os pedimos que, cuando matriculéis a vuestros hijos, solicitéis para ellos, de forma libre pero responsable, la enseñanza de la Religión Católica. Hacedlo con la conciencia de que les estáis ofreciendo el mejor don, el mejor regalo para hacer de ellos personas capaces de enfrentarse a la vida con optimismo y esperanza. No os dejéis llevar por mensajes modernos que intentan convencernos de que la Religión debe desaparecer de la vida social. Al contrario, valorarla como algo importante que ayuda en el camino de la vida. No privéis a vuestros hijos de la Enseñanza Religiosa. Vividla vosotros y procurad que también ellos lo hagan en la familia y en los centros educativos.

Y a vosotros, alumnos, también os animamos a solicitar la clase de Religión Católica. No os dejéis engañar por mensajes, quizá más cómodos, pero muchas veces interesados y carentes de sentido. La clase de Religión os permitirá conocer mejor el Cristianismo, poder dialogar con otras culturas y religiones y trabajar por los valores de la verdad, la paz y la solidaridad.

Un saludo especial para los profesores de Religión Católica por su tarea y testimonio y un agradecimiento a todos los que colaboráis por una mejor formación humana y religiosa de la infancia y la juventud.

Os saludan con todo afecto y bendicen en el Señor.

- + Julián Barrio, Arzobispo de Santiago
- + Manuel Sánchez, Obispo de Mondoñedo-Ferrol
- + Alfonso Carrasco, Obispo de Lugo
- + Luis Quinteiro, Obispo de Tui-Vigo
y Administrador Apostólico de Ourense
- + José Diéguez, Obispo Emérito de Tui-Vigo

XORNADA INTERDIOCESANA DE ENSINANZA RELIXIOSA ESCOLAR

Os Bjspos de Galicia queremos, de novo, dirixirvos a palabra co gallo da celebración da Xornada sobre a Ensinanza Relixiosa nos centros educativos. Iste ano ten como lema: “A Relixión a.xuda no camiño da vida”. Na sociedade actual, unha das preocupacións fundamentais é, sen dúbida, acadar unha boa formación da infancia e da xuventude.

Perante esta esixencia, ten a escola un protagonismo e unha responsabilidade compartida cos pais e coas institucións ao servizo da educación. A educación ten que atender ao desenvolvemento de todos os aspectos da persoa se queremos que sexa unha educación de calidade. A escola non pode esquecer a súa función de orientar e responder ás grandes preguntas sobre o sentido final da vida nas que o ser humano fundamenta a súa liberdade, constrúe a súa propia personalidade e se inxire de xeito responsable na sociedade.

Por iso é lexítimo reclamar a presenza da Relixión no marco escolar. A formación relixiosa nos centros escolares non é unha imposición da Igrexa nin unha concesión benévola do Goberno. E un dereito que vós, pais e alumnos, tendes, e que todo goberno debe repectar e garantir. Sodes vós,

pais, os auténticos responsables da educación dos vosos fillos e filias e tendes dereito a que sexan educados segundo as vosas conviccións morais e relixiosas.

A ensinanza da Relixión Católica pretende introducir o uso riguroso da razón sobor das propias conviccións relixiosas, que son cristiáns, e decir, axudar a comprender razoablemente a fe en Deus Creador e a persoa de Xesús coa convicción profunda de que só El pode ser proclamado como Salvador do mundo, como luz e sentido para a vida e ofrecer os valores morais do Evanxeo que axuden a vivir, no medio do mundo, a paz, a xustiza, o perdón e a reconciliación para acadar una sociedade máis xusta, máis humana e máis fraterna.

Pero tamén queremos chamar a atención do perigo de que se trate, por parte das autoridades educativas, de impoñer unha formación que vaia claramente en contra das vosas conviccións relixiosas e morais. Por iso, compre esixir que, en ningunha materia, se eduque, fin humana nin éticamente, aos vosos fillos sin ter en conta a vosas conviccións relixiosas e morais.

Por iso, hoxe facémosvos unha chamada especial a vós, pais, para que poñades todo o empeño na educación cristiá dos vosos fillos e vos preocupedes de que reciban a ensinanza de Relixión Católica nos centros educativos.

Lembrámosvos o compromiso educativo cristián que asumíchedes no Bautismo dos vosos fillos. Suporía unha contradicción pedir, na parroquia, os Sacramentos e non preocuparvos de que reciban a ensinanza da Relixión Católica nos centros escolares. Por iso pedímosvos que, cando matriculedes aos vosos fillos, solicitedes para eles, de xeito libre pero responsable, a ensinanza da Relixión Católica. Facedeo coa conciencia de que lles estades a ofrecer o mellor don, o mellor agasallo, para facer deles persoas capaces de enfrontarse ávida con optimismo e esperanza.

Non vos deixedes levar por mensaxes modernos que tentan convencernos de que a Relixión debe desaparecer da vida social. En troques, valorádea como algo importante que axuda no camiño da vida. Non privedes aos vosos fillos da Ensinanza Relixiosa. Vivídea vós e procurade que tamén eles o fagan na familia e nos centros educativos.

E a vós, alumnos e alumnas, tamén vos animamos a solicitar a clase de Relixión Católica. Non vos deixedes enganar por mensaxes, quizais máis cómodos, pero moitas veces interesados e carentes de sentido. A clase de Relixión permitiravos coñecer mellor o cristianismo, poder dialogar con outras culturas e relixións e traballar polos valores da verdade, a paz e a solidariedade.

Un saúdo especial para os mestres e profesores de Relixión Católica pola súa tarefa e testemuño, e un agradecemento a todos os que colaborades por unha mellor formación humana e relixiosa da infancia e xuventude. Saúdanvos con todo afecto e bendicen no Señor.

- + Julián Barrio Barrio, Arcebispo de Santiago,
- + Manuel Sánchez Monge, Bispo de Mondoñedo-Ferrol,
- + Alfonso Carrasco Rouco, Bispo de Lugo,
- + Luis Quinteiro Fiuza, Bispo de Tui-Vigo
e Administrador Apostólico de Ourense,
- + José Diéguez Reboredo, Bispo Emérito de Tui-Vigo,
- + José Cerviño Cerviño, Bispo Emérito de Tui-Vigo

COMO EL APÓSTOL SANTIAGO, AMIGOS DEL SEÑOR

CARTA A LOS JÓVENES

Queridos amigos:

Dos grandes eventos, el Año Santo Compostelano 2010, en el que también peregrinará a Santiago Su Santidad Benedicto XVI, y la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid del año 2011, nos animan a escribiros esta breve carta.

En momentos muy especiales se generan expectativas y despiertan esperanzas; así sucede en primer lugar con **el Año Santo**. No sólo por los actos festivos que lo rodean, sino por el acontecimiento extraordinario que el Apóstol vivió y que cambió su destino: el encuentro con Jesucristo,

que lo conmovió profundamente y lo hizo capaz de ir en su Nombre hasta el confín de la tierra. Santiago es alguien que trae hasta nosotros esperanzas nuevas y grandes perdones.

Y realmente lo que necesitan nuestros corazones es una novedad. No sólo porque a veces estemos viviendo en circunstancias que nos parecen muy negativas, sino porque lo que el mundo nos ofrece, por agradable o interesante que sea, no se corresponde nunca del todo con nuestros deseos y aspiraciones. Nada parece suficiente para definirnos, para explicar lo que cada uno es en lo íntimo; nada es capaz de evitar que al final de cada vivencia quede un cierto sentimiento de insatisfacción, la espera de algo más.

El Apóstol Santiago nos habla por experiencia de algo grande y nuevo, que responde plenamente a lo que espera el corazón; de un amor y una compañía que hace posible estar en el mundo en el modo justo, eliminando toda sensación de inutilidad o de frustración.

Esta buena noticia, que resuena de modo especial en quienes peregrinan este año, es una invitación a un camino de vida, que es además factible y real. Y aunque es un camino personal, que se abre a cada uno, es al mismo tiempo un camino en compañía y, en el fondo, una amistad. Jesucristo nos aporta la verdad y la alegría invitándonos a una relación profunda, hecha de amor y entrega, la suya en primer lugar.

Nuestra fe es creíble porque tiene la fuerza de la amistad de los que caminan unidos, sin exclusiones ni fronteras, guiados por el verdadero Maestro. Por eso, el camino de Santiago tiene en su meta una presencia y un abrazo de amigo, que el peregrino da al Apóstol.

En particular, en este Año Santo tendrá lugar una especial **Peregrinación y Encuentro de Jóvenes** (PEJ 2010) que se celebrará en Compostela del 5 al 8 de agosto, bajo el lema: *“Como el Apóstol Santiago, amigos del Señor”*, y en el que participarán jóvenes de todas partes de España.

Durante los días previos miles de ellos pasarán por nuestras diócesis dirigiéndose a la tumba de Santiago con el fin de acudir a este gran Encuentro. Sería muy significativo que los jóvenes de Galicia fueran los protagonistas de la acogida de estos peregrinos en las diferentes etapas del camino y, por supuesto, en la organización de la PEJ, y que luego todos pudiéramos participar unidos en los días de la celebración en Santiago.

En el año 2011, la **Jornada Mundial de la Juventud** nos dará la

oportunidad de encontrarnos en Madrid con el Papa Benedicto XVI, principio y fundamento visible de la unidad de toda la Iglesia; y de descubrir una comunidad inmensa de jóvenes, que supera toda frontera, unidos en libertad y verdad, con el deseo de arraigarse y de construir sobre roca, no sobre mil arenas, siguiendo con fe al Señor Jesús. Será una ocasión única para ver con los propios ojos la presencia del Pueblo joven del Señor en medio del mundo, como gran esperanza para la propia vida.

Durante los días previos al encuentro de Madrid, muchos jóvenes de todo el mundo vendrán a Galicia para conocernos y compartir la fe. Debemos acogerlos en nuestras familias y comunidades. Os animamos a que os pongáis en contacto con vuestra parroquia, a que preguntéis en vuestro centro escolar, a que contactéis con la Delegación de Pastoral de Juventud de vuestra Diócesis. Será una ocasión extraordinaria para todos nosotros, para nuestras parroquias, pueblos y ciudades.

Pocas veces coincidirán en nuestra tierra, en tan breve período de tiempo, tantos acontecimientos significativos: la Peregrinación y Encuentro de Jóvenes (PEJ) este agosto, la visita del Papa a Santiago en noviembre y la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, en verano de 2011. Se trata de una oportunidad especial, providencial, para encontrar y renovar la experiencia de la fe, para experimentar personalmente lo que es la Iglesia.

Queremos pedirlos que toméis estas grandes ocasiones, el Año Santo y la Jornada Mundial, como un don especial del Amor divino a vosotros los jóvenes. Es el Amor que dio el ser a todas las cosas, el Amor que sostiene y explica la naturaleza y al hombre. Este Amor de Dios, que hemos conocido gracias a Jesucristo, de quien es testigo el apóstol Santiago, fortalecerá vuestras vidas y os hará protagonistas del futuro de nuestra Iglesia y de nuestro mundo.

- + Julián Barrio, Arzobispo de Santiago
- + Manuel Sánchez, Obispo de Mondoñedo-Ferrol
- + Alfonso Carrasco, Obispo de Lugo
- + Luis Quinteiro, Obispo de Tui-Vigo
y Administrador Apostólico de Ourense
- + José Diéguez, Obispo Emérito de Tui-Vigo
- + José Cerviño, Obispo Emérito de Tui-Vigo

COMA O APÓSTOLO SANTIAGO, AMIGOS DO SEÑOR

CARTA AOS MOZOS

Queridos amigos:

Dous grandes eventos, o Ano Santo Compostelán 2010, no que tamén peregrinará a Santiago a Súa Santidade Benedito XVI, e a Xornada Mundial da Xuventude de Madrid do ano 2011, anímannos a escribivros esta breve carta.

En momentos moi especiais xéranse expectativas e espértanse esperanzas; así sucede en primeiro lugar co **Ano Santo**. Non só polos actos festivos que o rodean, senón polo acontecemento extraordinario que o Apóstolo viviu e que cambiou o seu destino: o encontro con Xesucristo, que o comoveu profundamente e o fixo capaz de ir no seu Nome ata o confín da terra. Santiago é alguén que trae ata nós esperanzas novas e grandes perdóns.

E realmente o que necesitan os nosos corazóns é unha novidade. Non só porque ás veces esteamos a vivir en circunstancias que nos parecen moi negativas, senón porque o que o mundo nos ofrece, por agradable ou interesante que sexa, non se corresponde nunca de todo cos nosos desexos e aspiracións. Nada parece suficiente para definirnós, para explicar o que cada un é no íntimo; nada é capaz de evitar que ao final de cada vivencia quede certo sentimento de insatisfacción, a espera de algo máis.

O Apóstolo Santiago fálanos por experiencia de algo grande e novo, que responde plenamente ao que espera o corazón; dun amor e unha compañía que fai posible estar no mundo no modo xusto, eliminando toda sensación de inutilidade ou de frustración.

Esta boa noticia, que resoa de modo especial nos que peregrinan este ano, é unha invitación a un camiño de vida, que é ademais factible e real. E aínda que é un camiño persoal, que se abre a cada un, é ao mesmo

tempo un camiño en compañía e, no fondo, unha amizade. Xesucristo achéganos a verdade e a alegría invitándonos a unha relación profunda, feita de amor e entrega, a súa en primeiro lugar.

A nosa fe é crible porque ten a forza da amizade dos que camiñan unidos, sen exclusións nin fronteiras, guiados polo verdadeiro Mestre. Por iso, o camiño de Santiago ten na súa meta unha presenza e un abrazo de amigo, que o peregrino dá ao Apóstolo.

En particular, neste Ano Santo terá lugar unha especial **Peregrinación e Encontro de Mozos** (PEJ 2010) que se celebrará en Compostela do 5 ao 8 de agosto, baixo o lema: *“Coma o Apóstolo Santiago, amigos do Señor”*, e no que participarán mozos de todas partes de España.

Durante os días previos miles deles pasarán polas nosas dioceses dirixíndose á tumba de Santiago co fin de acudir a este grande Encontro. Sería moi significativo que os mozos de Galicia fosen os protagonistas da acollida destes peregrinos nas diferentes etapas do camiño e, por suposto, na organización da PEJ, e que logo todos puidésemos participar unidos nos días da celebración en Santiago.

No ano 2011, a **Xornada Mundial da Xuventude** daranos a oportunidade de encontrarnos en Madrid co Papa Benedito XVI, principio e fundamento visible da unidade de toda a Igrexa; e de descubrir unha comunidade inmensa de mozos, que supera toda fronteira, unidos en liberdade e verdade, co desexo de arraigarse e de construír sobre rocha, non sobre mil areas, seguindo con fe ao Señor Xesús. Será unha ocasión única para ver cos propios ollos a presenza do Pobo xoven do Señor no medio do mundo, como grande esperanza para a propia vida.

Durante os días previos ao encontro de Madrid, moitos mozos de todo o mundo virán a Galicia para coñecernos e compartir a fe. Debemos acollelos nas nosas familias e comunidades. Animámosvos a que vos poñades en contacto coa vosa parroquia, a que preguntedes no voso centro escolar, a que contactedes coa Delegación de Pastoral de Xuventude da vosa Diocese. Será unha ocasión extraordinaria para todos nós, para as nosas parroquias, pobos e cidades.

Poucas veces coincidirán na nosa terra, en tan breve período de tempo, tantos acontecementos significativos: a Peregrinación e Encontro de Mozos (PEJ) este agosto, a visita do Papa a Santiago en novembro e a

Xornada Mundial da Xuventude en Madrid, no verán de 2011. Trátase dunha oportunidade especial, providencial, para encontrar e renovar a experiencia da fe, para experimentar persoalmente o que é a Igrexa.

Queremos pedirvos que tomedes estas grandes ocasións, o Ano Santo e a Xornada Mundial, como un don especial do Amor divino a vós os mozos. É o Amor que deu o ser a todas as cousas, o Amor que sostén e explica a natureza e ao home. Este Amor de Deus, que coñecemos grazas a Xesucristo, de quen é testemuña o apóstolo Santiago, fortalecerá as vosas vidas e faravos protagonistas do futuro da nosa Igrexa e do noso mundo.

- + Julián Barrio, Arcebispo de Santiago
- + Manuel Sánchez, Bispo de Mondoñedo-Ferrol
- + Alfonso Carrasco, Bispo de Lugo
- + Luis Quinteiro, Bispo de Tui-Vigo
e Administrador Apostólico de Ourense
- + José Diéguez, Bispo Emérito de Tui-Vigo
- + José Cerviño, Bispo Emérito de Tui-Vigo

- Instrucción / orientaciones acerca de los libros sacramentales parroquiales
- Declaración sobre la exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa

INSTRUCCIÓN / ORIENTACIONES ACERCA DE LOS LIBROS SACRAMENTALES PARROQUIALES¹

La Iglesia, que ha sido adelantada en el moderno Derecho registral, tiene que seguir velando para asegurar la exactitud y conservación de sus Registros, así como para garantizar su función de dar la necesaria publicidad a los datos en ellos contenidos, y facilitar su acceso a quienes tengan un interés legítimo.

Los modernos medios de reproducción y comunicación facilitan sobremanera la posibilidad de falsificación de documentos o su manipulación, así como su difusión indiscriminada, con el consiguiente peligro de atentar contra la seguridad jurídica y el derecho a la intimidad de los fieles.

Uno de los derechos reconocidos a todos los fieles es el derecho a la protección de su propia intimidad (cfr. c. 220). Por eso la Iglesia siempre ha procurado que los datos personales de los fieles que obran en su poder a través de los diversos libros parroquiales, fueran diligentemente custodiados y sólo se pudieran proporcionar a quienes tuvieran un interés legítimo en su conocimiento (cfr. cc. 383, 384 y 470 CIC 17). Coincide en esto con la moderna sensibilidad que ha llevado a muchos países a crear las respectivas Agencias de Protección de Datos Personales.

Asegurar la permanencia e inalterabilidad de los datos, así como su oportuna confidencialidad, aconseja que los registros parroquiales se sigan llevando en los libros tradicionales. En efecto, no es seguro que los medios técnicos actuales garanticen la permanencia de los datos recogidos y editados por medios informáticos. Además, la llevanza tradicional constituye una garantía ulterior para salvaguardar su genuina naturaleza,

1 Texto presentado en la reunión 263 de la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos el 18 de febrero de 2010 por la Comisión correspondiente y aprobado por nuestro Sr. Obispo para su aplicación en la Diócesis de Lugo.

puesto que su informatización podría hacerlos susceptibles, en determinados casos, de calificarlos como ficheros, sujetos a una normativa estatal ajena a su verdadero carácter, que no sólo es jurídico e histórico, sino también pastoral.

INSTRUCCIÓN

Por todo ello, obtenido el correspondiente mandato especial de la Santa Sede, a norma del c. 455 § 1, la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española ha aprobado las normas de la presente instrucción acerca de los libros sacramentales parroquiales, de obligado cumplimiento en todas las diócesis, sin perjuicio de que los Señores Obispos puedan completarlas o concretarlas.

ORIENTACIONES

Aunque sean muchos los celosos pastores que ya observen las cautelas pertinentes, la Conferencia Episcopal, ha considerado conveniente emanar las presentes Orientaciones de modo que se facilite a los párrocos unos criterios uniformes en un tema tan importante.

1. De los libros sacramentales y sus responsables

1. En cada Parroquia se han de llevar los libros sacramentales establecidos por el Derecho, al menos el de Bautismos, Matrimonios, Difuntos (cfr. c. 535 § 1) y Confirmaciones (cfr. 1 Decreto CEE, art. 5).

2. El encargado de los libros sacramentales parroquiales es el Párroco. El Párroco puede delegar esta función en un Vicario Parroquial. Para que otra persona distinta del Vicario Parroquial ostente esa responsabilidad deberá tener delegación escrita del Sr. Obispo o Vicario General.

3. Sólo las personas a las que se refiere el número anterior están legitimadas para firmar las partidas sacramentales.

4. Los libros sacramentales forman parte de los archivos parroquiales protegidos por lo establecido en el artículo 1.6 del Acuerdo sobre Asuntos Jurídicos entre la Santa Sede y el Estado español, por lo que se puede denegar el acceso a cualquier autoridad civil no autorizada por el Ordinario.

5. Los libros sacramentales no son ficheros, en el sentido del artículo

3 b) de la Ley Orgánica 15/1999 de Protección de Datos de Carácter Personal, por lo que no hay que comunicar su existencia al Registro General de Protección de Datos.

6. Se aconseja vivamente que los libros parroquiales que en el momento de su cierre tengan una antigüedad superior a los cien años se depositen en el Archivo histórico diocesano, sin perjuicio de la propiedad, que seguirá siendo de la parroquia, y se acreditará mediante el correspondiente certificado, que se unirá al Inventario parroquial.

II. De las anotaciones y notas marginales

7. Las anotaciones en los libros sacramentales contendrán todos los datos previstos en la legislación tanto general como particular (cfr. cc. 877, 895, 1121, etc.).

8. En el libro de Bautismos, en su caso, se efectuarán notas marginales en las que se haga constar la recepción de la Confirmación, y lo referente al estado de los fieles por razón del matrimonio, de la adopción, del orden sagrado, de la profesión perpetua en un instituto religioso y del cambio de rito (cfr. c. 535 § 2).

9. 9. En el libro de Matrimonios, en su caso, se efectuarán notas marginales en las que si haga constar, de forma sucinta, la convalidación, la declaración de nulidad o la resolución pontificia de disolución de matrimonio rato y no consumado.

III. Llevanza de los libros

10. Los libros, en soporte de papel, podrán ser libros ordinarios de registro, o bien editados con esta finalidad. En todo caso se excluyen los libros formados por impresos editados y cumplimentados por ordenador.

11. Es necesario que el Párroco dé comienzo y cierre a todo libro sacramental. Para darle comienzo debe señalarse este hecho brevemente en su primer folio, haciendo constar la fecha, los datos identificativos esenciales del Encargado del libro, número de páginas del libro, etc. Igualmente al darle cierre, pero en la siguiente página a la última escrita. En ambos casos se debe fechar, firmar y sellar la página correspondiente.

12. Los datos han de escribirse con rotulador de tinta líquida o pluma estilográfica, nunca con bolígrafos ordinarios o derivados.

13. Si al extender un extracto o certificado, no se conoce alguno de los datos solicitados, el espacio (también en el caso de notas marginales) no se debe dejar en blanco, sino cruzarse con una línea diagonal con el fin de evitar una eventual manipulación.

14. Si dentro de un libro se han dejado involuntariamente una o varias páginas en blanco, deben anularse cubriéndolas de lado a lado mediante una única raya en diagonal, con la misma finalidad expresada en el número anterior.

15. En el caso de que al inscribir, anotar, o certificar se haya cometido algún error material, no debe sobrescribirse o utilizar líquidos de borrar, sino invalidar la palabra o palabras incorrectas trazando una leve línea recta sobre ellas y delimitarlas entre paréntesis para, a continuación, indicar, siempre en nota a pie de página, la validez de la corrección con la palabra "Vale", firmando posteriormente la nota. En caso contrario podría ponerse en duda su autenticidad.

16. El documento sólo quedará validado con la firma manuscrita, legible, y el sello de la Parroquia.

17. Es aconsejable el uso de tinta de color para el tampón de sellado. Es necesario que la impronta del sello se superponga a una parte de la firma o del texto con el fin de prevenir posibles manipulaciones.

18. Los datos requeridos en los libros sacramentales han de ser cumplimentados con extrema diligencia, a mano y con letra clara y legible, incluyendo los correspondientes índices ordenados alfabéticamente por apellidos. Sólo estos manuscritos tienen valor oficial.

19. Para cualquier rectificación o alteración de partidas, sean errores, omisiones o cambios efectuados en el Registro Civil, se requiere la autorización del Ordinario. Cada cambio o alteración se hará constaren la partida consignando, al menos, la referencia del documento que acredite dicha modificación.

IV. Expedientes matrimoniales

20. Todos los expedientes matrimoniales deben enviarse para su conservación en el Archivo Histórico Diocesano.

21. Las notificaciones recibidas con la indicación de haber sido cumplimentadas en su respectivo Libro de Bautismos, deben ser archivadas

con el correspondiente expediente matrimonial, ya numerado en la forma descrita.

22. Las copias de los expedientes matrimoniales destinados a otras Diócesis se enviarán a través de la propia Curia diocesana, que será quien los transmita a la Curia de destino.

V. Conservación y custodia de los libros

23. Los libros parroquiales se custodiarán en el archivo parroquial, en un armario que proporcione las necesarias garantías de conservación y seguridad, y siempre bajo llave. Sólo el Párroco o su delegado tendrán acceso al armario.

24. En el caso de unidades pastorales formadas por diversas parroquias, los libros parroquiales podrán conservarse en el archivo de una de ellas, con el consentimiento del Obispo.

VI. Acceso y consulta de los libros

25. Corresponde al Párroco o al delegado de acuerdo con lo establecido en el n. 2 expedir certificaciones o copias autorizadas de los asientos o anotaciones registrales referentes al fiel que las solicite.

26. Los certificados o extractos pueden extenderse bien escritos a mano o mecanografiados, pero siempre cumplimentados en el modelo propio de la Diócesis y validados por la firma del Párroco o del delegado de acuerdo con el n. 2, y por el sello parroquial. Los certificados que hayan de producir efectos fuera de la Diócesis han de ser legalizados por el Ordinario. En el caso de que vayan redactados en una lengua no oficial en la Diócesis de destino, se acompañarán de traducción al español.

27. Todos los fieles tienen derecho a recibir personalmente certificados o copias autorizadas de aquellos documentos contenidos en los libros parroquiales que, siendo públicos por su naturaleza, se refieran a su estado personal.

28. El interesado, salvo que sea conocido personalmente por el Párroco o el delegado conforme al n. 2, deberá acreditar documentalmente su personalidad, e indicar el fin para el que se solicita la certificación

29. Podrán expedirse también certificaciones o copias cuando el interesado lo solicite a través del propio cónyuge, padres, hermanos, hijos o procurador legal. En estos casos el interesado deberá, además, indicar los datos identificativos del pariente o procurador y acreditarlos documentalmente.

30. No se expedirán certificaciones o copias autorizadas cuando no quede acreditado el interés legítimo y la personalidad del interesado y, en su caso, del familiar o procurador. Se ha de guardar copia del documento que acredite los referidos datos del interesado y del familiar o procurador.

31. Salvo que disponga otra cosa el Ordinario, la documentación relativa a los registros sacramentales de los últimos cien años ha de quedar cerrada a la libre y pública consulta, ya que es reservada por su propia naturaleza. A partir de esa fecha pasará a considerarse documentación histórica.

32. Las solicitudes de datos con finalidades genealógicas referidos a los últimos cien años sólo se atenderán cuando el interesado recabe datos sobre sus ascendientes directos hasta el segundo grado inclusive.

33. En ningún caso se debe permitir la consulta directa, manipulación, grabación o reproducción total o parcial de los libros sacramentales que se encuentren en las parroquias.

34. La microfilmación, digitalización o cualquier otra iniciativa de tratamiento global o parcial del archivo requerirá la autorización escrita del Obispo.

35. Los libros parroquiales no podrán sacarse del archivo parroquial, salvo en los casos mencionados en el número 24.

36. Cualquier duda sobre la oportunidad de extender certificados o copias autorizadas de los libros sacramentales habrá de consultarse con el Ordinario.

DECLARACIÓN SOBRE LA EXPOSICIÓN DE SÍMBOLOS RELIGIOSOS CRISTIANOS EN EUROPA

Junto con otras conferencias episcopales y diversas instancias tanto estatales como sociales de todo el Continente, la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, reunida cuando se espera una próxima resolución de la Corte europea sobre la exposición de símbolos religiosos en las escuelas estatales, desea subrayar la importancia de la cuestión para las convicciones religiosas de los pueblos y para las tradiciones culturales de Europa.

Gracias precisamente al cristianismo, Europa ha sabido afirmar la autonomía de los campos espiritual y temporal y abrirse al principio de la libertad religiosa, respetando tanto los derechos de los creyentes como de los no creyentes. Esto se ve más claro en nuestros días, cuando otras religiones se difunden entre nosotros al amparo de esa realidad.

La presencia de símbolos religiosos cristianos en los ámbitos públicos, en particular la presencia de la cruz, refleja el sentimiento religioso de los cristianos de todas las confesiones y no pretende excluir a nadie. Al contrario, es expresión de una tradición a la que todos reconocen un gran valor y un gran papel catalizador en el diálogo entre personas de buena voluntad y como sostén para los que sufren y los necesitados, sin distinción de fe, raza o nación.

En la cultura y en la tradición religiosa cristianas, la cruz representa la salvación y la libertad de la humanidad. De la cruz surgen el altruismo y la generosidad más acendrados, así como una sincera solidaridad ofrecida a todos, sin imponer nada a nadie.

En consecuencia, las sociedades de tradición cristiana no deberían oponerse a la exposición pública de sus símbolos religiosos, en particular, en los lugares en los que se educa a los niños. De lo contrario, estas sociedades difícilmente podrán llegar a transmitir a las generaciones futuras su propia identidad y sus valores. Se convertirían en sociedades contradic-

torias que rechazan la herencia espiritual y cultural en la que hunden sus raíces y se cierran el camino del futuro. Ponerse en contra de los símbolos de los valores que modelan la historia y la cultura de un pueblo es dejarle indefenso ante otras ofertas culturales, no siempre benéficas, y cegar las fuentes básicas de la ética y del derecho que se han mostrado fecundas en el reconocimiento, la promoción y la tutela de la dignidad de la persona.

El derecho a la libertad religiosa existe y se afirma cada vez más en los países de Europa. En algunos de ellos se permiten explícitamente otros símbolos religiosos, sea por ley o por su aceptación espontánea. Las iglesias y las comunidades cristianas favorecen el diálogo entre ellas y con otras religiones y actúan como parte integrante de sus respectivas realidades nacionales. En cuanto a los símbolos, existe en Europa una variedad de leyes y una diversa evolución social y jurídica positiva que debe ser respetada en el marco de una justa relación entre los Estados y las Instituciones europeas.

Sólo en una Europa en la que sean respetadas a la vez la libertad religiosa de cada uno y las tradiciones de cada pueblo y nación, podrán desarrollarse relaciones adecuadas entre las religiones y los pueblos, en justicia y en libertad.

Santa Sede



- La conclusión del Año Sacerdotal
- El sacerdote no habla por sí mismo, sino desde Cristo
- La Eucaristía, mucho más que una reunión fraterna
- Benedicto XVI habla del Triple *munus Sacerdotalis* en sucesivas Audiencias Generales
- Sobre la misión de gobernar como servicio a la comunidad
- Libres para llevar a la sociedad moderna a Jesús
- Benedicto XVI con los Obispos portugueses
- Coloquio que Benedicto XVI mantuvo con cinco sacerdotes
- Homilía en la Clausura del Año Sacerdotal
- Palabras del Papa al concluir la gran Concelebración Eucarística
- Intervención con motivo del Ángelus
- La Eucaristía y el testimonio de la caridad
- Ser sacerdote es conformarse a Cristo
- El encuentro del sacerdote con María en la celebración eucarística

LA CONCLUSIÓN DEL AÑO SACERDOTAL¹

Carta del prefecto de la Congregación para el Clero

Queridos Presbíteros,

La Iglesia está, naturalmente, muy contenta por el Año Sacerdotal y agradece al Señor por haber inspirado al Santo Padre a convocarlo. Todas las informaciones que llegan aquí a Roma sobre las numerosas y múltiples iniciativas emprendidas por las Iglesias locales en el mundo entero para llevar a cabo este año especial constituyen la prueba de cómo éste ha sido bien recibido y –podemos decir– ha respondido a un verdadero y profundo anhelo de los presbíteros y de todo el pueblo de Dios. Era hora de dar una atención especial, reconocedora y emprendedora, al gran, laborioso e insustituible presbiterio, y a cada uno de los presbíteros de la Iglesia.

Es verdad que algunos, aunque proporcionalmente muy pocos, presbíteros han cometido horribles y gravísimos delitos de abusos sexuales contra menores, hechos que debemos rechazar y condenar de modo absoluto e intransigente. Ellos deben responder ante Dios y ante los tribunales, también los civiles. Al mismo tiempo rezamos para que lleguen a la conversión espiritual y al perdón de Dios. La Iglesia mientras tanto está decidida a no esconder o minimizar estos crímenes. Pero sobre todo estamos de parte de las víctimas y queremos apoyarlas en la recuperación y en sus derechos ofendidos.

Por otra parte, los delitos de algunos no pueden en absoluto ser utilizados para manchar a todo el cuerpo eclesial de los presbíteros. Quien lo hace, comete una clamorosa injusticia. La Iglesia, en este Año Sacerdotal, intenta decir esto a la sociedad humana. Cualquier persona de sentido común y buena voluntad lo comprende.

¹ El cardenal Cláudio Hummes dirigió a los presbíteros este mensaje para preparar la conclusión del Año Sacerdotal, que tendría lugar los días 9, 10 y 11 del mes de junio.

Tras esta necesaria aclaración, volvemos a dirigirnos a vosotros, queridos presbíteros. Queremos deciros, una vez más, que reconocemos lo que sois y lo que hacéis en la Iglesia y en la sociedad. La Iglesia os ama, os admira y os respeta. Sois también una alegría para nuestro pueblo católico en el mundo, que os acoge y apoya, sobre todo en estos tiempos de sufrimiento.

Dentro de dos meses llegaremos a la conclusión del Año Sacerdotal. El Papa, queridos sacerdotes, os invita a venir de todo el mundo a Roma para esta conclusión el 9, 10 y 11 de junio próximos. Desde todos los países del mundo. Desde los países más cercanos a Roma se podrían esperar miles y miles, ¿verdad? Por tanto, no rechacéis la invitación insistente y cordial del Santo Padre. Venid y Dios os bendecirá. El Papa querrá confirmar a los presbíteros de la Iglesia. Su presencia numerosa en la Plaza de San Pedro constituirá también una forma propositiva y responsable de los presbíteros de presentarse dispuestos y sin intimidarse para el servicio a la humanidad que Jesucristo les ha confiado. Su visibilidad en la Plaza, ante el mundo actual, será una proclamación de su envío al mundo no para condenar al mundo, sino para salvarlo (cfr. Jn 3,17 e 12,47). En este contexto, también el gran número tendrá un significado especial.

Para esta presencia numerosa de los presbíteros en la conclusión del Año Sacerdotal, en Roma, hay también otro motivo particular, que se coloca en el corazón de la Iglesia hoy. Se trata de ofrecer a nuestro amado Papa Benedicto XVI nuestra solidaridad, nuestro apoyo, nuestra confianza y nuestra comunión incondicional, ante los frecuentes ataques que se le dirigen en el momento actual, en el ámbito de sus decisiones respecto a los clérigos imputados por delitos sexuales con menores. Las acusaciones contra él son evidentemente injustas y se ha demostrado que nadie ha hecho tanto como Benedicto XVI para condenar y combatir correctamente estos crímenes. Por eso, la presencia masiva de los presbíteros en la plaza con él será un signo fuerte de nuestro rechazo decidido a los ataques injustos de los que es víctima. Por tanto, venid también para apoyar públicamente al Santo Padre.

La conclusión del Año Sacerdotal no constituirá propiamente una conclusión, sino un nuevo inicio. Nosotros, el pueblo de Dios y los pastores, queremos dar gracias al Señor por este periodo privilegiado de oración y

de reflexión sobre el sacerdocio. Al mismo tiempo, nos proponemos estar siempre atentos a lo que el Espíritu Santo quiera decirnos. Mientras tanto, volveremos al ejercicio de nuestra misión en la Iglesia y en el mundo con alegría renovada y con la convicción de que Dios, el Señor de la historia, permanece con nosotros, tanto en las crisis como en los nuevos tiempos.

Que la Virgen María, Reina y Madre de los sacerdotes, interceda por nosotros y nos inspire en el seguimiento de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Roma, 12 de abril de 2010.

Cardenal Cláudio Hummes
Arzobispo emérito de São Paulo
Prefecto de la Congregación para el Clero

EL SACERDOTE NO HABLA POR SÍ MISMO, SINO DESDE CRISTO¹

Queridos amigos,
en este periodo pascual, que nos conduce a Pentecostés y que nos encamina también a las celebraciones de clausura de este Año Sacerdotal, programadas para el 9, 10 y 11 de junio próximo, quiero dedicar aún algunas reflexiones al tema del Ministerio ordenado, deteniéndome en la realidad fecunda de la configuración del sacerdote a Cristo Cabeza, en el ejercicio de los *tria munera* que recibe, es decir, de los tres oficios de enseñar, santificar y gobernar.

Para comprender qué significa actuar *in persona Christi Capitis* –en persona de Cristo Cabeza– por parte del sacerdote, y para entender también qué consecuencias derivan de la tarea de representar al Señor, especialmente en el ejercicio de estos tres oficios, es necesario aclarar ante todo qué se entiende por “representación”. El sacerdote representa a Cristo. ¿Que quiere decir “representar” a alguien? En el lenguaje común, quiere decir –generalmente– recibir una delegación de una persona para estar presente en su lugar, hablar y actuar en su lugar, porque aquel que es representado está ausente de la acción concreta. Nos preguntamos: ¿el sacerdote representa al Señor de la misma forma? La respuesta es que no, porque en la Iglesia Cristo no está nunca ausente, la Iglesia es su cuerpo vivo y la Cabeza de la Iglesia es él, presente y operante en ella. Cristo no está nunca ausente, al contrario, está presente de una forma totalmente libre de los límites del espacio y del tiempo, gracias al acontecimiento de la Resurrección, que contemplamos de modo especial en este tiempo de Pascua.

Por tanto, el sacerdote que actúa *in persona Christi Capitis* y en representación del Señor, no actúa nunca en nombre de un ausente, pero

1 *Catequesis del Papa Benedicto XVI realizada en la Audiencia General del 4 de abril, con peregrinos de los cinco continentes reunidos en la Plaza de San Pedro.*

en la Persona misma de Cristo Resucitado, que se hace presente con su acción realmente eficaz. Actúa realmente y realiza lo que el sacerdote no podría hacer: la consagración del vino y del pan para que sean realmente presencia del Señor, la absolución de los pecados. El Señor hace presente su propia acción en la persona que realiza estos gestos. Estas tres tareas del sacerdote –que la Tradición ha identificado en las distintas palabras de misión del Señor: enseñar, santificar y gobernar– en su distinción y en su profunda unidad son una especificación de esta representación eficaz. Éstas son en realidad las tres acciones del Cristo resucitado, lo mismo que hoy en la Iglesia y en el mundo enseña y así crea fe, reúne a su pueblo, crea presencia de la verdad y construye realmente la comunión de la Iglesia universal; y santifica y guía.

La primera tarea de la que quisiera hablar hoy es el *munus docendi*, es decir, la de enseñar. Hoy, en plena emergencia educativa, el *munus docendi* de la Iglesia, ejercido concretamente a través del ministerio de cada sacerdote, resulta particularmente importante. Vivimos en una gran confusión sobre las elecciones fundamentales de nuestra vida y los interrogantes sobre qué es el mundo, de donde viene, adónde vamos, que tenemos que hacer para realizar el bien, cómo tenemos que vivir, cuáles son los valores realmente pertinentes. En relación con todo esto existen muchas filosofías opuestas, que nacen y desaparecen, creando una confusión sobre las decisiones fundamentales, cómo vivir, porque ya no sabemos, generalmente, de qué y para qué hemos sido hechos y adónde vamos. En esta situación se realiza la palabra del Señor, que tuvo compasión de la multitud porque eran como ovejas sin pastor (cfr Mc 6, 34). El Señor había hecho esta constatación cuando había visto las miles de personas que le seguían en el desierto porque, en la diversidad de las corrientes de aquel tiempo, ya no sabían cuál era el verdadero sentido de la Escritura, qué decía Dios. El Señor, movido por la compasión, interpretó la Palabra de Dios, él mismo es la palabra de Dios, y dio así una orientación. Esta es la función *in persona Christi* del sacerdote: hacer presente, en la confusión y en la desorientación de nuestros tiempos, la luz de la palabra de Dios, la luz que es Cristo mismo en este mundo nuestro. Por tanto el sacerdote no enseña ideas propias, una filosofía que él mismo se ha inventado, encontrado o que le gusta; el sacerdote no habla desde sí mismo, no

habla por sí mismo, quizás para crearse admiradores o un propio partido; no dice cosas propias, invenciones propias, sino que, en la confusión de todas las ideologías, el sacerdote enseña en nombre de Cristo presente, propone la verdad que es Cristo mismo, su palabra, su modo de vivir y de ir adelante. Para el sacerdote vale lo que Cristo ha dicho de sí mismo: "Mi doctrina no es mía" (*Jn*, 7, 16); Es decir, Cristo no se propone a sí mismo sino que, como Hijo, es la voz, la palabra del Padre. También el sacerdote debe decir siempre y actuar así: "mi doctrina no es mía, no propago mis ideas o lo que me gusta, sino que soy la boca y el corazón de Cristo y hago presente esta doctrina única y común, que ha creado a la Iglesia universal y que crea vida eterna".

Este hecho, es decir, que el sacerdote no inventa, no crea ni proclama ideas propias en cuanto que la doctrina que anuncia no es suya, sino de Cristo, no significa, por otra parte, que él sea neutro, casi como un portavoz que lee un texto del que, quizás, no se apropia. También en este caso vale el modelo de Cristo, el cual dijo: Yo no soy por mí mismo y no vivo por mí mismo, sino que vengo del Padre y vivo por el Padre. Por ello, en esta profunda identificación, la doctrina de Cristo es la del Padre y él mismo es uno con el Padre. El sacerdote que anuncia la palabra de Cristo, la fe de la Iglesia y no sus propias ideas, debe decir también: yo no vivo de mí y para mí sino que vivo con Cristo y de Cristo, y por ello lo que Cristo nos ha dicho se convierte en mi palabra aunque no es mía. La vida del sacerdote debe identificarse con Cristo y, de esta forma, la palabra no propia se convierte, sin embargo, en una palabra profundamente personal. San Agustín, sobre este tema, hablando de los sacerdotes, dijo: "Y nosotros ¿qué somos? Ministros (de Cristo), sus servidores; porque lo que os distribuimos no es nuestro, sino que lo sacamos de su despensa. Y también nosotros vivimos de ella, porque somos siervos como vosotros" (*Discurso 229/E*, 4).

La enseñanza que el sacerdote está llamado a ofrecer, las verdades de la fe, deben ser interiorizadas y vividas en un intenso camino espiritual personal, para que así realmente el sacerdote entre en una profunda, interior comunión con Cristo mismo. El sacerdote cree, acoge e intenta vivir, ante todo como propio, lo que el Señor ha enseñado y la Iglesia ha transmitido, en ese recorrido de ensimismamiento con el propio ministerio, del que san Juan María Vianney es testigo ejemplar (*cfr Carta para la*

convocatoria del Año Sacerdotal). “Unidos en la misma caridad –afirma de nuevo san Agustín– todos somos oyentes de aquél que es para nosotros en el cielo el único Maestro” (*Enarr. in Ps.* 131, 1, 7).

La del sacerdote, en consecuencia, a menudo podría parecer “voz que grita en el desierto” (*Mc* 1,3), pero precisamente en esto consiste su fuerza profética: en el no ser nunca homologado, ni homologable, a una cultura o mentalidad dominante, sino en mostrar la única novedad capaz de obrar una renovación auténtica y profunda del hombre, es decir, que Cristo es el Viviente, es el Dios cercano que opera en la vida y para la vida del mundo y nos da la verdad, la manera de vivir.

En la preparación atenta de la predicación festiva, sin excluir la ferial, en el esfuerzo de formación catequética, en las escuelas, en las instituciones académicas y, de manera especial, a través de ese libro no escrito que es su propia vida, el sacerdote es siempre “docente”, enseña. Pero no con la presunción de quien impone verdades propias, sino con la humilde y alegre certeza de quien ha encontrado la Verdad, ha sido aferrado y transformado por ella, y por ello no puede menos que anunciarla. El sacerdocio, de hecho, nadie lo puede elegir para sí, no es una forma de alcanzar la seguridad en la vida, para conquistar una posición social: nadie puede dárselo, ni buscarlo por sí mismo. El sacerdocio es respuesta a la llamada del Señor, a su voluntad, para llegar a ser anunciadores no de una verdad personal, sino de su verdad.

Queridos hermanos sacerdotes, el Pueblo cristiano pide escuchar de nuestras enseñanzas la genuina doctrina eclesial, a través de la cual poder renovar el encuentro con Cristo que da la alegría, la paz, la salvación. La Sagrada Escritura, los escritos de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, el Catecismo de la Iglesia católica constituyen, a este respecto, puntos de referencia imprescindibles en el ejercicio del *munus docendi*, tan esencial para la conversión, el camino de fe y la salvación de los hombres. “Ordenación sacerdotal significa: ser sumergidos [...] en la Verdad” (*Homilía para la Misa Crismal*, 9 de abril de 2009), esa Verdad que no es simplemente un concepto o un conjunto de ideas que transmitir y asimilar, sino que es la Persona de Cristo, con la cual, por la cual y en la cual vivir y así, necesariamente, nace también la actualidad y la comprensibilidad del anuncio. Sólo esta conciencia de una Verdad hecha Persona en la En-

carnación del Hijo justifica el mandato misionero: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16,15). Solo si es la Verdad está destinado a toda criatura, no es una imposición de algo, sino la apertura del corazón a aquello por lo que ha sido creado.

Queridos hermanos y hermanas, el Señor ha confiado a los sacerdotes una gran tarea: ser anunciadores de Su Palabra, de la Verdad que salva; ser su voz en el mundo para llevar aquello que contribuye al verdadero bien de las almas y al auténtico camino de fe (cfr 1Cor 6,12). Que san Juan María Vianney sea de ejemplo para todos los sacerdotes. Él era hombre de gran sabiduría y fuerza heroica en resistir a las presiones culturales y sociales de su tiempo para poder llevar las almas a Dios: sencillez, fidelidad e inmediatez eran las características esenciales de su predicación, transparencia de su fe y de su santidad. El Pueblo cristiano era así edificado y, como sucede con los auténticos maestros de todos los tiempos, reconocía en él la luz de la Verdad. Reconocía en él, en definitiva, lo que siempre se debería reconocer en un sacerdote: la voz del Buen Pastor.

Benedictus PP XVI

LA EUCARISTÍA, MUCHO MÁS QUE UNA REUNIÓN FRATERNA¹

Amados hermanos en el Episcopado,

Vuestra visita *ad Limina* tiene lugar en el clima de alabanza y júbilo pascual que envuelve a toda la Iglesia, adornada con los fulgores de la luz de Cristo Resucitado. En Él, la humanidad atravesó la muerte y completó la última etapa de su crecimiento penetrando en los Cielos (cf. *Ef 2, 6*). Ahora Jesús puede libremente volver sobre sus pasos y encontrarse como, cuando y donde quiera con sus hermanos. En su nombre, me complace acogeros, queridos pastores de la Iglesia de Dios peregrina en la Región Norte 2 de Brasil, con el saludo hecho por el Señor cuando se presentó vivo a los Apóstoles y compañeros: “La paz esté con vosotros” (*Lc 24,36*).

Vuestra presencia aquí tiene un sabor familiar, pues parece reproducir el final de la historia de los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, 33-35*): habéis venido a contar lo que ha pasado por el camino hecho con Jesús por vuestras diócesis diseminadas en la inmensidad de la región amazónica, con sus parroquias y otras realidades que las componen, como los movimientos y nuevas comunidades y las comunidades eclesiales de base en comunión con su obispo (cf. *Documento de Aparecida*, 179). Nada podría alegrarme más que saberos en Cristo y con Cristo, como testimonian los informes diocesanos que me habéis enviado y que os agradezco. Estoy agradecido de modo particular a monseñor Jesus Maria por las palabras que acaba de dirigirme en nombre vuestro y del pueblo de Dios confiado a vosotros, confirmando su fidelidad y adhesión a Pedro. A vuestro regreso, aseguradles mi gratitud por estos sentimientos y mi Bendición, añadiendo: “Realmente el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón” (*Lc 24,34*).

¹ *Discurso que Benedicto XVI ha dirigido el 15 de abril a los obispos de la Conferencia Episcopal de Brasil (Región Norte 2), con motivo de su visita ad limina Apostolorum.*

En esta aparición, las palabras —si las hubo— se diluirían en la sorpresa de ver al Maestro vuelto a la vida, cuya presencia dice todo: Estaba muerto, mas ahora vivo y vosotros viviréis por Mi (cf. *Ap* 1,18). Y, por estar vivo y resucitado, Cristo puede convertirse en “pan vivo” (*Jn* 6, 51) para la humanidad. Por eso siento que el centro y la fuente permanente del ministerio petrino está en la Eucaristía, corazón de la vida cristiana, fuente y culmen de la misión evangelizadora de la Iglesia. Podéis así comprender la preocupación del Sucesor de Pedro por todo lo que pueda ofuscar el punto más original de la fe católica: hoy Jesucristo continua vivo y realmente presente en la hostia y en el cáliz consagrados.

Una menor atención que en ocasiones se ha prestado al culto del Santísimo Sacramento es indicio y causa de oscurecimiento del sentido cristiano del misterio, como sucede cuando en la Santa Misa ya no aparece como preeminente y operante Jesús, sino una comunidad atareada con muchas cosas en vez de estar en recogimiento y de dejarse atraer a lo Único necesario: su Señor. Al contrario, la actitud primaria y esencial del fiel cristiano que participa en la celebración litúrgica no es hacer, sino escuchar, abrirse, recibir... Es obvio que, en este caso, recibir no significa volverse pasivo o desinteresarse de lo que allí acontece, sino cooperar —porque nos volvemos capaces de actuar por la gracia de Dios— según “la auténtica naturaleza de la verdadera Iglesia, que es simultáneamente humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, empeñada en la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y sin embargo peregrina, pero de forma que lo que en ella es humano se debe ordenar y subordinar a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación, y el presente a la ciudad futura que buscamos” (Const. *Sacrosanctum Concilium*, 2). Si en la liturgia no emergiese la figura de Cristo, que está en su principio y que está realmente presente para hacerla válida, ya no tendríamos la liturgia cristiana, toda dependiente del Señor y toda suspendida de su presencia creadora.

¡Qué distantes están de todo esto cuantos, en nombre de la inculturación, caen en el sincretismo introduciendo ritos tomados de otras religiones o particularismos culturales en la celebración de la Santa Misa (cf. *Redemptionis Sacramentum*, 79)! El misterio eucarístico es un “don demasiado grande —escribía mi venerable predecesor el Papa Juan Pablo II— para soportar ambigüedades y reducciones”, particularmente cuando,

“despojado de su valor sacrificial, es vivido como si en nada sobrepasase el sentido y el valor de un encuentro fraterno alrededor de la mesa” (Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 10). Subyacente a varias de las motivaciones aducidas, está una mentalidad incapaz de aceptar la posibilidad de una real intervención divina en este mundo en socorro del hombre. Este, sin embargo, “se descubre incapaz de rechazar por sí mismo los ataques del enemigo: cada uno se siente como prisionero con cadenas” (Const. *Gaudium et spes*, 13). La confesión de una intervención redentora de Dios para cambiar esta situación de alienación y de pecado es vista, por cuantos participan de la visión deísta, como integrista, y el mismo juicio se hace a propósito de un signo sacramental que hace presente el sacrificio redentor. Más aceptable, a sus ojos, sería la celebración de una señal que corresponda a un vago sentimiento de comunidad.

Pero el culto no puede nacer de nuestra fantasía; sería un grito en la oscuridad o una simple autoafirmación. La verdadera liturgia supone que Dios responda y nos muestre cómo podemos adorarlo. “La Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en la Eucaristía, precisamente porque el propio Cristo se dio primero a ella en el sacrificio de la Cruz” (Exort. ap. *Sacramentum caritatis*, 14). La Iglesia vive de esta presencia y tiene como razón de existir ampliar esta presencia en el mundo entero.

“¡Quédate con nosotros, Señor!” (cf. Lc 24, 29): están rezando los hijos e hijas de Brasil camino hacia el XVI Congreso Eucarístico Nacional, [que se celebrará] de aquí a un mes en Brasilia, que de este modo verá el jubileo áureo de su fundación enriquecido con el “oro” de la eternidad presente en el tiempo: Jesús Eucaristía. Que Él sea verdaderamente en corazón de Brasil, de donde venga la fuerza para que todos los hombres y mujeres brasileños se reconozcan y ayuden como hermanos, como miembros del Cristo total. Quien quiera vivir, tiene de dónde vivir. ¡Que se acerque, crea, entre a formar parte del Cuerpo de Cristo y será vivificado! Hoy y aquí, todo esto deseo a la esperanzada parcela de este Cuerpo que es la Región Norte 2, al conceder a cada uno de vosotros, extensiva a vuestros colaboradores y a todos los fieles cristianos, la Bendición Apostólica.

Benedictum PP XVI

BENEDICTO XVI HABLA DEL TRIPLE *MUNUS SACERDOTALIS* EN SUCESIVAS AUDIENCIAS GENERALES

Sobre el munus docendi¹

En este periodo pascual, que nos conduce a Pentecostés y que nos encamina también a las celebraciones de clausura de este Año Sacerdotal, programadas para el 9, 10 y 11 de junio próximo, quiero dedicar aún algunas reflexiones al tema del Ministerio ordenado, comentando la realidad fecunda de la configuración del sacerdote a Cristo Cabeza, en el ejercicio de los *tria munera* que recibe, es decir, de los tres oficios de enseñar, santificar y gobernar.

Para comprender lo que significa que el sacerdote actúa *in persona Christi Capitis* —en la persona de Cristo Cabeza—, y para entender también las consecuencias que derivan de la tarea de representar al Señor, especialmente en el ejercicio de estos tres oficios, es necesario aclarar ante todo lo que se entiende por «representar». El sacerdote representa a Cristo. ¿Qué quiere decir «representar» a alguien? En el lenguaje común generalmente quiere decir recibir una delegación de una persona para estar presente en su lugar, para hablar y actuar en su lugar, porque aquel que es representado está ausente de la acción concreta. Nos preguntamos: ¿El sacerdote representa al Señor de la misma forma? La respuesta es no, porque en la Iglesia Cristo no está nunca ausente; la Iglesia es su cuerpo vivo y la Cabeza de la Iglesia es él, presente y operante en ella. Cristo no está nunca ausente; al contrario, está presente de una forma totalmente libre de los límites del espacio y del tiempo, gracias al acontecimiento de la Resurrección, que contemplamos de modo especial en este tiempo de Pascua.

Por lo tanto, el sacerdote que actúa *in persona Christi Capitis* y en representación del Señor, no actúa nunca en nombre de un ausente, sino en

1 *Discurso en la Audiencia General del miércoles 14 de abril de 2010*

la Persona misma de Cristo resucitado, que se hace presente con su acción realmente eficaz. Actúa realmente y realiza lo que el sacerdote no podría hacer: la consagración del vino y del pan para que sean realmente presencia del Señor, y la absolución de los pecados. El Señor hace presente su propia acción en la persona que realiza estos gestos. Estos tres oficios del sacerdote —que la Tradición ha identificado en las diversas palabras de misión del Señor: enseñar, santificar y gobernar— en su distinción y en su profunda unidad son una especificación de esta representación eficaz. Esas son en realidad las tres acciones de Cristo resucitado, el mismo que hoy en la Iglesia y en el mundo enseña y así crea fe, reúne a su pueblo, crea presencia de la verdad y construye realmente la comunión de la Iglesia universal; y santifica y guía.

El primer oficio del que quisiera hablar hoy es el *munus docendi*, es decir, el de enseñar. Hoy, en plena emergencia educativa, el *munus docendi* de la Iglesia, ejercido concretamente a través del ministerio de cada sacerdote, resulta particularmente importante. Vivimos en una gran confusión sobre las opciones fundamentales de nuestra vida y los interrogantes sobre qué es el mundo, de dónde viene, a dónde vamos, qué tenemos que hacer para realizar el bien, cómo debemos vivir, cuáles son los valores realmente pertinentes. Con respecto a todo esto existen muchas filosofías opuestas, que nacen y desaparecen, creando confusión sobre las decisiones fundamentales, sobre cómo vivir, porque normalmente ya no sabemos de qué y para qué hemos sido hechos y a dónde vamos. En esta situación se realiza la palabra del Señor, que tuvo compasión de la multitud porque eran como ovejas sin pastor (cf. *Mc* 6, 34). El Señor hizo esta constatación cuando vio los miles de personas que le seguían en el desierto porque, entre las diversas corrientes de aquel tiempo, ya no sabían cuál era el verdadero sentido de la Escritura, qué decía Dios. El Señor, movido por la compasión, interpretó la Palabra de Dios —él mismo es la Palabra de Dios—, y así dio una orientación. Esta es la función *in persona Christi* del sacerdote: hacer presente, en la confusión y en la desorientación de nuestro tiempo, la luz de la Palabra de Dios, la luz que es Cristo mismo en este mundo nuestro. Por tanto, el sacerdote no enseña ideas propias, una filosofía que él mismo se ha inventado, encontrado, o que le gusta; el sacerdote no habla por sí mismo, no habla

para sí mismo, para crearse admiradores o un partido propio; no dice cosas propias, invenciones propias, sino que, en la confusión de todas las filosofías, el sacerdote enseña en nombre de Cristo presente, propone la verdad que es Cristo mismo, su palabra, su modo de vivir y de ir adelante. Para el sacerdote vale lo que Cristo dijo de sí mismo: «Mi doctrina no es mía» (Jn 7, 16); es decir, Cristo no se propone a sí mismo, sino que, como Hijo, es la voz, la Palabra del Padre. También el sacerdote siempre debe hablar y actuar así: «Mi doctrina no es mía, no propago mis ideas o lo que me gusta, sino que soy la boca y el corazón de Cristo, y hago presente esta doctrina única y común, que ha creado a la Iglesia universal y que crea vida eterna».

Este hecho, es decir, que el sacerdote no inventa, no crea ni proclama ideas propias en cuanto que la doctrina que anuncia no es suya, sino de Cristo, no significa, por otra parte, que sea neutro, casi como un portavoz que lee un texto que quizá no hace suyo. También en este caso vale el modelo de Cristo, que dijo: «Yo no vengo de mí mismo y no vivo para mí mismo, sino que vengo del Padre y vivo para el Padre». Por ello, en esta profunda identificación, la doctrina de Cristo es la del Padre y él mismo es uno con el Padre. El sacerdote que anuncia la palabra de Cristo, la fe de la Iglesia y no sus propias ideas, debe decir también: yo no vivo de mí y para mí, sino que vivo con Cristo y de Cristo, y por ello lo que Cristo nos ha dicho se convierte en mi palabra aunque no es mía. La vida del sacerdote debe identificarse con Cristo y, de esta forma, la palabra no propia se convierte, sin embargo, en una palabra profundamente personal. San Agustín, sobre este tema, hablando de los sacerdotes, dijo: «Y nosotros, ¿qué somos? Ministros (de Cristo), sus servidores; porque lo que os distribuimos no es nuestro, sino que lo sacamos de su reserva. Y también nosotros vivimos de ella, porque somos siervos como vosotros» (*Discurso 229/e, 4*).

La enseñanza que el sacerdote está llamado a ofrecer, las verdades de la fe, deben ser interiorizadas y vividas en un intenso camino espiritual personal, para que así realmente el sacerdote entre en una profunda comunión interior con Cristo mismo. El sacerdote cree, acoge y trata de vivir, ante todo como propio, lo que el Señor ha enseñado y la Iglesia ha transmitido, en el itinerario de identificación con el propio ministerio del que

san Juan María Vianney es testigo ejemplar (cf. *Carta para la convocatoria del Año sacerdotal*). «Unidos en la misma caridad —afirma también san Agustín— todos somos oyentes de aquel que es para nosotros en el cielo el único Maestro» (*Enarr. in Ps. 131, 1, 7*).

La voz del sacerdote, en consecuencia, a menudo podría parecer una «voz que grita en el desierto» (*Mc 1, 3*), pero precisamente en esto consiste su fuerza profética: en no ser nunca homologado, ni homologable, a una cultura o mentalidad dominante, sino en mostrar la única novedad capaz de realizar una renovación auténtica y profunda del hombre, es decir, que Cristo es el Viviente, es el Dios cercano, el Dios que actúa en la vida y para la vida del mundo y nos da la verdad, la manera de vivir.

En la preparación esmerada de la predicación festiva, sin excluir la ferial, en el esfuerzo de formación catequética, en las escuelas, en las instituciones académicas y, de manera especial, a través del libro no escrito que es su propia vida, el sacerdote es siempre «docente», enseña. Pero no con la presunción de quien impone verdades propias, sino con la humildad y alegre certeza de quien ha encontrado la Verdad, ha sido aferrado y transformado por ella, y por eso no puede menos de anunciarla. De hecho, el sacerdocio nadie lo puede elegir para sí; no es una forma de alcanzar seguridad en la vida, de conquistar una posición social: nadie puede dárselo, ni buscarlo por sí mismo. El sacerdocio es respuesta a la llamada del Señor, a su voluntad, para ser anunciadores no de una verdad personal, sino de su verdad.

Queridos hermanos sacerdotes, el pueblo cristiano pide escuchar de nuestras enseñanzas la genuina doctrina eclesial, que les permita renovar el encuentro con Cristo que da la alegría, la paz, la salvación. La Sagrada Escritura, los escritos de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, el Catecismo de la Iglesia católica constituyen, a este respecto, puntos de referencia imprescindibles en el ejercicio del *munus docendi*, tan esencial para la conversión, el camino de fe y la salvación de los hombres. «Ordenación sacerdotal significa: ser sumergidos (...) en la Verdad» (*Homilía en la Misa Crismal*, 9 de abril de 2009), esa Verdad que no es simplemente un concepto o un conjunto de ideas que transmitir y asimilar, sino que es la Persona de Cristo, con la cual, por la cual y en la cual vivir; así, necesariamente, nace también la actualidad y la comprensibilidad del anuncio.

Sólo esta conciencia de una Verdad hecha Persona en la encarnación del Hijo justifica el mandato misionero: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (Mc 16, 15). Sólo si es la Verdad está destinado a toda criatura, no es una imposición de algo, sino la apertura del corazón a aquello por lo que ha sido creado.

Queridos hermanos y hermanas, el Señor ha confiado a los sacerdotes una gran tarea: ser anunciadores de su Palabra, de la Verdad que salva; ser su voz en el mundo para llevar aquello que contribuye al verdadero bien de las almas y al auténtico camino de fe (cf. 1 Co 6, 12). Que san Juan María Vianney sea ejemplo para todos los sacerdotes. Era hombre de gran sabiduría y fortaleza heroica para resistir a las presiones culturales y sociales de su tiempo a fin de llevar las almas a Dios: sencillez, fidelidad e inmediatez eran las características esenciales de su predicación, transparencia de su fe y de su santidad. Así el pueblo cristiano quedaba edificado y, como sucede con los auténticos maestros de todos los tiempos, reconocía en él la luz de la Verdad. Reconocía en él, en definitiva, lo que siempre se debería reconocer en un sacerdote: la voz del buen Pastor.

Sobre el munus sanctificandi del sacerdote².

El domingo pasado, en mi visita pastoral a Turín, tuve la alegría de estar en oración ante la Sábana Santa, uniéndome a los más de dos millones de peregrinos que han podido contemplarla durante la solemne ostensión de estos días. Ese lienzo sagrado puede nutrir y alimentar la fe, y reavivar la piedad cristiana, porque impulsa a ir al Rostro de Cristo, al Cuerpo del Cristo crucificado y resucitado, a contemplar el Misterio pascual, centro del mensaje cristiano. Del Cuerpo de Cristo resucitado, vivo y operante en la historia (cf. Rm 12, 5), nosotros, queridos hermanos y hermanas, somos miembros vivos, cada uno según la propia función, es decir, con la tarea que el Señor ha querido encomendarnos. Hoy, en esta catequesis, quiero volver a recordar las tareas específicas de los sacerdotes, que, según la tradición, son esencialmente tres: enseñar, santificar y gobernar. *En una de las catequesis anteriores* hablé sobre la primera de estas tres misiones: la enseñanza, el anuncio de la verdad, el anuncio del Dios revelado en

2 *Discurso de S.S. Benedicto XVI en la Audiencia General del miércoles 3 de mayo de 2010*

Cristo, o —con otras palabras— la tarea profética de poner al hombre en contacto con la verdad, de ayudarlo a conocer lo esencial de su vida, de la realidad misma.

Hoy quiero reflexionar brevemente con vosotros en la segunda tarea que tiene el sacerdote, la de santificar a los hombres, sobre todo mediante los sacramentos y el culto de la Iglesia. Aquí, ante todo, debemos preguntarnos: ¿Qué significa la palabra «santo»? La respuesta es: «Santo» es la cualidad específica del ser de Dios, es decir, absoluta verdad, bondad, amor, belleza: luz pura. Santificar a una persona significa, por tanto, ponerla en contacto con Dios, con su ser luz, verdad, amor puro. Es obvio que esta relación transforma a la persona. En la antigüedad existía esta firme convicción: nadie puede ver a Dios sin morir en seguida. La fuerza de verdad y de luz es demasiado grande. Si el hombre toca esta corriente absoluta, no sobrevive. Por otra parte, también existía la convicción de que sin un mínimo contacto con Dios el hombre no puede vivir. Verdad, bondad, amor son condiciones fundamentales de su ser. La cuestión es: ¿Cómo puede el hombre encontrar ese contacto con Dios, que es fundamental, sin morir arrollado por la grandeza del ser divino? La fe de la Iglesia nos dice que Dios mismo crea este contacto, que nos transforma poco a poco en verdaderas imágenes de Dios.

Así llegamos de nuevo a la tarea del sacerdote de «santificar». Ningún hombre por sí mismo, partiendo de sus propias fuerzas, puede poner a otro en contacto con Dios. El don, la tarea de crear este contacto, es parte esencial de la gracia del sacerdocio. Esto se realiza en el anuncio de la Palabra de Dios, en la que su luz nos sale al encuentro. Se realiza de un modo particularmente denso en los sacramentos. La inmersión en el Misterio pascual de muerte y resurrección de Cristo acontece en el Bautismo, se refuerza en la Confirmación y en la Reconciliación, se alimenta en la Eucaristía, sacramento que edifica a la Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo (cf. Juan Pablo II, *Pastores gregis*, 32). Por tanto, es Cristo mismo quien nos hace santos, es decir, nos atrae a la esfera de Dios. Pero como acto de su infinita misericordia llama a algunos a «estar» con él (cf. *Mc* 3, 14) y a convertirse, mediante el sacramento del Orden, pese a su pobreza humana, en partícipes de su mismo sacerdocio, ministros de esta san-

tificación, dispensadores de sus misterios, «puentes» del encuentro con él, de su mediación entre Dios y los hombres, y entre los hombres y Dios (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5).

En las últimas décadas ha habido tendencias orientadas a hacer prevalecer, en la identidad y la misión del sacerdote, la dimensión del anuncio, separándola de la de la santificación; con frecuencia se ha afirmado que sería necesario superar una pastoral meramente sacramental. Pero ¿es posible ejercer auténticamente el ministerio sacerdotal «superando» la pastoral sacramental? ¿Qué significa propiamente para los sacerdotes evangelizar? ¿En qué consiste el así llamado «primado del anuncio»? Como narran los Evangelios, Jesús afirma que el anuncio del reino de Dios es el objetivo de su misión; pero este anuncio no es sólo un «discurso», sino que incluye, al mismo tiempo, su mismo actuar; los signos, los milagros que Jesús realiza indican que el Reino viene como realidad presente y que coincide en última instancia con su persona, con el don de sí mismo, como hemos escuchado hoy en la liturgia del Evangelio. Y lo mismo vale para el ministro ordenado: él, el sacerdote, representa a Cristo, al Enviado del Padre, continúa su misión, mediante la «palabra» y el «sacramento», en esta totalidad de cuerpo y alma, de signo y palabra. San Agustín, en una carta al obispo Honorato de Thiabe, refiriéndose a los sacerdotes afirma: «Hagan, por tanto, los servidores de Cristo, los ministros de la palabra y del sacramento de él, lo que él mandó o permitió» (Epist.228, 2). Es necesario reflexionar si, en algunos casos, haber subestimado el ejercicio fiel del *munus sanctificandi*, no ha constituido quizá un debilitamiento de la fe misma en la eficacia salvífica de los sacramentos y, en definitiva, en el obrar actual de Cristo y de su Espíritu, a través de la Iglesia, en el mundo.

Por consiguiente, ¿quién salva al mundo y al hombre? La única respuesta que podemos dar es: Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado. Y ¿dónde se actualiza el Misterio de la muerte y resurrección de Cristo, que trae la salvación? En la acción de Cristo mediante la Iglesia, en particular en el sacramento de la Eucaristía, que hace presente la ofrenda sacrificial redentora del Hijo de Dios; en el sacramento de la Reconciliación, en el que de la muerte del pecado se vuelve a la vida nueva; y en cualquier otro acto sacramental de santificación (cf. *Presbyterorum*

ordinis, 5). Es importante, por tanto, promover una catequesis adecuada para ayudar a los fieles a comprender el valor de los sacramentos, pero asimismo es necesario, siguiendo el ejemplo del santo cura de Ars, ser generosos, estar disponibles y atentos para comunicar a los hermanos los tesoros de gracia que Dios ha puesto en nuestras manos, y de los cuales no somos «dueños», sino custodios y administradores. Sobre todo en nuestro tiempo, en el cual, por un lado, parece que la fe se va debilitando y, por otro, emergen una profunda necesidad y una búsqueda generalizada de espiritualidad, es preciso que todo sacerdote recuerde que en su misión el anuncio misionero y el culto y los sacramentos nunca van separados, y promueva una sana pastoral sacramental, para formar al pueblo de Dios y ayudarlo a vivir en plenitud la liturgia, el culto de la Iglesia, los sacramentos como dones gratuitos de Dios, actos libres y eficaces de su acción de salvación.

Como recordé en la santa Misa crismal de este año: *«El sacramento es el centro del culto de la Iglesia. Sacramento significa, en primer lugar, que no somos los hombres los que hacemos algo, sino que es Dios el que se anticipa y viene a nuestro encuentro con su actuar, nos mira y nos conduce hacia él. (...) Dios nos toca por medio de realidades materiales (...) que él toma a su servicio, convirtiéndolas en instrumentos del encuentro entre nosotros y él mismo»* (Misa crismal, 1 de abril de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de abril de 2010, p. 2). *La verdad según la cual en el sacramento «no somos los hombres los que hacemos algo» concierne, y debe concernir, también a la conciencia sacerdotal: cada presbítero sabe bien que es instrumento necesario para la acción salvífica de Dios, pero siempre instrumento. Esta conciencia debe llevar a ser humildes y generosos en la administración de los Sacramentos, en el respeto de las normas canónicas, pero también en la profunda convicción de que la propia misión es hacer que todos los hombres, unidos a Cristo, puedan ofrecerse como hostia viva y santa, agradable a Dios (cf. Rm 12, 1). San Juan María Vianney también es ejemplar acerca del primado del munus santificandi y de la correcta interpretación de la pastoral sacramental: Un día, frente a un hombre que decía que no tenía fe y deseaba discutir con él, el párroco respondió: «¡Oh Amigo mío!, vas mal encaminado, yo no*

*sé razonar..., pero si necesitas consolación, ponte allí... (indicaba con su dedo el inexorable escabel [del confesionario]) y, créeme, muchos se han arrodillado allí antes que tú y no se han arrepentido» (cf. Monnin A., *Il Curato d'Ars. Vita di Gian-Battista-Maria Vianney, vol. I, Turín 1870, pp. 163-164*).*

Queridos sacerdotes, vivid con alegría y con amor la liturgia y el culto: es acción que Cristo resucitado realiza con la potencia del Espíritu Santo en nosotros, con nosotros y por nosotros. Quiero renovar la invitación que hice recientemente a «volver al confesionario, como lugar en el cual celebrar el sacramento de la Reconciliación, pero también como lugar en el que “habitar” más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la Misericordia divina, junto a la presencia real en la Eucaristía» (*Discurso a la Penitenciaría apostólica*, 11 de marzo de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de marzo de 2010, p. 5). Y también quiero invitar a todos los sacerdotes a celebrar y vivir con intensidad la Eucaristía, que está en el centro de la tarea de santificar; es Jesús que quiere estar con nosotros, vivir en nosotros, darse a sí mismo, mostrarnos la infinita misericordia y ternura de Dios; es el único Sacrificio de amor de Cristo que se hace presente, se realiza entre nosotros y llega hasta el trono de la Gracia, a la presencia de Dios, abraza a la humanidad y nos une a él (cf. *Discurso al clero de Roma*, 18 de febrero de 2010). Y el sacerdote está llamado a ser ministro de este gran Misterio, en el sacramento y en la vida. Aunque «la gran tradición eclesial con razón ha desvinculado la eficacia sacramental de la situación existencial concreta del sacerdote, salvaguardando así adecuadamente las legítimas expectativas de los fieles», eso no quita nada «a la necesaria, más aún, indispensable tensión hacia la perfección moral, que debe existir en todo corazón auténticamente sacerdotal»: el pueblo de Dios espera de sus pastores también un ejemplo de fe y un testimonio de santidad (cf. *Discurso a la plenaria de la Congregación para el clero*, 16 de marzo de 2009: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de marzo de 2009, p. 5). En la celebración de los santos misterios es donde el sacerdote encuentra la raíz de su santificación (cf. *Presbyterorum ordinis*, 12-13).

Queridos amigos, sed conscientes del gran don que los sacerdotes constituyen para la Iglesia y para el mundo; mediante su ministerio, el Señor sigue salvando a los hombres, haciéndose presente, santificando. Estad agradecidos a Dios, y sobre todo estad cerca de vuestros sacerdotes con la oración y con el apoyo, especialmente en las dificultades, a fin de que sean cada vez más pastores según el corazón de Dios. Muchas gracias.

Sobre la misión de gobernar como servicio a la comunidad³

El Año Sacerdotal llega a su fin; por eso he empezado en las últimas catequesis a hablar sobre tareas esenciales del sacerdote, es decir: enseñar, santificar y gobernar. Ya he dado dos catequesis: una sobre el ministerio de la santificación, sobre todo los Sacramentos, y otra sobre la enseñanza. Por tanto, me queda hoy hablar sobre la misión del sacerdote de gobernar, de guiar, con la autoridad de Cristo, no con la propia, la porción del Pueblo que Dios le ha confiado.

¿Cómo comprender en la cultura contemporánea una dimensión así, que implica el concepto de autoridad y tiene su origen en el mismo mandato del Señor de apacentar su grey? ¿Qué es realmente, para nosotros los cristianos, la autoridad? Las experiencias culturales, políticas e históricas del pasado reciente, sobre todo las dictaduras en la Europa del Este y del Oeste en el siglo XX, han hecho al hombre contemporáneo sospechar de este concepto. Una sospecha que, a menudo, se traduce en considerar necesario el abandono de toda autoridad, que no venga exclusivamente de los hombres y esté ante ellos, controlada por ellos. Pero precisamente la mirada a los regímenes que, en el siglo pasado, sembraron terror y muerte, recuerda con fuerza que la autoridad, en todo ámbito, cuando se ejercita sin una referencia a lo Trascendente, si prescinde de la Autoridad suprema, que es Dios, acaba inevitablemente volviéndose contra el hombre. Es importante entonces reconocer que la autoridad humana nunca es un fin, sino siempre y sólo un medio y que, necesariamente y en toda época, el fin es siempre la persona, creada por Dios con su propia dignidad intangible y llamada a relacionarse con su propio Creador, en el camino

³ Discurso de S.S. Benedicto XVI en la Audiencia General del miércoles 26 de mayo de 2010

terreno de la existencia y en la vida eterna; es una autoridad ejercitada en la responsabilidad ante Dios, el Creador. Una autoridad entendida así, que tiene como único objetivo servir al verdadero bien de la persona y ser transparencia del único Sumo Bien que es Dios, no sólo no es extraña a los hombres, sino, al contrario, es una preciosa ayuda en el camino hacia la plena realización en Cristo, hacia la salvación.

La Iglesia está llamada y se compromete a ejercitar este tipo de autoridad que es servicio, y la ejercita no a título propio, sino en el nombre de Jesucristo, que ha recibido del Padre todo poder en el Cielo y en la tierra (cf *Mt 28,18*). A través de los Pastores de la Iglesia, de hecho, Cristo apacienta a su grey: es Él quien la guía, la protege, la corrige, porque la ama profundamente. Pero el Señor Jesús, Pastor supremo de nuestras almas, ha querido que el Colegio Apostólico, hoy los Obispos, en comunión con el Sucesor de Pedro, y los sacerdotes, sus más preciosos colaboradores, participaran en esta misión suya de cuidar del Pueblo de Dios, de ser educadores en la fe, orientando, animando y sosteniendo a la comunidad cristiana, o, como dice el Concilio, "cuidando, sobre todo, de que cada uno de los fieles sea guiado en el Espíritu Santo a vivir según el Evangelio su propia vocación, a practicar una caridad sincera y de obras y a ejercitar esa libertad con la que Cristo nos ha liberado (*Presbyterorum Ordinis*, 6). Todo Pastor, por tanto, es el medio a través del cual Cristo mismo ama a los hombres: mediante su ministerio –queridos sacerdotes– a través de nosotros el Señor reúne las almas, las instruye, las custodia, las guía. San Agustín, en su *Comentario al Evangelio de san Juan*, dice: "Sea por tanto compromiso de amor apacientar la grey del Señor" (123,5); ésta es la norma suprema de conducta de los ministros de Dios, un amor incondicional, como el del Buen Pastor, lleno de alegría, abierto a todos, atento a los cercanos y a los alejados (cf S. Agustín, *Discurso 340*, 1; *Discurso 46*, 15), delicado con los más débiles, los pequeños, los sencillos, los pecadores, para manifestar la infinita misericordia de Dios con las palabras tranquilizadoras de la esperanza (cf *Id.*, *Carta 95*, 1). Aunque esa tarea pastoral está basada en el Sacramento, su eficacia no es independiente de la existencia personal del presbítero. Para ser Pastor según el corazón de Dios (cf *Jr 3*, 15) es necesario un profundo arraigo en la viva amistad con Cristo, no sólo de la inteligencia, sino también de la libertad y de la voluntad, una

clara conciencia de la identidad recibida en la Ordenación Sacerdotal, una disponibilidad incondicional a conducir a la grey confiada allá donde el Señor quiere y no en la dirección que, aparentemente, para más conveniente o más fácil. Esto requiere, en primer lugar, la continua y progresiva disponibilidad para dejar que Cristo mismo gobierne la existencia sacerdotal de los presbíteros. De hecho, nadie es capaz de apacentar la grey de Cristo, si no vive una profunda y real obediencia a Cristo y a la Iglesia, y la misma docilidad del Pueblo a sus sacerdotes depende de la docilidad de los sacerdotes a Cristo; por eso, en la base del ministerio pastoral está siempre el encuentro personal y constante con el Señor, el conocimiento profundo de Él, el conformar la propia voluntad a la voluntad de Cristo.

En las últimas décadas, se ha utilizado a menudo el adjetivo "pastoral" casi en oposición al concepto de "jerárquico", así como, en la misma contraposición, se ha interpretado también la idea de "comunión". Y quizás en este punto puede ser útil una breve observación sobre la palabra "jerarquía", que es la designación tradicional de la estructura de autoridad sacramental en la Iglesia, ordenada según los tres niveles del Sacramento del orden, episcopado, presbiterado, diaconado. En la opinión pública prevalece, en esta realidad "jerarquía", el elemento de subordinación y el elemento jurídico: por eso a muchos la idea de jerarquía les parece en contraste con la flexibilidad y la vitalidad del sentido pastoral y también contraria a la humildad del Evangelio. Pero éste es un sentido mal entendido de la jerarquía, históricamente también causado por abusos de autoridad y de hacer carrera, que son precisamente abusos y no derivan del ser mismo de la realidad "jerarquía". La opinión común es que "jerarquía" es siempre algo ligado al dominio y así no correspondiente al verdadero sentido de la Iglesia, de la unidad en el amor de Cristo. Pero, como he dicho, ésta es una interpretación errónea, que tiene su origen en abusos de la historia, pero no responde al verdadero significado de lo que es la jerarquía. Empecemos por la palabra. Generalmente, se dice que el significado de la palabra jerarquía sería "sagrado dominio", pero el verdadero significado no es éste, es "sagrado origen", es decir: esta autoridad no viene del hombre mismo, sino que tiene su origen en lo sagrado, en el Sacramento; somete por tanto la persona a la vocación, al misterio de Cristo, hace del individuo un servidor de Cristo y sólo en cuanto siervo de Cristo éste puede gobernar, guiar por

Cristo y con Cristo. Por eso quien entra en el sagrado Orden del Sacramento, la "jerarquía", no es un autócrata, sino que entra en un lazo nuevo de obediencia a Cristo: está ligado a Él en comunión con los demás miembros del Orden sagrado, del Sacerdocio. Y tampoco el Papa –punto de referencia de todos los demás Pastores y de la comunión de la Iglesia– puede hacer lo que quiera; al contrario, el Papa es custodio de la obediencia a Cristo, a su palabra resumida en la *regula fidei*, en el Credo de la Iglesia, y debe preceder en la obediencia a Cristo y a su Iglesia. Jerarquía implica por tanto un triple lazo: primero de todo el que le une con Cristo y con el orden dado por el Señor a su Iglesia; después el lazo con los demás Pastores en la única comunión de la Iglesia; y, finalmente, el lazo con los fieles confiados al individuo, en el orden de la Iglesia.

Por tanto, se entiende que comunión y jerarquía no son contrarias una de la otra, sino que se condicionan. Son juntas una sola cosa (comunión jerárquica). El Pastor es por tanto propiamente tal guiando y custodiando a la grey, y a veces impidiendo que se disperse. Sin una visión claramente y explícitamente sobrenatural, no es comprensible la tarea de gobernar propia de los sacerdotes. Ésta, en cambio, sostenida por el verdadero amor por la salvación de cada uno de los fieles, es particularmente preciosa y necesaria también en nuestro tiempo. Si el fin es llevar el anuncio de Cristo y conducir a los hombres al encuentro salvífico con Él para que tengan la vida, la tarea de guiar se configura como un servicio vivido en una donación total para la edificación de la grey en la verdad y en la santidad, a menudo yendo a contracorriente y recordando que el más grande debe hacerse como el más pequeño, y el que gobierna, como el que sirve (cf *Lumen gentium*, 27).

¿Dónde puede encontrar hoy un sacerdote la fuerza para tal ejercicio del propio ministerio, en la plena fidelidad a Cristo y a la Iglesia, con una dedicación total a la grey? La respuesta es sólo una: en Cristo Señor. La manera de gobernar de Jesús no es la del dominio, sino es el humilde y amoroso servicio del Lavatorio de los pies, y la realeza de Cristo sobre el universo no es un triunfo terreno, sino que encuentra su culmen en el leño de la Cruz, que se convierte en juicio para el mundo y punto de referencia para el ejercicio de una autoridad que sea verdadera expresión de la caridad pastoral. Los santos, y entre ellos san Juan María Vianney, han ejercitado con amor y dedicación la tarea de cuidar la porción del

Pueblo de Dios a ellos confiada, mostrando también ser hombres fuertes y determinados, con el único objetivo de promover el verdadero bien de las almas, capaces de pagar en persona, hasta el martirio, para permanecer fieles a la verdad y a la justicia del Evangelio.

Queridos sacerdotes, "apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados sino voluntariamente (...), siendo modelos de la grey (1 P 5,2). Por tanto, no tengáis miedo de guiar a Cristo a cada uno de los hermanos que Él os ha confiado, seguros de que cada palabra y cada actitud, si descienden de la obediencia a la voluntad de Dios, traerán fruto; sabed vivir apreciando los méritos y reconociendo los límites de la cultura en la que estamos insertos, con la firme certeza de que el anuncio del Evangelio es el mayor servicio que se puede hacer al hombre. No hay, de hecho, bien más grande, en esta vida terrena, que conducir a los hombres a Dios, avivar la fe, levantar al hombre de la inercia y de la desesperación, dar la esperanza de que Dios está cerca y guía la historia personal y del mundo: éste, en definitiva, es el sentido profundo y último de la tarea de gobernar que el Señor nos ha confiado. Se trata de formar a Cristo en los creyentes, a través de ese proceso de santificación que es conversión de los criterios, de la escala de valores, de las actitudes, para dejar que Cristo viva en cada fiel. San Pablo resume así su acción pastoral: "hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parte hasta ver a Cristo formado en vosotros" (Gal 4, 19).

Queridos hermanos y hermanas, querría invitaros a rezar por mí, Sucesor de Pedro, que tengo una tarea específica en el gobierno de la Iglesia de Cristo, así como por todos vuestros Obispos y sacerdotes. Rezad para que sepamos cuidar de todas las ovejas, también las perdidas, de la grey confiada a nosotros. A vosotros, queridos sacerdotes, dirijo una cordial invitación a las Celebraciones conclusivas del Año Sacerdotal, los próximos 9, 10 y 11 de junio, aquí en Roma: meditaremos sobre la conversión y sobre la misión, sobre el don del Espíritu Santo y sobre la relación con María Santísima, y renovaremos nuestras promesas sacerdotales, apoyados por todo el Pueblo de Dios. ¡Gracias!

Benedictus PP XVI

LIBRES PARA LLEVAR A LA SOCIEDAD MODERNA A JESÚS¹

Queridos hermanos y hermanas:

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envié Dios a su Hijo, nacido de mujer [...] para que recibiéramos la filiación adoptiva” (*Gálatas* 4, 4.5). La plenitud de los tiempos llegó, cuando el Eterno irrumpió en el tiempo: por obra y gracia del Espíritu Santo, el Hijo del Altísimo fue concebido y se hizo hombre en el seno de una mujer: la Virgen Madre, modelo excelso de la Iglesia creyente. Ella no deja de engendrar nuevos hijos en el Hijo, que el Padre ha querido como primogénito de muchos hermanos. Cada uno de nosotros está llamado a ser, con María y como María, un signo humilde y sencillo de la Iglesia que continuamente se ofrece como esposa en las manos de su Señor.

A todos vosotros, que habéis entregado vuestras vidas a Cristo, deseo expresaros esta tarde el aprecio y el reconocimiento de la Iglesia. Gracias por vuestro testimonio a menudo silencioso y para nada fácil; gracias por vuestra fidelidad al Evangelio y a la Iglesia. En Jesús presente en la Eucaristía, abrazo a mis hermanos en el sacerdocio y el diaconado, a las consagradas y consagrados, a los seminaristas y a los miembros de los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales aquí presentes. Que el Señor recompense, como sólo Él sabe y puede hacerlo, a todos los que han hecho posible que nos encontremos aquí ante Jesús Eucaristía, en particular a la Comisión Episcopal para las Vocaciones y los Ministerios, con su presidente, monseñor Antonio Santos, al que agradezco sus palabras llenas de afecto colegial y fraterno pronunciadas al inicio de estas vísperas. En este “cenáculo” de fe que es Fátima, la Virgen Madre nos indica el camino para nuestra oblación pura y santa en las manos del Padre.

¹ Homilía pronunciada por S.S. Benedicto XVI el 12 de mayo en la iglesia de la Santísima Trinidad de Fátima durante el rezo de vísperas con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas con motivo de su viaje pastoral a Portugal.

Permitidme que os abra mi corazón para deciros que la principal preocupación de cada cristiano, especialmente de la persona consagrada y del ministro del altar, debe ser la fidelidad, la lealtad a la propia vocación, como discípulo que quiere seguir al Señor. La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor; de un amor coherente, verdadero y profundo a Cristo Sacerdote. "Si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial" (Juan Pablo II, *Novo millenio ineunte*, 31). Que, en este Año Sacerdotal que se acerca ya a su fin, desciendan sobre todos vosotros abundantes gracias para que viváis el gozo de la consagración y testimoniéis la fidelidad sacerdotal fundada en la fidelidad de Cristo. Esto supone evidentemente una auténtica intimidad con Cristo en la oración, ya que la experiencia fuerte e intensa del amor del Señor llevará a los sacerdotes y a los consagrados a corresponder de un modo exclusivo y esponsal a su amor.

Esta vida de especial consagración nació como memoria evangélica para el pueblo de Dios, memoria que manifiesta, certifica y anuncia a toda la Iglesia la radicalidad evangélica y la venida del Reino. Por lo tanto, queridos consagrados y consagradas, con vuestra entrega a la oración, a la ascesis, al progreso en la vida espiritual, a la acción apostólica y a la misión, tended a la Jerusalén celeste, anticipad la Iglesia escatológica, firme en la posesión y en la contemplación amorosa del Dios Amor. Este testimonio es muy necesario en el momento presente. Muchos de nuestros hermanos viven como si no existiese el más allá, sin preocuparse de la propia salvación eterna. Todos los hombres están llamados a conocer y a amar a Dios, y la Iglesia tiene como misión ayudarles en esta vocación. Sabemos bien que Dios es el dueño de sus dones, y que la conversión de los hombres es una gracia. Pero nosotros somos responsables del anuncio de la fe, en su integridad y con sus exigencias. Queridos amigos, imitemos al cura de Ars que rezaba así al buen Dios: "Concédeme la conversión de mi parroquia, y yo acepto sufrir todo lo que Tú quieras durante el resto de mi vida". Él hizo todo lo posible por sacar a las personas de la tibieza y conducir las al amor.

Hay una solidaridad profunda entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo: no es posible amarlo sin amar a sus hermanos. Juan María Vianney quiso ser sacerdote precisamente para su salvación: "Ganar la almas para el buen Dios", declaraba al anunciar su vocación con 18 años de edad, así como Pablo decía: "Ganar a todos los que pueda" (1 *Corintios* 9,19). El vicario general le había dicho: "No hay mucho amor de Dios en la parroquia, usted lo pondrá". Y, en su pasión sacerdotal, el santo párroco era misericordioso como Jesús en el encuentro con cada pecador. Prefería insistir en el aspecto atrayente de la virtud, en la misericordia de Dios, en cuya presencia nuestros pecados son "granos de arena". Presentaba la ternura de Dios ofendida. Temía que los sacerdotes se volvieran "insensibles" y se acostumbraran a la indiferencia de sus fieles: "Ay del Pastor –advertía– que permanece en silencio viendo cómo se ofende a Dios y las almas se pierden".

Amados hermanos sacerdotes, en este lugar que María ha hecho tan especial, teniendo ante nuestros ojos su vocación de fiel discípula de su Hijo Jesús, desde su concepción hasta la Cruz y después en el camino de la Iglesia naciente, considerad la extraordinaria gracia de vuestro sacerdocio. La fidelidad a la propia vocación exige valentía y confianza, pero el Señor también quiere que sepáis unir vuestras fuerzas; sed solícitos unos con otros, apoyándoos fraternalmente. Los momentos de oración y estudio en común, compartir las exigencias de la vida y del trabajo sacerdotal, son una parte necesaria de vuestra existencia. Cuánto bien os hace esa acogida mutua en vuestras casas, con la paz de Cristo en vuestros corazones. Qué importante es que os ayudéis mutuamente con la oración, con consejos útiles y con el discernimiento. Prestad una atención particular a las situaciones que debilitan de alguna manera los ideales sacerdotales o la entrega a actividades que no concuerdan del todo con lo que es propio de un ministro de Jesucristo. Por lo tanto, asumid como una necesidad actual, junto al calor de la fraternidad, la actitud firme de un hermano que ayuda a otro hermano a "permanecer en pie".

Aunque el sacerdocio de Cristo es eterno (Cf. *Hebreos* 5,6), la vida de los sacerdotes es limitada. Cristo quiere que otros, a lo largo de los siglos, perpetúen el sacerdocio ministerial instituido por Él. Por lo tanto, mantened en vuestro interior y a vuestro alrededor el anhelo por suscitar entre

los fieles –colaborando con la gracia del Espíritu Santo– nuevas vocaciones sacerdotales. La oración confiada y perseverante, el amor gozoso a la propia vocación y la dedicación a la dirección espiritual os ayudará a discernir el carisma vocacional en aquellos que Dios llama.

Queridos seminaristas, que ya habéis dado el primer paso hacia el sacerdocio y os estáis preparando en el Seminario Mayor o en las Casas de Formación religiosa, el Papa os anima a ser conscientes de la gran responsabilidad que tendréis que asumir: examinad bien las intenciones y motivaciones; dedicaos con entusiasmo y con espíritu generoso a vuestra formación. La Eucaristía, centro de la vida del cristiano y escuela de humildad y de servicio, debe ser el objeto principal de vuestro amor. La adoración, la piedad y la atención al Santísimo Sacramento, a lo largo de estos años de preparación, harán que un día celebréis el sacrificio del Altar con verdadera y edificante unción.

En este camino de fidelidad, amados sacerdotes y diáconos, consagrados y consagradas, seminaristas y laicos comprometidos, nos guía y acompaña la bienaventurada Virgen María. Con Ella y como Ella somos libres para ser santos; libres para ser pobres, castos y obedientes; libres para todos, porque estamos desprendidos de todo; libres de nosotros mismos para que en cada uno crezca Cristo, verdadero consagrado al Padre y Pastor al cual los sacerdotes, siendo presencia suya, prestan su voz y sus gestos; libres para llevar a la sociedad moderna a Jesús muerto y resucitado, que permanece con nosotros hasta el final de los siglos y se da a todos en la Santísima Eucaristía.

Benedictus PP XVI

BENEDICTO XVI CON LOS OBISPOS PORTUGUESES¹

Venerados y queridos hermanos en el episcopado:

Doy gracias a Dios por la oportunidad que me ha concedido de encontrarme con todos vosotros aquí, en el Santuario de Fátima, corazón espiritual de Portugal, donde multitudes de peregrinos, provenientes de los más diversos lugares de la tierra, buscan recuperar o fortalecer en sí mismos la certidumbre del Cielo. Entre ellos, ha venido de Roma el Sucesor de Pedro, acogiendo las reiteradas invitaciones y movido por una deuda de gratitud con la Virgen María, quien precisamente aquí ha transmitido a sus videntes y a los peregrinos un amor intenso por el Santo Padre, que fructifica en una vigorosa muchedumbre que reza con Jesús a la cabeza: Pedro, “yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos” (*Lucas 22,32*).

Como veis, el Papa necesita abrirse cada vez más al misterio de la Cruz, abrazándola como única esperanza y última vía para ganar y reunir en el Crucificado a todos sus hermanos y hermanas en humanidad. En obediencia a la Palabra de Dios, está llamado a vivir, no para sí mismo, sino para que Dios esté presente en el mundo. Me conforta la determinación con la que también vosotros me seguís de cerca, sin otro temor que el de perder la salvación eterna de vuestro pueblo, como muestran bien las palabras con las que monseñor. Jorge Ortiga ha querido saludar mi llegada entre vosotros, y dar testimonio de la fidelidad incondicional de los Obispos de Portugal al sucesor de Pedro. Os lo agradezco de corazón. Gracias también por todo el cuidado que habéis puesto en la organización de esta visita mía. Que Dios os lo pague derramando abundantemente el Espíritu Santo sobre vosotros y vuestras diócesis, para que, con un solo corazón y una sola alma, podáis llevar a cabo el cometido pastoral que os

¹ Discurso pronunciado el 13 de mayo en su encuentro con los obispos en Fátima, durante su viaje pastoral a Portugal.

habéis propuesto de ofrecer a cada fiel una iniciación cristiana exigente y fascinante, que comunique la integridad de la fe y de la espiritualidad, enraizada en el Evangelio y formadora de agentes libres en medio de la vida pública.

Verdaderamente, los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo. Se necesitan auténticos testigos de Jesucristo, especialmente en aquellos ambientes humanos donde el silencio de la fe es más amplio y profundo: entre los políticos, intelectuales, profesionales de los medios de comunicación, que profesan y promueven una propuesta monocultural, desdeñando la dimensión religiosa y contemplativa de la vida. En dichos ámbitos, hay muchos creyentes que se avergüenzan y dan una mano al secularismo, que levanta barreras a la inspiración cristiana. Mientras tanto, queridos hermanos, quienes defienden con valor en estos ambientes un vigoroso pensamiento católico, fiel al Magisterio, han de seguir recibiendo vuestro estímulo y vuestra palabra esclarecedora, para vivir la libertad cristiana como fieles laicos.

Mantened viva en el escenario del mundo de hoy la dimensión profética, sin mordazas, porque "la palabra de Dios no está encadenada" (2 *Timoteo* 2,9). Las gentes invocan la Buena Nueva de Jesucristo, que da sentido a sus vidas y salvaguarda su dignidad. En cuanto primeros evangelizadores, os será útil conocer y comprender los diversos factores sociales y culturales, sopesar las necesidades espirituales y programar eficazmente los recursos pastorales; pero lo decisivo es llegar a inculcar en todos los agentes de la evangelización un verdadero afán de santidad, sabiendo que el resultado proviene sobre todo de la unión con Cristo y de la acción de su Espíritu.

En efecto, cuando según la opinión de muchos la fe católica ha dejado de ser patrimonio común de la sociedad, y se la ve a menudo como una semilla acechada y ofuscada por "divinidades" y por los señores de este mundo, será muy difícil que la fe llegue a los corazones mediante simples disquisiciones o moralismos, y menos aún a través de genéricas referencias a los valores cristianos. El llamamiento valiente a los principios en su integridad es esencial e indispensable; no obstante, el mero enunciado del

mensaje no llega al fondo del corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él. Me vienen a la mente aquellas palabras del Papa Juan Pablo II: “La Iglesia tiene necesidad sobre todo de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los ‘fieles de Cristo’, porque de la santidad nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y del seguimiento cristiano, una reactualización vital y fecunda del cristianismo en el encuentro con las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana y de la cultura de las naciones” (Discurso en el vigésimo aniversario de la promulgación del decreto conciliar *Apostolicam actuositatem*, 18 noviembre 1985). Alguno podría decir: “La Iglesia tiene necesidad de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad..., pero no los hay”.

A este respecto, os confieso la agradable sorpresa que he tenido al encontrarme con los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales. Al observarlos, he tenido la alegría y la gracia de ver cómo, en un momento de fatiga de la Iglesia, en un momento en que se hablaba de “invierno de la Iglesia”, el Espíritu Santo creaba una nueva primavera, despertando en jóvenes y adultos la alegría de ser cristianos, de vivir en la Iglesia, que es el Cuerpo vivo de Cristo. Gracias a los carismas, la radicalidad del Evangelio, el contenido objetivo de la fe, la corriente viva de su tradición se comunican de manera persuasiva y son acogidos como experiencia personal, como adhesión libre a todo lo que encierra el misterio de Cristo.

Naturalmente, es condición necesaria el que estas nuevas realidades quieran vivir en la Iglesia común, si bien con espacios en cierto modo reservados para su vida, de manera que ésta sea después fecunda para todos los demás. Quienes viven un carisma particular, han de sentirse fundamentalmente responsables de la comunión, de la fe común de la Iglesia, y deben someterse a la guía de los Pastores. Éstos son quienes han de asegurar la eclesialidad de los movimientos. Los pastores no son sólo personas que ocupan un cargo, sino que ellos mismos son portadores de carismas, son responsables de la apertura de la Iglesia a la acción del Espíritu Santo. Nosotros, los obispos, estamos ungidos por el Espíritu Santo en el sacramento y, por tanto, el sacramento nos asegura también la apertura a

sus dones. De este modo, por un lado, hemos de sentir la responsabilidad de acoger estos impulsos que son un don para la Iglesia y le dan nueva vitalidad, pero, por otro, hemos de ayudar también a los movimientos a encontrar el camino justo, haciendo correcciones con comprensión, esa comprensión espiritual y humana que sabe aunar la guía, el reconocimiento y una cierta apertura y disponibilidad para aprender.

Decid o reiterad precisamente esto a vuestros presbíteros. En este Año Sacerdotal, que está llegando a su conclusión, descubrid de nuevo, queridos hermanos, la paternidad episcopal sobre todo respecto a vuestro clero. Se ha relegado a un segundo plano durante demasiado tiempo la responsabilidad de la autoridad como servicio para el crecimiento de los demás y, antes que nadie, de los sacerdotes. Ellos están llamados a servir en su ministerio pastoral integrados en una acción pastoral de comunión o de conjunto, como nos recuerda el decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis*: "Ningún presbítero, por tanto, puede realizar bien su misión de manera aislada e individualista, sino únicamente juntando sus fuerzas con otros presbíteros bajo la dirección de los que presiden la Iglesia" (n. 7). Esto no quiere decir volver al pasado, ni un simple retorno a los orígenes, sino recuperar el fervor de los orígenes, la alegría del comienzo de la experiencia cristiana, haciéndose acompañar por Cristo como los "discípulos de Emaús" el día de Pascua, dejando que su palabra nos encienda el corazón, que el "pan partido" abra nuestros ojos a la contemplación de su rostro. Sólo de este modo el fuego de su amor será suficientemente ardiente para impulsar a todo fiel cristiano a convertirse en dispensador de luz y de vida en la Iglesia y entre los hombres.

Antes de concluir, me gustaría pedirlos, como presidentes y ministros de la caridad en la Iglesia, que deis nuevo vigor en vosotros mismos y en vuestro entorno a sentimientos de misericordia y compasión, capaces de responder a situaciones de graves carencias en la sociedad. Que se instituyan organizaciones y se perfeccionen las ya existentes, para que puedan responder con creatividad a todas las pobreza, incluida la de la falta de sentido de la vida y la ausencia de esperanza. Es muy loable el esfuerzo que hacéis para ayudar a las diócesis más necesitadas, especialmente en los países de habla portuguesa. Que las dificultades que ahora se hacen sentir mayormente no os debiliten en la lógica del don. Que siga siendo

muy vivo en el País vuestro testimonio de profetas de justicia y de paz, defensores de los derechos inalienables de la persona, uniendo vuestra voz a la de los más débiles, a los que sabiamente habéis motivado a que tengan su propia voz, sin temer nunca levantar vuestra voz en favor de los oprimidos, los humillados y maltratados.

A la vez que os encomiendo a Nuestra Señora de Fátima, pidiéndole que os sostenga maternalmente en los retos que se os presentan, para que seáis promotores de una cultura y una espiritualidad de caridad y de paz, de esperanza y justicia, de fe y de servicio, os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que se extiende a vuestros familiares y a vuestras comunidades diocesanas.

COLOQUIO QUE BENEDICTO XVI MANTUVO CON CINCO SACERDOTES

en representación de los miles de presbíteros presentes el pasado jueves 10 de junio en la Vigilia de Clausura del Año Sacerdotal, en la Plaza de San Pedro.

América: *Beatísimo Padre: Soy el sacerdote José Eduardo Oliveira y Silva, y vengo de América, concretamente del Brasil. La mayoría de los aquí presentes trabajamos en la pastoral directa, en la parroquia, y no sólo con una comunidad, sino que a veces somos ya párrocos de varias parroquias o de comunidades bastante extendidas. Con toda nuestra buena voluntad, tratamos de atender las necesidades de una sociedad que ha cambiado mucho, que ya no es totalmente cristiana, pero nos damos cuenta de que nuestro «hacer» no es suficiente. ¿Hacia dónde ir, Santidad? ¿En qué dirección?*

Benedicto XVI: Queridos amigos: Ante todo, quisiera expresar mi gran alegría por ver aquí reunidos a sacerdotes de todas las regiones del mundo, con la alegría de nuestra vocación y dispuestos a servir con todas nuestras fuerzas al Señor en este tiempo nuestro. En relación con su pregunta, soy muy consciente de que hoy resulta muy difícil ser párroco, también –y sobre todo– en los países de antigua cristiandad; las parroquias abarcan cada vez más, las unidades pastorales... resulta imposible conocer a todos, resulta imposible hacer todas las actividades que cabría esperar de un párroco. Y así, realmente, nos preguntamos adónde ir, como usted ha dicho. Pero quisiera decir ante todo: sé que hay muchos párrocos en el mundo que ponen realmente todas sus fuerzas al servicio de la evangelización, de la presencia del Señor y de sus sacramentos, y a esos párrocos fieles, que trabajan con todas las fuerzas de su vida, de nuestro ser apasionados de Cristo, quisiera transmitirles, en este momento, mi gran agradecimiento. He dicho que no es posible hacer todo lo que se desea y que

tal vez debería hacerse, porque nuestras fuerzas son limitadas y las situaciones se vuelven difíciles en una sociedad cada vez más diversificada, más complicada. Pienso, sobre todo, en la importancia de que los fieles puedan ver que ese sacerdote no se limita a desempeñar un empleo durante unas horas de trabajo, y después queda libre y vive tan sólo para sí mismo, sino que es un hombre apasionado por Cristo, que lleva en sí el fuego del amor de Cristo. Si los fieles ven que está lleno de la alegría del Señor, entienden también que no puede hacerlo todo, aceptan sus limitaciones y ayudan al párroco. Éste me parece el punto más importante: que se pueda ver y percibir que el párroco, realmente, se siente llamado por el Señor; que esté lleno de amor al Señor y a los suyos. Teniendo esto, se comprende y puede entenderse también la imposibilidad de hacerlo todo. Por lo tanto, estar llenos de la alegría del Evangelio con todo nuestro ser es la primera condición. Después hay que escoger, tener prioridades, ver lo que es posible y lo que es imposible. Diría que las tres prioridades fundamentales ya las conocemos: son las tres columnas de nuestro ser sacerdotes. En primer lugar, la Eucaristía, los sacramentos: hacer posible y presente la Eucaristía, sobre todo la dominical, en la medida de lo posible y para todos, celebrándola de manera que se convierta realmente en el acto visible de amor del Señor para con nosotros. Después, el anuncio de la Palabra en todas sus dimensiones: desde el diálogo personal hasta la homilía. El tercer punto es la caritas, el amor de Cristo: estar presentes para los dolientes, para los pequeños, para los niños, para las personas en dificultad, para los marginados; hacer realmente presente el amor del Buen Pastor. Y después, una prioridad muy importante es también la relación con Cristo. En el Breviario, el 4 de noviembre leemos un hermoso texto de San Carlos Borromeo, gran pastor cuya entrega fue auténtica e íntegra, que nos dice a todos los sacerdotes: «No desatiendas tu alma: si tu alma está desatendida, tampoco podrás dar a los demás todo lo que deberías darles. Por lo tanto, también para ti mismo, para tu alma, necesitas tiempo»; en otras palabras, la relación con Cristo, el coloquio personal con Cristo. Es una prioridad pastoral fundamental, es condición para nuestro trabajo por los demás. Y la oración no es algo marginal: es precisamente «profesión» del sacerdote rezar, también como representante de la gente que no sabe rezar o que no encuentra el tiempo para ello. La oración personal, y sobre

todo la Liturgia de las Horas, es alimento fundamental para nuestra alma, para toda nuestra acción. Por último ya, reconocer nuestras limitaciones, abrírnos también a esta humildad. Recordemos una escena de Marcos, en el capítulo 6, donde los discípulos están «estresados», quieren hacerlo todo, y el Señor les dice: «Vámonos; descansad un poco» (cf. Mc 6, 31). Éste también es, a mi entender, trabajo pastoral: hallar y tener la humildad, el valor de descansar. Pienso, por lo tanto, que la pasión por el Señor, el amor al Señor, nos muestra las prioridades, las elecciones; nos ayuda a encontrar el camino. El Señor nos ayudará. ¡Gracias a todos vosotros!

África: *Santidad, soy Mathias Agnero y vengo de África, precisamente de Costa de Marfil. Sois un papa teólogo, mientras que nosotros, en el mejor de los casos, a malas penas leemos algún libro de teología para nuestra formación. Creemos, sin embargo, que se ha producido una fractura entre teología y doctrina y, aún más, entre teología y espiritualidad. Se siente la necesidad de que el estudio no sea todo él académico, sino que alimente también nuestra espiritualidad. Sentimos esa necesidad en nuestro propio ministerio pastoral. A veces parece que la teología no está centrada en Dios y en Jesucristo como primer «lugar teológico», sino que obedece a gustos y tendencias difusos; y la consecuencia es la proliferación de opiniones subjetivas que permiten la introducción, también en la Iglesia, de un pensamiento no católico. ¿Cómo no desorientarnos en nuestra vida y en nuestro ministerio cuando es el mundo el que juzga la fe, y no viceversa? ¡Nos sentimos «descentrados»!*

Benedicto XVI: Gracias. Usted plantea un problema muy difícil y doloroso. Existe realmente una teología que quiere por encima de todo ser académica, parecer científica, y olvida la realidad vital, la presencia de Dios, su presencia entre nosotros, su hablar hoy y no sólo en el pasado. Ya San Buenaventura distinguió dos formas de teología en su tiempo; dijo: «Hay una teología que procede de la arrogancia de la razón, que quiere dominarlo todo, que hace pasar a Dios de sujeto a objeto que nosotros estudiamos, mientras que debería ser sujeto que nos habla y nos guía». Se da realmente este abuso de la teología que es arrogancia de la razón y no alimenta la fe, sino que ensombrece la presencia de Dios en el mun-

do. Pero hay también una teología que quiere conocer más por amor del Amado, que está impulsada por el amor y guiada por el amor, que quiere conocer más al Amado. Y ésta es la verdadera teología, que procede del amor de Dios, de Cristo, y quiere entrar más profundamente en comunión con Cristo. En realidad, las tentaciones, hoy en día, son grandes; se impone, sobre todo, lo que se denomina «visión moderna del mundo» (Bultmann, «modernes Weltbild»), que se convierte en criterio de lo que sería posible o imposible. Y así, con este mismo criterio de que todo es como siempre, de que todos los acontecimientos históricos son de la misma naturaleza, se excluye precisamente la novedad del Evangelio, se excluye la irrupción de Dios, la novedad verdadera que es la alegría de nuestra fe. ¿Qué hacer? Ante todo, les diría a los teólogos: sed valientes. Y quisiera manifestar mi gran gratitud también a los muchos teólogos que trabajan bien. Existen abusos, lo sabemos, pero en todas las regiones del mundo hay muchos teólogos que viven realmente de la Palabra de Dios, que se alimentan de la meditación, que viven la fe de la Iglesia y quieren ayudar para que la fe esté presente en nuestro mundo actual. A estos teólogos quisiera manifestarles mi gran agradecimiento. Y diría a los teólogos en general: «¡No temáis a este fantasma de la cientificidad!». Yo sigo la teología desde 1946; empecé a estudiar teología desde 1946, por lo que he conocido casi a tres generaciones de teólogos, y puedo decir que las hipótesis que en aquella época y después en los años sesenta y ochenta eran las más novedosas, absolutamente científicas, absolutamente casi dogmáticas, desde entonces han envejecido y no valen ya. Muchas de ellas se antojan casi ridículas. Por lo tanto, hay que tener el valor de resistirse a la cientificidad aparente, de no someterse a todas las hipótesis del momento, sino pensar partiendo realmente de la gran fe de la Iglesia, que está presente en todos los tiempos y nos abre el acceso a la verdad. Sobre todo, además, no pensar que la razón positivista, que excluye lo trascendente –que no puede ser accesible– sea la razón auténtica. Esta razón débil, que presenta sólo las cosas susceptibles de experimentación, es realmente una razón insuficiente. Nosotros los teólogos hemos de utilizar la razón grande, que está abierta a la grandeza de Dios. Debemos tener el valor de ir más allá del positivismo, a la cuestión de las raíces del ser. Esto me parece muy importante. Por lo tanto, hay que tener el valor de la razón

grande y amplia; tener la humildad de no someterse a todas las hipótesis del momento; vivir de la gran fe de la Iglesia de todos los tiempos. No hay mayoría contra la mayoría de los santos: ¡la verdadera mayoría la constituyen los santos en la Iglesia, y conforme a los santos debemos orientarnos! Después, a los seminaristas y a los sacerdotes les digo lo mismo: pensad que la Sagrada Escritura no es un libro aislado, sino que está vivo en la comunidad viva de la Iglesia, que es el mismo sujeto en todos los siglos y garantiza la presencia de la Palabra de Dios. El Señor nos ha dado a la Iglesia como sujeto vivo, con la estructura de los obispos en comunión con el Papa, y esta gran realidad de los obispos del mundo en comunión con el Papa nos garantiza el testimonio de la verdad permanente. Confiamos en este magisterio permanente de la comunión de los obispos con el Papa, que nos representa la presencia de la Palabra. Y además confiamos también en la vida de la Iglesia y, sobre todo, debemos ser críticos. Ciertamente la formación teológica –quisiera decirles esto a los seminaristas– es muy importante. En este tiempo nuestro debemos conocer bien la Sagrada Escritura, precisamente también contra los ataques de las sectas; debemos ser realmente amigos de la Palabra. Debemos conocer también las corrientes de nuestro tiempo para poder responder razonablemente, para poder dar –como dice San Pedro– «razón de nuestra fe». La formación es muy importante. Pero también debemos ser críticos: el criterio de la fe es el criterio con el que examinar también a los teólogos y las teologías. El papa Juan Pablo II nos dio un criterio absolutamente seguro en el Catecismo de la Iglesia Católica: en él vemos la síntesis de nuestra fe, y este catecismo es realmente el criterio para ver adónde va una teología aceptable o inaceptable. Por lo tanto, recomiendo la lectura, el estudio de este texto, y así podremos proseguir con una teología crítica en sentido positivo, es decir crítica con las tendencias de la moda y abierta a las novedades verdaderas, a la profundidad inagotable de la Palabra de Dios, que se revela como nueva en todos los tiempos, incluso en el nuestro.

Europa: *Padre Santo, soy el sacerdote Karol Miklosko; vengo de Europa, concretamente de Eslovaquia, y soy misionero en Rusia. Cuando celebro la Santa Misa me encuentro a mí mismo y comprendo que ahí hallo mi identidad y la raíz y energía de mi ministerio. El sacrificio de la*

cruz me revela al Buen Pastor que todo lo da por su rebaño, por cada una de sus ovejas, y cuando digo: «Esto es mi cuerpo entregado... ésta es mi sangre derramada» en sacrificio por vosotros, entonces comprendo la belleza del celibato y de la obediencia que prometí libremente en el momento de mi ordenación. Aun con las naturales dificultades, el celibato me parece algo obvio cuando contemplo a Cristo, pero me quedo aturdido al leer tantas críticas mundanales contra este don. Os pido humildemente, Padre Santo, que nos iluminéis sobre la profundidad y el sentido auténtico del celibato eclesialístico.

Benedicto XVI: Gracias por las dos partes de su pregunta: la primera, en la que muestra el fundamento permanente y vital de nuestro celibato; la segunda, que muestra todas las dificultades en las que nos encontramos en nuestro tiempo. Importa la primera parte, es decir que el centro de nuestra vida debe ser realmente la celebración de la Santa Eucaristía; y aquí resultan capitales las palabras de la consagración: «Esto es mi Cuerpo, éste es mi Sangre», es decir que hablamos «in persona Christi». Cristo nos permite usar su «yo», hablamos en el «yo» de Cristo, Cristo nos atrae hacia sí y nos permite que nos unamos, nos une a su «yo». Y así, mediante esta acción, este atraernos hacia sí, de forma que nuestro «yo» queda unido al suyo, realiza la permanencia, la unicidad de su sacerdocio; así él es realmente siempre el único Sacerdote, y sin embargo está muy presente en el mundo, porque nos atrae hacia sí y así hace presente su misión sacerdotal. Esto significa que somos atraídos hacia el Dios de Cristo: esta unión con su «yo» es la que se realiza mediante las palabras de la consagración. También en el «yo te absuelvo» —porque ninguno de nosotros podría absolver de los pecados— es el «yo» de Cristo, de Dios, el único que puede absolver. Esta unificación de su «yo» con el nuestro implica que nos veamos «atraídos» también hacia su realidad de resucitado, que avancemos hacia la vida plena de la Resurrección, de la que Jesús habla a los saduceos en Mateo, capítulo 22: es una vida «nueva» en la que nos encontramos ya más allá del matrimonio (cf. Mt 22, 23-32). Importa que nos dejemos siempre penetrar una y otra vez por esta identificación del «yo» de Cristo con nosotros, por este vernos «atraídos hacia fuera», hacia el mundo de la Resurrección. En este sentido, el celibato es una anticipación. Trascendemos este tiempo y seguimos adelante, y así «nos

atraemos» a nosotros mismos y «atraemos» nuestro tiempo hacia el mundo de la Resurrección, hacia la novedad de Cristo, hacia la nueva y verdadera vida. Por lo tanto, el celibato es una anticipación hecha posible por la gracia del Señor, que nos atrae hacia sí, hacia el mundo de la Resurrección; que nos invita siempre, una y otra vez, a trascendernos a nosotros mismos, a trascender este presente, en pos del verdadero presente del futuro, que se convierte en presente hoy. Y tocamos aquí un punto muy importante. Un gran problema de la cristiandad del mundo actual es que no se piensa ya en el futuro de Dios: parece bastar sólo el presente de este mundo. Queremos tener sólo este mundo, vivir sólo en este mundo. Así cerramos las puertas a la verdadera grandeza de nuestra existencia. El sentido del celibato como anticipación del futuro es precisamente abrir esas puertas, hacer más grande el mundo, mostrar la realidad del mundo que hemos de vivir ya como presente. Vivir, pues, así un testimonio de la fe: creemos realmente que Dios existe, que Dios tiene que ver con mi vida, que puedo basar mi vida en Cristo, en la vida futura. Y conocemos también las críticas mundanales de las que usted ha hablado. Es verdad que para el mundo agnóstico, el mundo en el que no hay lugar para Dios, el celibato es un gran escándalo, porque muestra precisamente que Dios es considerado y vivido como realidad. Mediante la vida escatológica del celibato, el mundo futuro de Dios entra en las realidades de nuestro tiempo ¡Y esto tendría que desaparecer! En cierto sentido, puede sorprender esta crítica permanente contra el celibato, en una época en la que cada vez se estila más no casarse. Pero este no casarse es algo total y fundamentalmente distinto del celibato, ya que el no casarse se basa en la voluntad de vivir sólo para uno mismo, de no aceptar ningún vínculo definitivo, de mantener la vida en todo momento en plena autonomía, de decidir en cada momento cómo hacer, qué tomar de la vida; y es, por lo tanto, un «no» al vínculo, un «no» a lo definitivo, un poseer la vida sólo para uno mismo; mientras que el celibato es precisamente lo contrario: es un «sí» definitivo, es un dejar que Dios le lleve a uno en sus manos, un entregarse en manos del Señor, a su «yo», y es, por consiguiente, un acto de fidelidad y de confianza, un acto que supone también la fidelidad del matrimonio; es precisamente lo contrario de ese «no», de esa autonomía que no quiere obligarse, que no quiere vincularse; es precisamente el «sí»

definitivo que supone, que confirma el «sí» definitivo del matrimonio. Y este matrimonio es la forma bíblica, la forma natural de ser hombre y mujer, fundamento de la gran cultura cristiana, de grandes culturas del mundo. Y si esto desaparece, quedará destruida la raíz de nuestra cultura. Por eso el celibato confirma el «sí» del matrimonio con su «sí» al mundo futuro, y así queremos seguir adelante y hacer presente este escándalo de una fe que pone toda su existencia en Dios. Sabemos que, además de este gran escándalo, que el mundo no quiere ver, existen también los escándalos secundarios de nuestras insuficiencias, de nuestros pecados, que ensombrecen el auténtico escándalo y hacen que se piense: «¡Pero si no viven realmente basados en Dios!». ¡Pero hay tanta fidelidad! El celibato —precisamente las críticas lo demuestran— es un gran signo de la fe, de la presencia de Dios en el mundo. Oremos al Señor para que nos ayude a liberarnos de los escándalos secundarios, para que haga presente el gran escándalo de nuestra fe: ¡la confianza, la fuerza de nuestra vida, que se basa en Dios y en Cristo Jesús!

Asia: *Santo Padre, soy el sacerdote Atsushi Yamashita, y vengo de Asia, precisamente del Japón. El modelo sacerdotal que Vuestra Santidad nos ha propuesto durante este año, el Cura de Ars, tiene en el centro de su existencia y de su ministerio la Eucaristía, la Penitencia sacramental y personal y el amor al culto dignamente celebrado. Llevo en los ojos los signos de la austera pobreza de San Juan María Vianney y al mismo tiempo los de su pasión por las cosas valiosas para el culto. ¿Cómo vivir estas dimensiones fundamentales de nuestra existencia sacerdotal sin caer en el clericalismo o en una ajenidad respecto a la realidad, que el mundo de hoy no nos permite?*

Benedicto XVI: Gracias. Por lo tanto la pregunta es cómo vivir la centralidad de la Eucaristía sin perdernos en una vida puramente cultural, ajenos a la vida diaria de las demás personas. Es sabido que el clericalismo es una tentación de los sacerdotes en todos los siglos, y hoy también; tanto más importante es hallar la manera auténtica de vivir la Eucaristía, que no estriba en cerrarse al mundo, sino precisamente en abrirse a las necesidades del mundo. Debemos tener presente que en la Eucaristía se realiza el gran drama de Dios que sale de sí mismo, que abandona —como

dice la Carta a los Filipenses— su propia gloria, sale y desciende hasta ser uno de nosotros y desciende hasta la muerte en la cruz (cf. Flp 2): la aventura del amor de Dios, que se deja, se abandona a sí mismo para estar con nosotros. Y esto se hace presente en la Eucaristía; el gran acto, la gran aventura del amor de Dios es la humildad de Dios que se entrega a nosotros. En este sentido, la Eucaristía ha de considerarse como la entrada en este camino de Dios. Dice San Agustín en su *De Civitate Dei*, libro X: «Hoc est sacrificium christianorum: multi unum corpus in Christo», es decir: «Sacrificio de los cristianos es estar unidos por el amor de Cristo en la unidad del único Cuerpo de Cristo». El sacrificio consiste precisamente en salir de nosotros mismos, en dejarnos atraer hacia la comunión del único pan, del único Cuerpo, y entrar así en la gran aventura del amor de Dios. Así debemos celebrar, vivir, meditar siempre la Eucaristía, como esta escuela de la liberación de mi «yo»: entrar en el único pan, que es pan de todos, que nos une en el único Cuerpo de Cristo. Por eso la Eucaristía es, en sí misma, un acto de amor que nos obliga a esta realidad del amor a los demás: que el sacrificio de Cristo es la comunión de todos en su Cuerpo. Por lo tanto, de esta manera debemos aprender la Eucaristía, que es precisamente lo contrario del clericalismo, del cerrarse en uno mismo. Pensemos también en la Madre Teresa, verdaderamente el gran ejemplo de este siglo, en este tiempo, de un amor que se deja a sí mismo, que deja todo tipo de clericalismo, de ajenidad respecto al mundo; que se dirige a los más marginados, a los más pobres, a las personas próximas a morir, y se entrega totalmente al amor por los pobres, por los marginados. Pero la Madre Teresa nos ha dado este ejemplo: la comunidad que sigue sus huellas suponía siempre como primera condición de una fundación suya la presencia de un sagrario. Sin la presencia del amor de Dios que se entrega no habría sido posible realizar este apostolado, no habría sido posible vivir en este abandono de uno mismo; sólo insertándose en este abandono de sí en Dios, en esta aventura de Dios, en esta humildad de Dios, podían y pueden realizar hoy este gran acto de amor, esta apertura a todos. En este sentido, diría: vivir la Eucaristía en su sentido original, en su profundidad verdadera, es una escuela de vida, es la protección más segura contra toda tentación de clericalismo.

Oceanía: *Beatísimo Padre, soy el sacerdote Anthony Denton y vengo de Oceanía, de Australia. Esta noche estamos aquí muchísimos*

sacerdotes. Sabemos, sin embargo, que nuestros seminarios no están llenos y que, en el futuro, en varias zonas del mundo, nos espera un descenso, incluso brusco. ¿Qué hacer que sea realmente eficaz para las vocaciones? ¿Cómo proponer nuestra vida, en lo grande y hermoso que ésta tiene, a un joven de nuestro tiempo?

Benedicto XVI: Gracias. Realmente, usted plantea otro problema grande y doloroso de nuestro tiempo: la falta de vocaciones, por causa de la cual hay Iglesias locales que corren peligro de agotarse porque les falta la Palabra de vida, les falta la presencia del sacramento de la Eucaristía y de los demás sacramentos. ¿Qué hacer? La tentación es grande: tomar nosotros mismos las riendas de la cuestión, transformando el sacerdocio –el sacramento de Cristo, el ser escogido por él– en una profesión normal, en un empleo que tiene sus horas, y por lo demás pertenecerse sólo a sí mismo, haciendo así de él como cualquier otra vocación: hacerlo accesible y fácil. Pero se trata de una vocación que no resuelve el problema. Me hace pensar en la historia de Saúl, el rey de Israel, que antes de la batalla contra los filisteos aguarda a Samuel para el necesario sacrificio a Dios. Y cuando Samuel, en el momento esperado, no acude, él mismo realiza el sacrificio, aun sin ser sacerdote (cf. 1 S 13); piensa que así resolverá el problema, lo que naturalmente no resuelve, pues si toma en sus manos lo que no puede hacer, se hace él mismo Dios, o casi, y no puede esperar que las cosas vayan realmente a la manera de Dios. Así, nosotros también, si nos limitáramos a ejercer una profesión como los demás, renunciando a la sacralidad, a la novedad, a la diversidad del sacramento que sólo Dios da, que sólo puede proceder de su vocación, y no de nuestro «hacer», no resolveríamos nada. Tanto más debemos –como nos invita el Señor a hacer– rezarle a Dios, llamar a su puerta, al corazón de Dios, para que nos dé vocaciones; rezar con gran insistencia, con gran determinación, incluso con gran convicción, pues Dios no rehúsa una oración insistente, permanente, confiada, aunque deje hacer, esperar, como a Saúl, más allá de los tiempos que nosotros hemos previsto. Éste creo que es el primer punto: animar a los fieles a tener esta humildad, esta confianza, este valor de rezar con insistencia por las vocaciones, de llamar al corazón de Dios para que nos dé sacerdotes. Además de esto diría tal vez tres puntos. El primero: cada uno de nosotros debería hacer lo posible por vivir su propio

sacerdocio de manera que resulte convincente, de manera que los jóvenes puedan decir que ésta es una verdadera vocación, que así se puede vivir, que así se hace algo esencial para el mundo. Pienso que ninguno de nosotros se habría hecho sacerdote si no hubiera conocido a sacerdotes convincentes en los que ardía el fuego del amor de Cristo. Éste es, pues, el primer punto: tratemos de ser nosotros mismos sacerdotes convincentes. El segundo punto es que debemos invitar, como ya he dicho, a la iniciativa de la oración, a tener esta humildad, esta confianza de hablar con Dios con energía, con decisión. El tercer punto: tener el valor de hablar con los jóvenes si pueden pensar que Dios los llama, porque a menudo una palabra humana es necesaria para abrir a la escucha de la vocación divina; hablar con los jóvenes y sobre todo ayudarles a encontrar un contexto vital en el que puedan vivir. Tal y como está hoy el mundo, parece casi excluirse la maduración de una vocación sacerdotal; los jóvenes necesitan ambientes en los que se viva la fe, en los que se muestre la belleza de la fe, en los que se muestre que se trata de un modelo de vida, «el» modelo de vida, y por lo tanto ayudarles a encontrar movimientos, o la parroquia –la comunidad en la parroquia– u otros contextos en los que se vean realmente rodeados de fe, de amor de Dios, y puedan abrirse, por consiguiente, para que la vocación de Dios llegue y les ayude. Por otro lado, demos gracias al Señor por todos los seminaristas de nuestro tiempo, por los jóvenes sacerdotes, y oremos. ¡El Señor nos ayudará! ¡Gracias a todos vosotros!

HOMILÍA EN LA CLAUSURA DEL AÑO SACERDOTAL

(viernes 11 de junio de 2010)

Queridos hermanos en el ministerio sacerdotal,
Queridos hermanos y hermanas

El Año Sacerdotal que hemos celebrado, 150 años después de la muerte del santo Cura de Ars, modelo del ministerio sacerdotal en nuestros días, llega a su fin. Nos hemos dejado guiar por el Cura de Ars para comprender de nuevo la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal. El sacerdote no es simplemente alguien que detenta un oficio, como aquellos que toda sociedad necesita para que puedan cumplirse en ella ciertas funciones. Por el contrario, el sacerdote hace lo que ningún ser humano puede hacer por sí mismo: pronunciar en nombre de Cristo la palabra de absolución de nuestros pecados, cambiando así, a partir de Dios, la situación de nuestra vida. Pronuncia sobre las ofrendas del pan y el vino las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transustanciación, palabras que lo hacen presente a Él mismo, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre, transformando así los elementos del mundo; son palabras que abren el mundo a Dios y lo unen a Él. Por tanto, el sacerdocio no es un simple «*oficio*», sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra «*sacerdocio*». Que Dios nos considere capaces de esto; que por eso llame a su servicio a hombres y, así, se una a ellos desde dentro, esto es lo que en este año hemos querido de nuevo considerar y comprender. Queríamos despertar la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad; que Él nos guíe y nos ayude día tras día. Que-

ríamos también, así, enseñar de nuevo a los jóvenes que esta vocación, esta comunión de servicio por Dios y con Dios, existe; más aún, que Dios está esperando nuestro «sí». Junto con la Iglesia, hemos querido destacar de nuevo que tenemos que pedir a Dios esta vocación. Pedimos trabajadores para la mies de Dios, y esta plegaria a Dios es, al mismo tiempo, una llamada de Dios al corazón de jóvenes que se consideren capaces de eso mismo para lo que Dios los cree capaces. Era de esperar que al «enemigo» no le gustara que el sacerdocio brillara de nuevo; él hubiera preferido verlo desaparecer, para que al fin Dios fuera arrojado del mundo. Y así ha ocurrido que, precisamente en este año de alegría por el sacramento del sacerdocio, han salido a la luz los pecados de los sacerdotes, sobre todo el abuso a los pequeños, en el cual el sacerdocio, que lleva a cabo la solicitud de Dios por el bien del hombre, se convierte en lo contrario. También nosotros pedimos perdón insistentemente a Dios y a las personas afectadas, mientras prometemos que queremos hacer todo lo posible para que semejante abuso no vuelva a suceder jamás; que en la admisión al ministerio sacerdotal y en la formación que prepara al mismo haremos todo lo posible para examinar la autenticidad de la vocación; y que queremos acompañar aún más a los sacerdotes en su camino, para que el Señor los proteja y los custodie en las situaciones dolorosas y en los peligros de la vida. Si el Año Sacerdotal hubiera sido una glorificación de nuestros logros humanos personales, habría sido destruido por estos hechos. Pero, para nosotros, se trataba precisamente de lo contrario, de sentirnos agradecidos por el don de Dios, un don que se lleva en «vasijas de barro», y que una y otra vez, a través de toda la debilidad humana, hace visible su amor en el mundo. Así, consideramos lo ocurrido como una tarea de purificación, un quehacer que nos acompaña hacia el futuro y que nos hace reconocer y amar más aún el gran don de Dios. De este modo, el don se convierte en el compromiso de responder al valor y la humildad de Dios con nuestro valor y nuestra humildad. La palabra de Cristo, que hemos entonado como canto de entrada en la liturgia de hoy, puede decirnos en este momento lo que significa hacerse y ser sacerdote: *«Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»* (Mt 11,29).

Celebramos la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y con la liturgia echamos una mirada, por así decirlo, dentro del corazón de Jesús, que al

morir fue traspasado por la lanza del soldado romano. Sí, su corazón está abierto por nosotros y ante nosotros; y con esto nos ha abierto el corazón de Dios mismo. La liturgia interpreta para nosotros el lenguaje del corazón de Jesús, que habla sobre todo de Dios como pastor de los hombres, y así nos manifiesta el sacerdocio de Jesús, que está arraigado en lo íntimo de su corazón; de este modo, nos indica el perenne fundamento, así como el criterio válido de todo ministerio sacerdotal, que debe estar siempre anclado en el corazón de Jesús y ser vivido a partir de él. Quisiera meditar hoy, sobre todo, los textos con los que la Iglesia orante responde a la Palabra de Dios proclamada en las lecturas. En esos cantos, palabra y respuesta se compenetran. Por una parte, están tomados de la Palabra de Dios, pero, por otra, son ya al mismo tiempo la respuesta del hombre a dicha Palabra, respuesta en la que la Palabra misma se comunica y entra en nuestra vida. El más importante de estos textos en la liturgia de hoy es el Salmo 23 [22] —«*El Señor es mi pastor*»—, en el que el Israel orante acoge la autorevelación de Dios como pastor, haciendo de esto la orientación para su propia vida. «*El Señor es mi pastor, nada me falta*». En este primer versículo se expresan alegría y gratitud porque Dios está presente y cuida del hombre. La lectura tomada del Libro de Ezequiel empieza con el mismo tema: «*Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro*» (Ez 34, 11). Dios cuida personalmente de mí, de nosotros, de la humanidad. No me ha dejado solo, extraviado en el universo y en una sociedad ante la cual uno se siente cada vez más desorientado. Él cuida de mí. No es un Dios lejano, para quien mi vida no cuenta casi nada. Las religiones del mundo, por lo que podemos ver, han sabido siempre que, en último análisis, sólo hay un Dios. Pero este Dios era lejano. Abandonaba aparentemente el mundo a otras potencias y fuerzas, a otras divinidades. Había que llegar a un acuerdo con éstas. El Dios único era bueno, pero lejano. No constituía un peligro, pero tampoco ofrecía ayuda. Por tanto, no era necesario ocuparse de Él. Él no dominaba. Extrañamente, esta idea ha resurgido en la Ilustración. Se aceptaba no obstante que el mundo presupone un Creador. Este Dios, sin embargo, habría construido el mundo, para después retirarse de él. Ahora el mundo tiene un conjunto de leyes propias según las cuales se desarrolla, y en las cuales Dios no interviene, no puede intervenir. Dios es sólo un origen remoto. Muchos, quizás, tampoco deseaban que Dios se

preocupara de ellos. No querían que Dios los molestara. Pero allí donde la cercanía del amor de Dios se percibe como molestia, el ser humano se siente mal. Es bello y consolador saber que hay una persona que me quiere y cuida de mí. Pero es mucho más decisivo que exista ese Dios que me conoce, me quiere y se preocupa por mí. «Yo conozco mis ovejas y ellas me conocen» (Jn 10,14), dice la Iglesia antes del Evangelio con una palabra del Señor. Dios me conoce, se preocupa de mí. Este pensamiento debería proporcionarnos realmente alegría. Dejemos que penetre intensamente en nuestro interior. En ese momento comprendemos también qué significa: Dios quiere que nosotros como sacerdotes, en un pequeño punto de la historia, compartamos sus preocupaciones por los hombres. Como sacerdotes, queremos ser personas que, en comunión con su amor por los hombres, cuidemos de ellos, les hagamos experimentar en lo concreto esta atención de Dios. Y, por lo que se refiere al ámbito que se le confía, el sacerdote, junto con el Señor, debería poder decir: «Yo conozco mis ovejas y ellas me conocen». «Conocer», en el sentido de la Sagrada Escritura, nunca es solamente un saber exterior, igual que se conoce el número telefónico de una persona. «Conocer» significa estar interiormente cerca del otro. Querérle. Nosotros deberíamos tratar de «conocer» a los hombres de parte de Dios y con vistas a Dios; deberíamos tratar de caminar con ellos en la vía de la amistad con Dios.

Volvamos al Salmo. Allí se dice: «Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan» (23 [22], 3s). El pastor muestra el camino correcto a quienes le están confiados. Los precede y guía. Digámoslo de otro modo: el Señor nos muestra cómo se realiza en modo justo nuestro ser hombres. Nos enseña el arte de ser persona. ¿Qué debo hacer para no arruinarme, para no desperdiciar mi vida con la falta de sentido? En efecto, ésta es la pregunta que todo hombre debe plantearse y que sirve para cualquier período de la vida. ¡Cuánta oscuridad hay alrededor de esta pregunta en nuestro tiempo! Siempre vuelve a nuestra mente la palabra de Jesús, que tenía compasión por los hombres, porque estaban como ovejas sin pastor. Señor, ten piedad también de nosotros. Muéstranos el camino. Sabemos por el Evangelio que Él es el camino. Vivir con Cristo, seguirlo, esto significa encontrar el sendero

justo, para que nuestra vida tenga sentido y para que un día podamos decir: "Sí, vivir ha sido algo bueno". El pueblo de Israel estaba y está agradecido a Dios, porque ha mostrado en los mandamientos el camino de la vida. El gran salmo 119 (118) es una expresión de alegría por este hecho: nosotros no andamos a tientas en la oscuridad. Dios nos ha mostrado cuál es el camino, cómo podemos caminar de manera justa. La vida de Jesús es una síntesis y un modelo vivo de lo que afirman los mandamientos. Así comprendemos que estas normas de Dios no son cadenas, sino el camino que Él nos indica. Podemos estar alegres por ellas y porque en Cristo están ante nosotros como una realidad vivida. Él mismo nos hace felices. Caminando junto a Cristo tenemos la experiencia de la alegría de la Revelación, y como sacerdotes debemos comunicar a la gente la alegría de que nos haya mostrado el camino justo.

Después viene una palabra referida a la "*cañada oscura*", a través de la cual el Señor guía al hombre. El camino de cada uno de nosotros nos llevará un día a la cañada oscura de la muerte, a la que ninguno nos puede acompañar. Y Él estará allí. Cristo mismo ha descendido a la noche oscura de la muerte. Tampoco allí nos abandona. También allí nos guía. "*Si me acuesto en el abismo, allí te encuentro*", dice el salmo 139 (138). Sí, tú estás presente también en la última fatiga, y así el salmo responsorial puede decir: también allí, en la cañada oscura, nada temo. Sin embargo, hablando de la cañada oscura, podemos pensar también en las cañadas oscuras de las tentaciones, del desaliento, de la prueba, que toda persona humana debe atravesar. También en estas cañadas tenebrosas de la vida Él está allí. Señor, en la oscuridad de la tentación, en las horas de la oscuridad, en que todas las luces parecen apagarse, muéstrame que tú estás allí. Ayúdanos a nosotros, sacerdotes, para que podamos estar junto a las personas que en esas noches oscuras nos han sido confiadas, para que podamos mostrarles tu luz.

«*Tu vara y tu cayado me sosiegan*»: el pastor necesita la vara contra las bestias salvajes que quieren atacar el rebaño; contra los salteadores que buscan su botín. Junto a la vara está el cayado, que sostiene y ayuda a atravesar los lugares difíciles. Las dos cosas entran dentro del ministerio de la Iglesia, del ministerio del sacerdote. También la Iglesia debe usar la vara del pastor, la vara con la que protege la fe contra los farsantes, contra

las orientaciones que son, en realidad, desorientaciones. En efecto, el uso de la vara puede ser un servicio de amor. Hoy vemos que no se trata de amor, cuando se toleran comportamientos indignos de la vida sacerdotal. Como tampoco se trata de amor si se deja proliferar la herejía, la tergiversación y la destrucción de la fe, como si nosotros inventáramos la fe autónomamente. Como si ya no fuese un don de Dios, la perla preciosa que no dejamos que nos arranquen. Al mismo tiempo, sin embargo, la vara continuamente debe transformarse en el cayado del pastor, cayado que ayude a los hombres a poder caminar por senderos difíciles y seguir a Cristo.

Al final del salmo, se habla de la mesa preparada, del perfume con que se unge la cabeza, de la copa que rebosa, del habitar en la casa del Señor. En el salmo, esto muestra sobre todo la perspectiva del gozo por la fiesta de estar con Dios en el templo, de ser hospedados y servidos por él mismo, de poder habitar en su casa. Para nosotros, que rezamos este salmo con Cristo y con su Cuerpo que es la Iglesia, esta perspectiva de esperanza ha adquirido una amplitud y profundidad todavía más grande. Vemos en estas palabras, por así decir, una anticipación profética del misterio de la Eucaristía, en la que Dios mismo nos invita y se nos ofrece como alimento, como aquel pan y aquel vino exquisito que son la única respuesta última al hambre y a la sed interior del hombre. ¿Cómo no alegrarnos de estar invitados cada día a la misma mesa de Dios y habitar en su casa? ¿Cómo no estar alegres por haber recibido de Él este mandato: “Haced esto en memoria mía”? Alegres porque Él nos ha permitido preparar la mesa de Dios para los hombres, de ofrecerles su Cuerpo y su Sangre, de ofrecerles el don precioso de su misma presencia. Sí, podemos rezar juntos con todo el corazón las palabras del salmo: «Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida» (23 [22], 6).

Por último, veamos brevemente los dos cantos de comunión sugeridos hoy por la Iglesia en su liturgia. Ante todo, está la palabra con la que san Juan concluye el relato de la crucifixión de Jesús: «*uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua*» (Jn 19,34). El corazón de Jesús es traspasado por la lanza. Se abre, y se convierte en una fuente: el agua y la sangre que manan aluden a los dos sacramentos fundamentales de los que vive la Iglesia: el Bautismo

y la Eucaristía. Del costado traspasado del Señor, de su corazón abierto, brota la fuente viva que mana a través de los siglos y edifica la Iglesia. El corazón abierto es fuente de un nuevo río de vida; en este contexto, Juan ciertamente ha pensado también en la profecía de Ezequiel, que ve manar del nuevo templo un río que proporciona fecundidad y vida (Ez 47): Jesús mismo es el nuevo templo, y su corazón abierto es la fuente de la que brota un río de vida nueva, que se nos comunica en el Bautismo y la Eucaristía. La liturgia de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, sin embargo, prevé como canto de comunión otra palabra, afín a ésta, extraída del evangelio de Juan: *«El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí que beba. Como dice la Escritura: De sus entrañas manarán torrentes de agua viva»* (cfr. Jn 7,37s). En la fe bebemos, por así decir, del agua viva de la Palabra de Dios. Así, el creyente se convierte él mismo en una fuente, que da agua viva a la tierra reseca de la historia. Lo vemos en los santos. Lo vemos en María que, como gran mujer de fe y de amor, se ha convertido a lo largo de los siglos en fuente de fe, amor y vida. Cada cristiano y cada sacerdote deberían transformarse, a partir de Cristo, en fuente que comunica vida a los demás. Deberíamos dar el agua de la vida a un mundo sediento. Señor, te damos gracias porque nos has abierto tu corazón; porque en tu muerte y resurrección te has convertido en fuente de vida. Haz que seamos personas vivas, vivas por tu fuente, y danos ser también nosotros fuente, de manera que podamos dar agua viva a nuestro tiempo. Te agradecemos la gracia del ministerio sacerdotal. Señor, bendícenos y bendice a todos los hombres de este tiempo que están sedientos y buscando. Amén.

PALABRAS DEL PAPA AL CONCLUIR LA GRAN CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

(viernes 11 de junio de 2010)

Al término de esta extraordinaria concelebración, deseo expresar mi viva gratitud a la Congregación para el Clero, por la obra llevada a cabo durante el Año Sacerdotal y por haber organizado estas jornadas conclusivas. Un pensamiento de especial reconocimiento va a los señores cardenales y a los obispos que han querido estar presentes, en particular a cuantos han venido desde lejos.

Queridos sacerdotes francófonos, vosotros tenéis una proximidad particular con san Juan María Vianney. Espero que se convierta en una verdadera complicidad espiritual. ¡Que su ejemplo firme os inspire para que el don que habéis hecho de vosotros mismos al Señor lleve fruto bueno! Os renuevo mi confianza y os animo a progresar en los caminos de la santidad. ¡Que el Señor os guarde a todos en su amantísimo corazón!

¡Saludo ahora a todos los sacerdotes de habla inglesa presentes en la celebración de hoy! Mis queridos hermanos, mientras os agradezco por vuestro amor por Cristo y por su esposa la Iglesia, os pido de nuevo solemnemente ser fiel a vuestras promesas. Servid a Dios y a vuestro pueblo con santidad y valentía, ajustando siempre vuestra vida al misterio de la cruz del Señor. ¡Que Dios bendiga abundantemente vuestra labor apostólica!

Saludo con todo mi corazón a los obispos, sacerdotes y religiosos, así como todos los peregrinos procedentes de las diócesis de habla alemana que celebran el final del año sacerdotal en Roma, para mostrar su unidad con el Sucesor de Pedro. Queridos hermanos, donde no hay unidad, no hay progreso. Si nos mantenemos unidos unos a otros cuando estamos en Cristo, la vida verdadera, entonces podemos permanecer fuertes y ser testigos vivientes del amor y de la verdad, de modo que los vientos del momento nos doblen o rompan. Cristo es la raíz que nos sostiene y nos

da vida. Demos gracias al Señor por el don del sacerdocio, por tener cada día una oportunidad para ser sus sucesores como buen pastor. ¡Que el Espíritu Santo os fortalezca en vuestro trabajo!

Saludo cordialmente a los presbíteros de lengua española, y pido a Dios que esta celebración se convierta en un vigoroso impulso para seguir viviendo con gozo, humildad y esperanza su sacerdocio, siendo mensajeros audaces del Evangelio, ministros fieles de los Sacramentos y testigos elocuentes de la caridad. Con los sentimientos de Cristo, Buen Pastor, os invito a continuar aspirando cada día a la santidad, sabiendo que no hay mayor felicidad en este mundo que gastar la vida por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Queridos sacerdotes de los países de lengua oficial portuguesa, doy gracias a Dios por lo que sois y por lo que hacéis, recordando a todos que nada sustituirá jamás el ministerio de los sacerdotes en la vida de la Iglesia. A ejemplo y bajo el patrocinio del Santo Cura de Ars, perseverad en la amistad con Dios y dejad que vuestras manos y vuestros labios sigan siendo las manos y los labios de Cristo, único Redentor de la humanidad. ¡Muchas gracias!

“Sí, dicha y gracia me acompañarán todos los días de mi vida” (Salmo 23(22), 6). Con estas palabras del salmo saludo a los sacerdotes polacos. Queridos Hermanos, Cristo os ha elegido, os ha llamado, os ha colmado de bondad y de fidelidad. Acoged este don con corazón sincero cada día y llevadlo con amor a aquellos a quienes habéis sido enviados. Sed santos y llevad a los demás a la santidad de Cristo. ¡Que Dios os bendiga!

Dirijo finalmente mi cordial saludo a los sacerdotes de Roma y de Italia; como también a los prelados, a los sacerdotes y a los seminaristas de todos los ritos de las Iglesias Orientales católicas. Sé, finalmente, que en todas las partes del mundo se han mantenido muchísimos encuentros celebrativos y espirituales con participación grande y fructífera. Por ello, deseo agradecer a los obispos, sacerdotes y organizadores y auguro a todos que prosigáis con renovado empuje el camino de santificación en este sagrado misterio que el Señor os ha confiado. ¡Os bendigo de corazón!

INTERVENCIÓN CON MOTIVO DEL ÁNGELUS

(Domingo 13 de junio de 2010)

Queridos hermanos y hermanas:

En los días pasados ha concluido el Año Sacerdotal. Hemos vivido aquí, en Roma, días inolvidables, con la presencia de más de quince mil sacerdotes de todas las partes del mundo. Por este motivo, deseo dar gracias a Dios por todos los beneficios que este Año ha producido en la Iglesia universal. Nadie podrá medirlos nunca, pero ciertamente ya se ven y se verán todavía más los frutos.

El Año Sacerdotal ha concluido en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, que tradicionalmente es la "*jornada de santificación sacerdotal*"; esta vez lo ha sido de manera especial. En efecto, queridos amigos, el sacerdote es un don del Corazón de Cristo: un don para la Iglesia y para el mundo. Del Corazón del Hijo de Dios, desbordante de caridad, proceden todos los bienes de la Iglesia, y en él tiene su origen la vocación de esos hombres que, conquistados por el Señor Jesús, lo dejan todo para dedicarse totalmente al servicio del pueblo cristiano, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor. El sacerdote queda plasmado por la misma caridad de Cristo, por ese amor que le llevó a dar la vida por sus amigos y a perdonar a sus enemigos. Por este motivo, los sacerdotes son los primeros obreros de la civilización del amor. Y en este sentido, pienso en tantos modelos de sacerdotes, conocidos y menos conocidos, algunos elevados al honor de los altares; en otros casos, su recuerdo permanece indeleble en los fieles, quizá en una pequeña comunidad parroquial. Como sucedió en Ars, el pueblo de Francia en el que desempeñó su ministerio san Juan María Vianney. No hace falta añadir nada a lo que ya se ha dicho en los meses pasados. Pero su intercesión nos debe acompañar aún más a partir de ahora. Que su oración, su "*Acto de amor*", que tantas veces hemos recitado durante el Año Sacerdotal, siga alimentando nuestro coloquio con Dios.

Quisiera recordar otra figura: el padre Jerzy Popiełuszko, sacerdote y mártir, que fue proclamado beato precisamente el domingo pasado. Ejerció su generoso y valiente ministerio junto a quienes se comprometían por la libertad, por la defensa de la vida y de su dignidad. Esta obra al servicio del bien y de la verdad era un signo de contradicción para el régimen que entonces gobernaba Polonia. El amor del Corazón de Jesús le llevó a dar la vida, y su testimonio ha sido semilla de una nueva primavera en la Iglesia y en la sociedad. Si analizamos la historia, podemos observar cuántas páginas de auténtica renovación espiritual y social han sido escritas con la contribución decisiva de sacerdotes católicos, alentados sólo por la pasión por el Evangelio y por el hombre, por su auténtica libertad, religiosa y civil. ¡Cuántas iniciativas de promoción humana integral han comenzado por la intuición de un corazón sacerdotal!

Queridos hermanos y hermanas: encomendemos al Corazón Inmaculado de María, del que ayer celebramos la memoria litúrgica, a todos los sacerdotes del mundo para que, con la fuerza del Evangelio, sigan edificando en todo lugar la civilización del amor.

LA EUCARISTÍA Y EL TESTIMONIO DE LA CARIDAD¹

(15 de junio de 2010)

Queridos hermanos y hermanas:

Dice el Salmo: *"Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos"* (Salmo 133, 1). Es exactamente así: para mí es un motivo de alegría profunda volver a encontrarme con vosotros y compartir todo el bien que las parroquias y las demás realidades eclesiales de Roma han realizado en este año pastoral. Saludo con fraterno afecto al cardenal vicario y le doy las gracias por las corteses palabras que me ha dirigido y por su cotidiano compromiso en el gobierno de la diócesis, en el apoyo a los sacerdotes y a las comunidades parroquiales. Saludo a los obispos auxiliares, a todo el presbiterio y a cada uno de vosotros. Dirijo un pensamiento cordial a todos los que están enfermos o afrontan particulares dificultades, asegurándoles mi oración.

Como ha recordado el cardenal Vallini, nos estamos comprometiendo, desde el año pasado, en la verificación de la pastoral ordinaria. Esta tarde reflexionamos en dos puntos de principal importancia: "Eucaristía dominical y testimonio de la caridad". Conozco el gran trabajo que las parroquias, asociaciones y movimientos realizan, a través de encuentros de formación y de diálogo para profundizar y vivir mejor estos dos elementos fundamentales de la vida y de la misión de la Iglesia y de cada creyente. Esto también ha favorecido esa corresponsabilidad pastoral que, en la diversidad de los ministerios y carismas, debe difundirse cada vez más, si queremos que el Evangelio llegue realmente al corazón de cada habitante de Roma. Se ha hecho mucho, y damos gracias al Señor, pero todavía falta mucho por hacer, siempre con su ayuda.

1 Intervención de S.S. Benedicto XVI en la Basílica de San Juan de Letrán con motivo del congreso de la diócesis de Roma.

La fe no puede darse nunca por descontada, pues cada generación tiene necesidad de recibir este don a través del anuncio del Evangelio y de conocer la verdad que Cristo nos ha revelado. La Iglesia, por tanto, siempre está comprometida en proponer a todos el depósito de la fe; en él queda contenida también la doctrina sobre la Eucaristía, misterio central que “contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua” (Concilio Ecuménico Vaticano II, decreto *Presbyterorum ordinis*, 5); doctrina que hoy, por desgracia, no es suficientemente comprendida en su valor profundo y en su importancia para la existencia de los creyentes. Por este motivo, es importante que las comunidades de nuestra diócesis de Roma experimenten la exigencia de un conocimiento más profundo del misterio y del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Al mismo tiempo, con el espíritu misionero que queremos fomentar, es necesario que se difunda el compromiso de anunciar esta fe eucarística para que cada hombre pueda encontrarse con Jesucristo, que nos ha revelado al Dios “cercano”, amigo de la humanidad, y testimoniarla con una elocuente vida de caridad.

En toda su vida pública, Jesús, a través de la predicación del Evangelio y de los signos milagrosos, anunció la bondad y la misericordia del Padre por el hombre. Esta misión alcanzó su cumbre en el Gólgota, donde Cristo crucificado reveló el rostro de Dios para que el hombre, contemplando la Cruz, pueda reconocer la plenitud del amor (encíclica *Deus caritas est*, 12). El Sacrificio del Calvario es místicamente anticipado en la Última Cena, cuando Jesús, al compartir con los Doce el pan y el vino, los transforma en su Cuerpo y en su Sangre, que poco después ofrecería como Cordero inmolado. La Eucaristía es el memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo, de su amor hasta el final por cada uno de nosotros, memorial que Él quiso encomendar a la Iglesia para que fuera celebrado a través de los siglos. Según el significado del verbo hebreo *zakar*, el “memorial” no es un simple recuerdo de algo que sucedió en el pasado, sino la celebración que actualiza ese acontecimiento, reproduciendo la fuerza y la eficacia salvífica. De este modo, “hace presente y actual el sacrificio que Cristo ha ofrecido al Padre, una vez por todas, sobre la Cruz en favor de la humanidad” (*Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 280). Queridos hermanos y hermanas, en nuestro tiempo la palabra sacri-

ficio no gusta, es más, parece que pertenece a otras épocas y a otra visión de la vida. Ahora bien, si se entiende bien, sigue siendo fundamental, pues nos revela con qué amor Dios nos ama en Cristo.

En el ofrecimiento que Jesús hace de sí mismo, encontramos toda la novedad del culto cristiano. En la antigüedad, los hombres ofrecían como sacrificio a las divinidades los animales o las primicias de la tierra. Jesús, por el contrario, se ofrece a sí mismo, su cuerpo y toda su existencia: Él mismo en persona se convierte en ese sacrificio que la liturgia ofrece en la santa Misa. De hecho, con la consagración, el pan y el vino se convierten en su verdadero cuerpo y sangre. San Agustín invitaba a sus fieles a no quedarse en lo que se les presentaba a la vista, sino a ir más allá: "Reconoced en el pan —decía— ese mismo cuerpo que fue colgado sobre la cruz, y en el cáliz esa misma sangre que manó de su costado" (*Disc.* 228 B, 2). Para explicar esta transformación, la teología ha acuñado la palabra "transubstanciación", palabra que resonó por primera vez en esta basílica, durante el IV Concilio Lateranense, del que se celebrará el octavo centenario dentro de cinco años. En esa ocasión, se introdujeron en la profesión de fe las siguientes palabras: "su cuerpo y sangre están contenidos verdaderamente en el sacramento del altar, bajo las especies del pan y del vino, pues el pan está transubstanciado en el cuerpo, y la sangre en el vino por poder de Dios" (*DS*, 802). Por tanto, es fundamental que en los itinerarios de educación en la fe de los niños, de los adolescentes y de los jóvenes, así como en los "centros de escucha" de la Palabra de Dios, se subraye que en el sacramento de la Eucaristía Cristo está verdadera, real y substancialmente presente.

La santa Misa, celebrada con respeto de las normas litúrgicas y con una valoración adecuada de la riqueza de los signos y de los gestos, favorece y promueve el crecimiento de la fe eucarística. En la celebración eucarística no nos inventamos algo, sino que entramos en una realidad que nos precede, es más, abarca al cielo y la tierra y, por tanto, también el pasado, el futuro y el presente. Esta apertura universal, este encuentro con todos los hijos e hijas de Dios es la grandeza de la Eucaristía: salimos al encuentro de la realidad de Dios presente en el cuerpo y la sangre del Resucitado entre nosotros. Por tanto, las prescripciones litúrgicas dictadas por la Iglesia no son algo exterior, sino que expresan concretamente esta realidad de la

revelación del cuerpo y sangre de Cristo y, de este modo, la oración revela la fe según el antiguo principio de *lex orandi - lex credendi*. Por esto, podemos decir que “la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la misma Eucaristía bien celebrada” (exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 64). Es necesario que, en la liturgia, aparezca con claridad la dimensión trascendente, la dimensión del Misterio del encuentro con el Divino, que ilumina y eleva también la dimensión “horizontal”, es decir, el lazo de comunión y de solidaridad que se da entre quienes pertenecen a la Iglesia. De hecho, cuando prevalece esta última, no se comprende plenamente la belleza, la profundidad y la importancia del misterio celebrado. Queridos hermanos en el sacerdocio: a vosotros el obispo ha encomendado, en el día de la ordenación sacerdotal, la tarea de presidir la Eucaristía. Llevad siempre en vuestro corazón el ejercicio de esta misión: celebrad los divinos misterios con una participación interior intensa para que los hombres y las mujeres de nuestra ciudad puedan santificarse, entrar en contacto con Dios, verdad absoluta y amor eterno.

Y tengamos también presente que la Eucaristía, unida a la cruz, a la resurrección del Señor, ha abierto una nueva estructura a nuestro tiempo. El Resucitado se había manifestado el día siguiente al sábado, el primer día de la semana, día del sol y de la creación. Desde el inicio los cristianos han celebrado su encuentro con el Resucitado, la Eucaristía, en este primer día, en este nuevo día del verdadero sol de la historia, el Cristo Resucitado. Y de este modo, el tiempo vuelve a comenzar cada vez con el encuentro con el Resucitado y este encuentro da sentido y fuerza a la vida de cada día. Por este motivo, es muy importante para nosotros los cristianos seguir este nuevo ritmo del tiempo, encontrarnos con el Resucitado en el domingo y “albergar” su presencia, que nos transforme y transforme nuestro tiempo. Además, invito a todos a redescubrir la fecundidad de la adoración eucarística: ante el Santísimo Sacramento experimentamos de manera totalmente particular ese “permanecer” de Jesús, que Él mismo, en el Evangelio de Juan, pone como condición necesaria para dar mucho fruto (Cf. *Juan* 15, 5) y evitar que nuestra acción apostólica quede reducida a un estéril activismo, convirtiéndose más bien en testimonio del amor de Dios.

La comunión con Cristo es siempre también comunión con su cuerpo, que es la Iglesia, como recuerda el apóstol Pablo diciendo: “El pan que

partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (1 Corintios 10, 16-17). La Eucaristía transforma un simple grupo de personas en comunidad eclesial: la Eucaristía hace Iglesia. Por tanto, es fundamental que la celebración de la santa Misa sea efectivamente la cumbre, la "columna vertebral" de la vida de cada comunidad parroquial. Exhorto a todos a prestar más atención, entre otras cosas con grupos litúrgicos, a la preparación y celebración de la Eucaristía para que cuantos participen puedan encontrar al Señor. Cristo resucitado se hace presente en nuestro hoy y nos reúne a su alrededor. Al alimentarnos con él, nos liberamos de los vínculos del individualismo y, a través de la comunión con Él, nos convertimos nosotros mismos, juntos, en una sola cosa, en su Cuerpo místico. De este modo se superan las diferencias debidas a la profesión, a la clase social, a la nacionalidad, pues nos descubrimos como miembros de una gran familia, la familia de los hijos de Dios, en la que a cada uno se le da una gracia particular para el bien común. El mundo y los hombres no necesitan una nueva corporación social, sino que tienen necesidad de la Iglesia, que es en Cristo como un sacramento, "es decir, señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1), llamada a hacer resplandecer sobre todas las gentes la luz del Señor resucitado.

Jesús vino a revelarnos el amor del Padre, pues "el hombre no puede vivir sin amor (Juan Pablo II, encíclica *Redemptor hominis*, 10). El amor es, de hecho, la experiencia fundamental de todo ser humano, lo que da significado a la existencia humana. Alimentados por la Eucaristía, nosotros también, siguiendo el ejemplo de Cristo, vivimos por Él para ser testigos del amor. Al recibir el Sacramento, entramos en comunión de sangre con Jesucristo. En la concepción judía, la sangre indica la vida; de este modo, podemos decir que al alimentarnos con el Cuerpo de Cristo acogemos la vida de Dios y aprendemos a ver la realidad con sus ojos, abandonando la lógica del mundo para seguir la lógica divina del don y de la gratuidad. San Agustín recuerda que durante una visión tuvo la impresión de escuchar la voz del Señor, que le decía: "Yo soy el alimento de los adultos. Crece, y me comerás, sin que por ello me transforme en ti, como alimento de tu carne; pero tú te transformarás en mí" (Cf. *Confesiones* VII, 10, 16).

Cuando recibimos a Cristo, el amor de Dios se expande en nuestra intimidad, modifica radicalmente nuestro corazón y nos hace capaces de gestos que, por la fuerza difusiva del bien, pueden transformar la vida de aquellos que están a nuestro lado. La caridad es capaz de generar un cambio auténtico y permanente en la sociedad, actuando en los corazones y en las mentes de los hombres, y cuando se vive en la verdad “es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad” (encíclica *Caritas in veritate*, 1). El testimonio de la caridad para el discípulo de Jesús no es un sentimiento pasajero, sino por el contrario es lo que plasma la vida en cada circunstancia. Aliento a todos, en particular a la Cáritas y a los diáconos a comprometerse en el delicado y fundamental campo de la educación en la caridad, como dimensión permanente de la vida personal y comunitaria.

Nuestra ciudad pide a los discípulos de Cristo, con un renovado anuncio del Evangelio, un testimonio más claro y límpido de la caridad. Con en lenguaje del amor, que busca el bien integral del hombre, la Iglesia habla a los habitantes de Roma. En estos años de mi ministerio como vuestro obispo he podido visitar varios lugares en los que la caridad se vive de manera intensa. Doy las gracias a quienes se comprometen en las diferentes instituciones caritativas por la decisión y la generosidad con las que sirven a los pobres y marginados. Las necesidades y la pobreza de tantos hombres y mujeres nos interpelan profundamente: es Cristo mismo quien día a día, en los pobres, nos pide que le quitemos el hambre y la sed, que le visitemos en los hospitales y en las cárceles, que le acojamos y vistamos. La Eucaristía celebrada nos impone y al mismo tiempo nos hace capaces de convertirnos en pan partido para los hermanos, saliendo al paso de sus exigencias y entregándonos a nosotros mismos. Por este motivo, una celebración eucarística que no lleve a encontrar a los hombres allí donde viven, trabajan y sufren para llevarles el amor de Dios, no manifiesta la verdad que encierra. Para ser fieles al misterio que se celebra en los altares, debemos, como nos exhorta el apóstol Pablo, ofrecer nuestros cuerpos, nosotros mismos, como sacrificio espiritual agradable a Dios (Cf. *Romanos* 12, 1), en esas circunstancias que exigen acabar con nuestro yo y que constituyen nuestro “altar” cotidiano. Los gestos de compartir crean comunión, renuevan el tejido de las relaciones interpersonales, ca-

racterizándolas por la gratuidad y el don, y permiten la edificación de la civilización del amor. En un momento como el actual de crisis económica y social, seamos solidarios con quienes viven en la indigencia para ofrecer a todos la esperanza de un mañana mejor y digno del hombre. Si realmente vivimos como discípulos del Dios-Caridad, ayudaremos a los habitantes de Roma a descubrirse como hermanos e hijos del único Padre.

La misma naturaleza del amor exige opciones de vida definitivas e irrevocables. Me dirijo en particular a vosotros, queridos jóvenes: no tengáis miedo de escoger el amor como regla suprema de vida. No tengáis miedo de amar a Cristo en el sacerdocio y, si en el corazón experimentáis la llamada del Señor, seguidle en esta extraordinaria aventura de amor, poniéndoos en sus manos con confianza. ¡No tengáis miedo de formar familias cristianas que viven el amor fiel, indisoluble y abierto a la vida! Testimoniad que el amor, tal y como lo vivió Cristo y lo enseña el Magisterio de la Iglesia, no quita nada a nuestra felicidad, sino que por el contrario da esa alegría profunda que Cristo prometió a sus discípulos.

Que la Virgen María acompañe con su intercesión maternal el camino de nuestra Iglesia de Roma. María que, de manera totalmente singular vivió la comunión con Dios y el sacrificio del propio Hijo en el Calvario, nos alcance la gracia de vivir cada vez más intensa, plena y conscientemente el misterio de la Eucaristía para anunciar con la palabra y la vida el amor que Dios experimenta por cada hombre. Queridos amigos, os aseguro mi oración y os imparto de corazón a todos la bendición apostólica. Gracias.

SER SACERDOTE ES CONFORMARSE A CRISTO¹

Queridos hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio,
Queridísimos ordenandos,
Queridos hermanos y hermanas

Como obispo de esta diócesis estoy particularmente contento de acoger en el *presbyterium* romano a catorce nuevos sacerdotes. Junto con el cardenal vicario, los obispos auxiliares y todos los presentes, doy las gracias al Señor por el don de estos nuevos pastores del Pueblo de Dios. Quisiera dirigiros un saludo particular a vosotros, queridísimos ordenandos: hoy estáis en el centro de la atención del Pueblo de Dios, un pueblo simbólicamente representado por la gente que llena esta Basílica Vaticana: la llena de oración y de cantos, de afecto sincero y profundo, de conmoción auténtica, de alegría humana y espiritual. En este Pueblo de Dios tienen un lugar particular vuestros padres y familiares, los amigos y compañeros, los superiores y educadores del Seminario, las distintas comunidades parroquiales y las diferentes realidades de la Iglesia de las que procedéis y que os han acompañado en vuestro camino, y a las que vosotros mismos ya habéis servido pastoralmente. Sin olvidar la singular cercanía, en este momento, de tantísimas personas, humildes y sencillas pero grandes ante Dios, como por ejemplo las monjas de clausura, los niños, los enfermos. Ellos os acompañan con el don preciosísimo de su oración, de su inocencia y de su sufrimiento.

Es, por tanto, toda la Iglesia de Roma la que hoy da gracias a Dios y reza por vosotros, que pone tanta confianza y esperanza en vuestro mañana, que espera frutos abundantes de santidad y de bien del ministerio sacerdotal. Sí, la Iglesia cuenta con vosotros, ¡cuenta muchísimo con vosotros! La Iglesia os necesita a cada uno de vosotros, consciente como

1 Homilía pronunciada por S.S. Benedicto XVI el 20 de junio de 2010 en la Basílica de San Pedro durante la ordenación de 14 nuevos presbíteros de la diócesis de Roma

es de los dones que Dios os ofrece y, al mismo tiempo, de la absoluta necesidad del corazón de cada hombre de encontrarse con Cristo, único y universal salvador del mundo, para recibir de él la vida nueva y eterna, la verdadera libertad y la alegría plena. Nos sentimos, por tanto, todos invitados a entrar en el "misterio", en el acontecimiento de gracia que se está realizando en vuestros corazones con la Ordenación presbiteral, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios que se ha proclamado.

El Evangelio que hemos escuchado nos presenta un momento significativo del camino de Jesús, en el que pregunta a los discípulos qué piensa la gente de él y cómo le juzgan ellos mismos. Pedro responde en nombre de los Doce con una confesión de fe, que se diferencia de forma sustancial de la opinión que la gente tiene sobre Jesús; él, de hecho, afirma: Tú eres el Cristo de Dios (cfr Lc 9,20). ¿De dónde nace este acto de fe? Si vamos al inicio del pasaje evangélico, constatamos que la confesión de Pedro está ligada a un momento de oración: "Jesús oraba a solas y sus discípulos estaban con él", dice san Lucas (9,18). Es decir, los discípulos son involucrados en el ser y hablar absolutamente único de Jesús con el Padre. Y se les concede de este modo ver al Maestro en lo íntimo de su condición de Hijo, se les concede ver lo que otros no ven; del "ser con él", del "estar con él" en oración, deriva un conocimiento que va más allá de las opiniones de la gente, alcanzando la identidad profunda de Jesús, la verdad. Aquí se nos da una indicación bien precisa para la vida y la misión del sacerdote: en la oración, él está llamado a redescubrir el rostro siempre nuevo del Señor y el contenido más auténtico de su misión. Solamente quien tiene una relación íntima con el Señor viene aferrado por Él, puede llevarlo a los demás, puede ser enviado. Se trata de un "permanecer con él" que debe acompañar siempre el ejercicio del ministerio sacerdotal; debe ser la parte central, también y sobre todo en los momentos difíciles, cuando parece que las "cosas que hacer" deben tener la prioridad. Donde estemos, en cualquier cosa que hagamos, debemos "permanecer siempre con Él".

Un segundo elemento quisiera subrayar del Evangelio de hoy. Inmediatamente después de la confesión de Pedro, Jesús anuncia su pasión y resurrección y hace seguir a este anuncio una enseñanza en relación al camino de los discípulos, que es un seguirlo a Él, el Crucificado, se-

guiarlo por el camino de la cruz. Y agrega después –con una expresión paradójica– que ser discípulos significa “perderse a si mismo”, pero para reencontrarse plenamente a uno mismo (Cfr. Lc 9,22-24). ¿Qué significa esto para cada cristiano, pero sobre todo qué significa para un sacerdote? El seguimiento, pero podríamos tranquilamente decir: el sacerdocio, no puede jamás representar un modo par alcanzar seguridad en la vida o para conquistar una posición social. El que aspira al sacerdocio para un aumento del propio prestigio personal y el propio poder entiende mal en su raíz el sentido de este ministerio. Quien quiere ante todo realizar una ambición propia, alcanzar éxito propio será siempre esclavo de si mismo y de la opinión pública. Para ser considerado deberá adular; deberá decir aquello que agrada a la gente; deberá adaptarse al cambio de las modas y de las opiniones y, así, se privará de la relación vital con la verdad, reduciéndose a condenar mañana aquello que había alabado hoy. Un hombre que plantee así su vida, un sacerdote que vea en estos términos su propio ministerio, no ama verdaderamente a Dios y a los demás, sino solo a si mismo y, paradójicamente, termina por perderse a si mismo. El sacerdocio –recordémoslo siempre– se funda sobre el coraje de decir sí a otra voluntad, con la conciencia, que debe crecer cada día, de que precisamente conformándose a la voluntad de Dios, “inmersos” en esta voluntad, no solo no será cancelada nuestra originalidad, sino, al contrario, entraremos cada vez más en la verdad de nuestro ser y de nuestro ministerio.

Queridos ordenandos, quisiera proponer a vuestra reflexión un tercer pensamiento, estrechamente ligado a este apenas expuesto: la invitación de Jesús de “perderse a sí mismo”, de tomar la cruz, remite al misterio que estamos celebrando: la Eucaristía. A vosotros hoy, con el sacramento del Orden, ¡os viene dado presidir la Eucaristía! A vosotros se os confía el sacrificio redentor de Cristo; a vosotros se os confía su cuerpo entregado y su sangre derramada. Ciertamente, Jesús ofrece su sacrificio, su donación de amor humilde y completo a la Iglesia su Esposa, sobre la Cruz. Es sobre ese leño donde el grano de trigo dejado caer por el Padre sobre el campo del mundo muere para convertirse en fruto maduro, dador de vida. Pero, en el diseño de Dios, esta donación de Cristo se hace presente en la Eucaristía gracias a aquella *potestas sacra* que el sacramento del Orden os confiera a vosotros, presbíteros. Cuando celebramos la santa

misa tenemos en nuestras manos el pan del Cielo, el pan de Dios, que es Cristo, grano partido para multiplicarse y convertirse en el verdadero alimento para la vida del mundo. Es algo que no puede sino llenar vuestro corazón de íntimo estupor, de viva alegría y de inmensa gratitud: el amor y el don de Cristo crucificado pasan a través de vuestras manos, vuestra voz, y vuestro corazón. ¡Es una experiencia siempre nueva de asombro ver que en mis manos, en mi voz, el Señor realiza este misterio de Su presencia!

¡Cómo no rezar por tanto al Señor, para que os dé una conciencia siempre vigilante y entusiasta de este don, que está puesto en el centro de vuestro ser sacerdotes! Para que os de la gracia de saber experimentar en profundidad toda la belleza y la fuerza de este servicio presbiteral y, al mismo tiempo, la gracia de poder vivir este ministerio con coherencia y generosidad, cada día. La gracia del presbiterado, que dentro de poco os será dada, os unirá íntimamente, estructuralmente, a la Eucaristía. Por eso, os pondrá en contacto en lo profundo de sus corazones con los sentimientos de Jesús que ama hasta el extremo, hasta el don total de sí, a su ser pan multiplicado para el santo banquete de la unidad y la comunión. Esta es la efusión pentecostal del Espíritu, destinada a inflamar vuestro camino con el amor mismo del Señor Jesús. Es una efusión que, mientras habla de la absoluta gratuidad del don, graba dentro del mismo ser una ley indeleble, la ley nueva, una ley que os empuja a insertaros y a hacer surgir en el tejido concreto de las actitudes y de los gestos de vuestra vida de cada día el amor mismo de donación de Cristo crucificado. Volvemos a escuchar la voz del apóstol Pablo, es más, en esta voz reconocemos aquella potente del Espíritu Santo: "Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, habéis sido revestidos de Cristo" (Gal 3,27) Ya con el Bautismo, y ahora en virtud del Sacramento del orden, vosotros os revestís de Cristo. Que al cuidado por la celebración eucarística acompañe siempre el empeño por una vida eucarística, es decir, vivida en la obediencia a una única gran ley, la del amor que se dona totalmente y sirve con humildad, una vida que la gracia del Espíritu Santo hace cada vez más semejante a la de Jesucristo, Sumo y eterno Sacerdote, siervo de Dios y de los hombres.

Queridos, el camino que nos indica el Evangelio de hoy es el camino de vuestra espiritualidad y de vuestra acción pastoral, de su eficacia e incisividad, incluso en las situaciones más fatigosas y áridas. Es más, este

es el camino seguro para encontrar la verdadera alegría. María, la sierva del Señor, que conformó su voluntad a la de Dios, que engendró a Cristo donándolo al mundo, que siguió el Hijo hasta los pies de la cruz en el supremo acto de amor, os acompañe cada día de vuestras vidas y de vuestro ministerio. Gracias al afecto de esta madre tierna y fuerte, podréis ser felizmente fieles a la consigna que como presbíteros hoy os es dada: la de conformaros a Cristo Sacerdote, que supo obedecer a la voluntad del Padre y amar a los hombres hasta el extremo.

¡Amén!

EL ENCUENTRO DEL SACERDOTE CON MARÍA EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA¹

1. *Eucaristía, Iglesia y María: relación con el sacerdote*

“Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia”². Estas palabras del venerable Juan Pablo II constituyen un marco adecuado y nos introducen en el tema que trataremos de desarrollar brevemente en este artículo: *El encuentro del sacerdote con María en la celebración eucarística*.

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y Resurrección del Señor, “se realiza la obra de nuestra redención”³ y de ahí se pueda afirmar que “hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia”⁴. En la Eucaristía, Cristo se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo. Por tanto, “en la sugestiva correlación entre la Eucaristía que edifica la Iglesia y la Iglesia que hace a su vez la Eucaristía, la primera afirmación expresa la causa primaria: la Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en la Eucaristía precisamente porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz”⁵. La Eucaristía precede cronológica y ontológicamente la Iglesia y de este modo se comprueba una vez más que el Señor nos ha “amado primero”.

Al mismo tiempo, Jesús ha perpetuado su entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. En aquella “hora”, Jesús anticipa su muerte y su Resurrección. De ahí que podamos afirmar que

1 Por D. Juan Silvestre, consultor de la Oficina de Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice

2 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 53.

3 CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, n. 3.

4 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 21.

5 BENEDICTO XVI, exh. apost. Post. *Sacramentum caritatis*, n. 14.

“en este don, Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual”⁶. Todo el *Triduum paschale* está como incluido, anticipado y “concentrado” para siempre en el don eucarístico. Por eso, todo presbítero que celebra la Santa Misa, junto con la comunidad que participa en ella, vuelve a la “hora” de la Cruz y de la glorificación, vuelve espiritualmente al lugar y a la *hora Santa* de la redención⁷. En la Eucaristía nos adentramos en el acto oblativo de Jesús y así, participando en su entrega, en su cuerpo y su sangre, nos unimos a Dios⁸.

En este “memorial” del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su Pasión y muerte. “Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro”⁹. En cada celebración de la Santa Misa volvemos a escuchar aquel “¡He aquí a tu hijo!” del Hijo a su Madre, mientras nos dice a nosotros “¡He aquí a tu Madre!” (Jn 19,26.27).

“Acoger a María significa introducirla en el dinamismo de toda la propia existencia –no es algo exterior– y en todo lo que constituye el horizonte del propio apostolado”¹⁰. Por eso “vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. (...) María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía”¹¹. La presencia de la Santísima Virgen en la celebración eucarística ordinaria y habitual será el punto que trataremos de desarrollar.

La recomendación de la celebración cotidiana de la Santa Misa, aún cuando no hubiera participación de fieles, deriva por una parte valor objetivamente infinito de cada celebración eucarística; y “además está motivado por su singular eficacia espiritual, porque si la Santa Misa se vive con atención y con fe, es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo y consolida al sacer-

6 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 5.

7 Cfr. JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 4.

8 Cfr. BENEDICTO XVI, enc. *Deus caritas est*, n. 13.

9 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 57.

10 BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 12-VIII-2009.

11 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 57.

dote en su vocación”¹². En este camino de conformación y transformación, el encuentro del sacerdote con María en la Santa Misa cobra una importancia particular. En realidad, “por su identificación y conformación sacramental a Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, todo sacerdote puede y debe sentirse verdaderamente hijo predilecto de esta altísima y humildísima Madre”¹³.

2. En la Misa de Pablo VI

Su maternal presencia la experimentamos en dos momentos significativos de la celebración eucarística según el Misal romano en *su editio typica tertia*, expresión ordinaria de la *Lex orandi* de la Iglesia católica de rito latino: el *Confiteor* del acto penitencial y la Plegaria eucarística.

2.1. El Confiteor. En el camino hacia el Señor nos damos cuenta de nuestra propia indignidad. El hombre antes Dios se siente pecador y de sus labios brota espontáneamente la confesión de la miseria propia. Se hace necesario pedir a lo largo de la celebración que el mismo Dios nos transforme y acepte que participemos en esa *actio Dei* que configura la liturgia. De hecho, el espíritu de conversión continua es una de las condiciones personales que hace posible la *actuosa participatio* de los fieles y del mismo sacerdote celebrante. “No se puede esperar una participación activa en la liturgia eucarística cuando se asiste superficialmente, sin antes examinar la propia vida (...). Un corazón reconciliado con Dios permite la verdadera participación”¹⁴.

El acto penitencial, que “se lleva a cabo por medio de la fórmula de la confesión general de toda la comunidad” facilita que nos conformemos a los sentimientos de Cristo, que pongamos los medios para hacer posible aquel “estar con Dios” y a la vez nos “fuerza” a salir de nosotros mismos, nos mueve a rezar con y por los otros: no estamos solos. Por la comunión de los santos ayudamos y nos sentimos ayudados y sostenidos los unos por los otros. Es en este contexto donde encontramos una de las modalidades de la oración litúrgica mariana, la que se presenta como recuerdo de la intercesión de Santa María en el *Confiteor*. Como recordaba Pablo

12 BENEDICTO XVI, exh. apost. Post. *Sacramentum caritatis*, n. 80.

13 BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 12-VIII-2009.

14 BENEDICTO XVI, exh. apost. Post. *Sacramentum caritatis*, n. 55.

VI “el Pueblo de Dios la invoca como Consoladora de los afligidos, Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora del pecado; porque Ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación el pecado”¹⁵.

El *Confiteor*, genuina fórmula de confesión, se encuentra con diversas redacciones a partir del siglo IX en ámbito monástico. De ahí pasará a las iglesias del clero secular y lo encontramos como un elemento fijo en el *Ordo* de la Curia papal anterior a 1227¹⁶.

“Ideo precor beatam Mariam semper Virginem”.

“Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, (...) que intercedáis por mí ante Dios nuestro Señor”.

Ella, en comunión con Cristo, único mediador, reza al Padre por todos los fieles, sus hijos. Como recuerda el Concilio “la misión maternal de María hacia los hombres, de ninguna manera obscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace del Divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y lejos de impedir la, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo”.

Santa María “cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz”¹⁷. Y este cuidado lo demuestra especialmente por los sacerdotes. “De hecho, son dos las razones de la predilección que María siente por ellos: porque se asemejan más a Jesús, amor supremo de su corazón, y porque también ellos, como Ella, están comprometidos en la misión de proclamar, testimoniar y dar a Cristo al mundo”¹⁸. Así se explica que el Concilio Vaticano II afirme: “veneren y amen los presbíteros con filial devoción y veneración a esta Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, Reina de los Apóstoles y auxilio de su ministerio”¹⁹.

15 *Institutio Generalis Missalis Romani*, n. 55.

16 PABLO VI, exh. Apost. *Marialis cultus*, n. 57.

17 CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 60.

18 CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 62.

19 BENEDICTO XVI, Audiencia general, 12-VIII-2009.

2.2. La Plegaria Eucarística. Por lo que se refiere a la memoria de María en las Plegarias eucarísticas del Misal Romano “dicha memoria cotidiana, por su colocación en el centro del santo Sacrificio, debe ser tenida como una forma particularmente expresiva del culto que la Iglesia rinde a la Bendita del Altísimo (cfr. Lc 1, 28)”²⁰.

Este recuerdo de Santa María se manifiesta de dos modos: su presencia en la Encarnación y su intercesión en la gloria. Acerca del primer punto podemos recordar que el “sí” de María es la puerta por la que Dios se encarna, entra en el mundo. De este modo, María está real y profundamente involucrada en el misterio de la Encarnación, y por tanto de nuestra salvación. “La Encarnación, el hacerse hombre del Hijo, desde el inicio estaba orientada al don de sí mismo, a entregarse con mucho amor en la cruz a fin de convertirse en pan para la vida del mundo. De este modo sacrificio, sacerdocio y Encarnación van unidos, y María se encuentra en el centro de este misterio”²¹.

Así lo encontramos expresado por ejemplo en el prefacio de la Plegaria eucarística II, que se remonta a la *Traditio apostolica*, y en el *Post-sanctus* de la IV. Las dos expresiones son muy semejantes:

“tú nos lo enviaste para que, hecho hombre por obra del Espíritu Santo y nacido de María, la Virgen, fuera nuestro Salvador y Redentor” (PE II)

“El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen” (PE IV)

En el contexto de la Plegaria eucarística esta confesión de fe destaca la cooperación de Santa María en el misterio de la Encarnación y su vínculo con Cristo, así como la acción del Espíritu Santo. Con ella se trata de presentar la Eucaristía como presencia verdadera y auténtica del Verbo encarnado que ha sufrido y ha sido glorificado. La Eucaristía, mientras remite a la Pasión y a la Resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación.

Como señala Juan Pablo II, “María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando

20 CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 18.

21 PABLO VI, exh. apost. *Marialis cultus*, n. 10.

en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor²². María aparece así ligada a la relación Encarnación-Eucaristía.

Por otra parte, la presencia de Santa María en la Plegaria eucarística, también nos presenta su intercesión en la gloria. Su recuerdo en la Comunión de los Santos es típico del Canon romano y se encuentra en las otras Plegarias del Misal romano, en sintonía con las Anáforas orientales. "La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las Plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor"²³.

La memoria de Santa María en el Canon romano se enriqueció con títulos solemnes que recuerdan la proclamación del dogma de la Maternidad divina en el Concilio de Éfeso (431) y probablemente expresiones que se recogen en las homilias de los Papas²⁴. La mención solemne del Canon romano reza:

"in primis gloriosae semper virginis Mariae Genetricis Dei, et Domini nostri Iesu Christi"

veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor" (Canon Romano)

Santa María es exaltada con los títulos de *gloriosa* y *semper Virgo*, como la llama San Epifanio²⁵. Por otra parte, la expresión utilizada, "*Genetrix Dei*" es utilizada con frecuencia por los Padres latinos, especialmente por san Ambrosio. Su inclusión en el Canon romano es anterior al Papa León Magno, y muy probablemente fue introducida antes del Concilio de Éfeso²⁶. Finalmente es recordada como la primera entre todos los santos.

22 BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 12-VIII-2009.

23 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 55.

24 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 19.

25 Cfr. S. MEO, "*La formula mariana gloriosa semper Virgo Maria Genetrix Dei et Domini nostri Iesu Christi nel Canone romano e presso due Pontefici del V secolo*" in PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNATIONALIS, *De primordiis cultus mariani*, Acta Congressus Mariologicimariani in Lusitania anno 1967 celebrati, vol. II, Romae 1970, pp. 439-458.

26 Cfr. M. RIGHETTI, *Historia de la liturgia I*, Madrid 1956, p. 334.

El significado de esta mención y recuerdo puede ser triple²⁷: primero porque la Iglesia haciendo memoria de Santa María entra en comunión con Ella; en segundo lugar su recuerdo es lógico pues deriva de la condición de santidad y gloria propia de la Madre de Dios²⁸; finalmente por la intercesión, que por medio de ella, se pide a Dios²⁹: “por sus méritos y oraciones [de Santa María y de los santos] concédenos [Señor] en todo tu protección”.

En un contexto similar al del *Canon* romano, si bien con pequeñas variaciones, se encuentra la petición a Santa María y a los santos para alcanzar la vida eterna:

“así con María, la Virgen Madre de Dios, (...) merezcamos, por tu Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas” (PE II)

“con María, la Virgen Madre de Dios, (...) por cuya intercesión confiamos obtener siempre tu ayuda” (PE III)³⁰

“Padre de bondad, que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino, con María, la Virgen Madre de Dios (...) y allí, junto con toda la creación, libre ya del pecado y de la muerte, te glorifiquemos por Cristo, Señor nuestro... (PE IV)

3. En la Misa de san Pío V

Finalmente, en el Misal romano promulgado por el beato Juan XXIII en 1962, expresión extraordinaria de la *Lex orandi* de la Iglesia católica de rito latino, encontramos mencionada a Santa María en otros dos mo-

27 Cfr. J. CASTELLANO, “In comunione con la Beata Vergine Maria. Varietà di espressioni della preghiera liturgica mariana”, *Rivista liturgica* 75 (1988) 59.

28 “La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar los ojos a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos” (PABLO VI, exh.apost. *Marialis cultus*, n. 57).

29 “La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina: finalidad última de toda acción pastoral. Porque es imposible honrar a la Llena de gracia (Lc 1,28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión en Él, la inhabitación del Espíritu” (PABLO VI, exh. Apost. *Marialis cultus*, n. 57).

30 “La reciente plegaria eucarística III que expresa con intenso anhelo el deseo de los orantes de compartir con la Madre la herencia de hijos: Que Él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Virgen” (PABLO VI, exh. Apost. *Marialis cultus*, 10).

mentos de la celebración eucarística. Por una parte, en la súplica a la Santísima Trinidad que reza el sacerdote después del Lavabo y pone fin al rito ofertorial.

En esta oración se lee:

"Suscipe sancta Trinitas, hanc oblationem quam tibi offerimus ob memoriam passionis...; et in honorem beatæ Mariæ semper Virginis..."

Esta oración resume las intenciones y los frutos del sacrificio como un epílogo del ofertorio. Efectivamente después de recordar que la ofrenda se hace en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión del Señor aparecen mencionados la Santísima Virgen y los santos San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo. La mención de María se sitúa en el contexto de aquella veneración que la Santa Iglesia, con amor especial, le tributa por el lazo indisoluble que existe entre Ella y la obra salvífica de su Hijo. Al mismo tiempo, en Ella admira y ensalza el fruto más espléndido de la Redención³¹. En esta oración se recuerda que "en la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María"³².

La mención a María la encontramos también en el embolismo *Libera nos* después del *Pater noster*. Allí se recoge:

"Libera nos, quaesumus Domine, ab omnibus malis, praeteritis, praesentibus et futuris: et intercedente beata et gloriosa semper Virgine Dei Genitrice Maria (...) da propitius pacem in diebus nostris..."

Una vez más, también esta oración manifiesta esa perfecta unidad que existe entre la *Lex orandi* y la *Lex credendi*, pues "la fuente de nuestra fe y de la liturgia eucarística es el mismo acontecimiento: el don que Cristo ha hecho de sí mismo en el misterio pascual"³³. De hecho, esta oración nos muestra que "por el carácter de intercesión, que se manifestó por primera vez en Caná de Galilea, la mediación de María continúa en la historia de la Iglesia y del mundo"³⁴.

31 Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 102.

32 JUAN PABLO II, enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 58.

33 BENEDICTO XVI, exh. apost. Post. *Sacramentum caritatis*, n. 34.

34 BENEDICTO XVI, exh. apost. Post. *Sacramentum caritatis*, n. 34.

4. Conclusión

Al acabar este breve recorrido por el *Ordo Missae* jalonado por significativos encuentros con Santa María podemos afirmar con uno de los grandes santos de nuestro tiempo: "Para mí, la primera devoción mariana –me gusta verlo así– es la Santa Misa (...) Ésta es una acción de la Trinidad: por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora. En este insondable misterio, se advierte, como entre velos, el rostro purísimo de María: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. El trato con Jesús en el Sacrificio del Altar, trae consigo necesariamente el trato con María, su Madre"³⁵.

35 S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *La Virgen del Pilar. Libro de Aragón*, Madrid 1976, p. 99.

